

ETCETERA

correspondencia de la guerra social

24

La guerra de Argelia

Comunitarismo religioso y nacionalismo:
el caso Argelino

Sobre Cuba

Los motivos de Chiapas

El problema nacional,
problema capital para Yugoslavia

Hemos perdido las razones, y con ello la razón

Hemos recibido...

Noviembre 1994



Todos los dibujos reproducidos en este número están extraídos de *Elin ne kadar sicak dostam*, de **Igor Smirnov**

La crítica, la crítica radical, la que quería ir a la raíz de las cosas, de los fenómenos políticos, económicos, sociales que acaecen, para entender lo que pasaba y por qué pasaba, va desapareciendo, poco a poco, de nuestro horizonte, de nuestras conversaciones, de nuestras preocupaciones. En su lugar hoy se generaliza una aceptación resignada del mundo tal cual es o, en su contrario, un rechazo total, nihilista, en nombre del absurdo de la historia o de la naturaleza humana.

*El mundo continúa igual de inhumano y de tal forma es, mayoritariamente, sentido y percibido. Pero las causas de esta inhumanidad, de este terror hecho cotidiano ya no se buscan en unas instancias concretas, en unas formas concretas de gobierno, de Estado, de producción, sino que se generalizan en un **nosotros**, igualmente culpables de la devastación del Planeta o de las dificultades de la Economía nacional. Ya no son unas relaciones sociales, un modo de producción los que explican ambos fenómenos, sino una naturaleza humana egoísta. Contra este egoísmo se nos llama a **todos** (sin distinción de clases, de situación jerárquica...) para salvar el Planeta y la Economía.*

Pero este terror no es natural, no es debido a la naturaleza humana, sus causas no están en la perversidad del hombre, o en el absurdo, como quiere mantener este discurso moral o el otro nihilista, sino en instancias económicas, políticas, psicosociales, que pueden saberse y combatirse más allá de la resignación o del lamento.

Hoy damos, en este nuevo número de ETCETERA, razones para, dentro de la complejidad, entender algunos fragmentos de este terror en Argelia, en la ex-Yugoslavia; razones para entender el levantamiento indígena en Chiapas, o la situación difícil en Cuba. Razones para pensar nuestro mundo y para subvertirlo.

Etcétera, Barcelona, noviembre 1994

La guerra de Argelia

¿Qué pasa en Argelia? Intentemos salir de las respuestas estereotipadas y pensar por nuestra cuenta. ¿Tenemos elementos suficientes?

Hace una treintena de años se libraba en Argelia una guerra que pretendimos entender y por la que tomamos partido: a caballo de una guerra de liberación nacional contra la dominación francesa a lo largo de 130 años, se abrió paso, pese a todas las ambigüedades de la misma composición del FLN (desde los islamistas moderados hasta los nacionalistas radicales del Partido del Pueblo Argelino, pasando por los reformistas con Ferhat Abbas y los comunistas) y en contra de su estabilización burocrática, una guerra social por la apropiación de los argelinos de sus propios asuntos, de sus propias vidas; por la autogestión como fin y como medio.

Hoy también una guerra se libra en Argelia. ¿De qué guerra se trata? ¿De componente prioritariamente religioso, nacionalista o social? ¿Qué partido tomamos? Hoy estamos más perdidos, no es fácil saber de qué guerra se trata o de qué guerras se trata. También en esta guerra detectamos un ansia de los argelinos por la apropiación de sus asuntos, de sus propias vidas; por la autogestión como fin y como medio y apoyan al FIS buscando eso, incapaces, por el momento, de encontrar otras fórmulas de aglutinación más liberadoras, renunciando incluso a las parcelas de liberación que les aportaban algunos aspectos del laicismo anterior.

Las siguientes notas no pretenden sino servir a esto. Ver, anotar, entender los elementos que nos permitan hacer las preguntas pertinentes: ¿Qué hace la gente más allá de la representación

política? ¿qué curso sigue por y en su autonomía? ¿qué es lo que pasa en Argelia y qué es lo que puede pasar?...

No es fácil para nosotros comprender qué pasa en un país tan cercano geográfica e históricamente, pero con componentes religiosos y culturales tan lejanos. No queriendo hacer una interpretación eurocéntrica, tampoco podemos salir fuera de nuestro marco interpretativo emancipatorio. Si pensamos que entre nosotros un proceso emancipatorio pasa por la autonomía y, por tanto, es crítico respecto a las sumisiones de origen religioso, patriarcal o de clan, igual lo hemos de pensar fuera, al analizar una sociedad distinta. No podemos ser críticos en casa y conformistas fuera. Hacer esto sería ponernos en una posición superior: como si a ellos les bastara lo que para nosotros no es suficiente.

Una aproximación

A pesar de su interés por restarle importancia, nuestros media democráticos no han podido finalmente callar que al lado de casa, en la otra orilla, se libra una guerra (o varias guerras) que desde hace dos años se cobra decenas de muertos diarios; con posiciones definidas entre los contendientes: ciudades y barrios en manos del FIS, zonas bajo control del GIA o de las distintas guerrillas, la representación política y del estado en manos del ejército,... y la población cautiva. En una misma zona puede detentar el poder de día uno y de noche otro, como en muchos barrios de Argel; hasta después del interrogatorio (o de la ejecución) no se sabe la autoría de un control,...

Los cruces de fuego son varios: El más visible es el que enfrenta al FIS con el Ejército:

El FIS(1), ilegalizado en marzo de 1992, después de ganar la primera vuelta de las elecciones legislativas de diciembre 1991, con sus líderes encarcelados o en residencia vigilada (Abassi Madani, Ali Behach, Abdelqader Hachani) o en el exilio (Rabah Kébir), con un control mayor, menor o nulo sobre el EIS (Ejército Islámico de Salvación), el GIA (Grupo Islámico Armado) y las distintas facciones y guerrillas, con un discurso y una práctica de organización social islámica (sunnita), en guerra frontal contra los que detentan, usurpándolo, el poder y en contra de todos sus aliados en el interior y en el exterior.

El Ejército que aborta la segunda vuelta de las elecciones del 91, asumiendo todo el poder, el encargado de toda la represión, dividido no sólo horizontalmente sino verticalmente (mientras una parte liquida al FIS otra le sirve armas), que es el que asume la representación política y a cuyo lado aún se cobija parte del aparato del antiguo FLN y del aparato sindical, comerciantes..., con un discurso secular y pro-democrático.

Entre estos fuegos se halla una oposición política dividida que, principalmente, podríamos agrupar en: **una línea dura**, pro-democrática, secular, francófona, representando a sectores de las élites urbanas e intelectuales y a fracciones de la clase obrera, y enfrentada totalmente al FIS (aquí cabría citar a la RCD, la Agrupación por la Cultura y la Democracia liderada por el bereber Said Saadi implantado en la Kabylia, al Movimiento por la República, a los herederos del PC, al sindicato único UGTA...) y, por otra parte, en **una línea proclive al pacto** con el FIS al que le reconocen la victoria en las elecciones del 91 (aquí cabría citar al Movimiento por la Democracia liderado por Ben Bella -MDA, al Frente de Fuerzas Socialistas liderado por Aid Ahmed -FFS, a los islamistas moderados -HAMAS, a una parte del antiguo FLN agrupada en torno a su ex secretario general Mehiri...). Estos serían los grupos de la conciliación que, desde el asesinato de Budiaf (nombrado para presidir el Alto Comité de Estado en enero del 92 y asesinado el 29 de junio del 92), corren tras negociaciones y pactos ¿imposibles? con el ejército y el FIS.

Pero ¿a quién representan estos poderes? Pensemos que en las elecciones de diciembre de 1991, y a pesar la importancia que se les concedía por ser las primeras elecciones pluripartidistas, la abstención rayó en el 50% (2). Y, en medio de todo esto, ¿qué hace la gente? ¿Cuál es la acción de los campesinos reducidos a la miseria en el campo? ¿Cuál es la acción de los jóvenes en los barrios de la Casbah, Bad el Oued, Kouba, Belcurt? ¿Siguen al FIS o son más próximos a las revueltas sociales de Brixton en Inglaterra o de Vaulx-en Velin en Francia? ¿Derivan del radicalismo islámico o es el radicalismo del discurso del FIS el que se nutre del radicalismo de estos movimientos?

(2) Las elecciones legislativas de diciembre 1991.

Partidos Políticos	Votos obtenidos	Porcentaje de votos	Nº de escaños obtenidos	Porcentaje de escaños
FIS	3.260.222	24,79	188	43,93
FFS	510.661	3,88	25	5,84
FLN	1.612.947	12,26	15	3,50
RCD	200.267	1,52	0	0
MDA	135.882	1,03	0	0
HAMAS	368.697	2,80	0	0

Porcentaje del nivel de Participación 58, 55

Esta guerra tiene lugar en el marco de una situación económica y social insostenible: rápido deterioro del poder adquisitivo, con un crecimiento demográfico galopante y una población joven en paro. La deuda externa que asciende a 27 mil millones de dólares absorbe ya casi los ingresos por la venta de los hidrocarburos, hoy la única fuente de riqueza. La industria y el campo están casi paralizados: se importa el 90% de los productos alimenticios y el 80 % de los bienes necesarios para la industria. El paro se estimaba en 1993 oficialmente en un 21% y extraoficialmente en un 40%. La tasa de inflación era, en este mismo año, del 50%. La demografía manda: la población en 1993 era de 27 millones y la estimada para el año 2000 será de 33 millones, y para el 2010, 40 millones. Los jóvenes menores de 30 años representan el 70% de la población. En 1990 esta era la escala de la población: de 0-15 años el 43,7%; de 15-29 el 28,7%; de 30-44 el 14,2%; de 45-59 el 8,1%; más de 60 el 5,3%.

Y todo ello tiene lugar en un marco internacional desfavorable. Europa cierra fronteras: los países vecinos del otro lado del mediterráneo legislan leyes de extranjería que impiden la emigración del Sur. La política del FMI exige el pago de la deuda en condiciones que hacen aumentar el empobrecimiento y la dependencia, etc...

Octubre 1988

¿Cómo se ha llegado aquí? ¿Cómo se ha llegado a esta situación insostenible y previsiblemente larga?

La explosión social de octubre de 1988 marca quizás el punto más álgido, un punto de no retorno, el punto final del viejo Estado que va a explicar la actual situación.

Acabada la guerra contra Francia el protagonismo de la gente durante la guerra de liberación nacional hará que ésta no se quede en una simple cuestión nacional política, la gente sigue luchando por una profundización de la revolución en lo social, hacia la apropiación social: el gobierno Ben Bella (62-65) será el compromiso que tendrán que pactar la burocracia del FLN y el ejército. Pero el movimiento hacia esta apropiación por parte de la gente, hacia la autogestión en el campo, las huelgas en los servicios (seguros, teléfonos,...) y en la Renault... desborda el equilibrio pactado con Ben Bella, y el ejército (Bumedián junio 65) el mismo que había facilitado el poder a Ben Bella, da el golpe de estado para poner fin a esta situación, fundamentalmente, para liquidar la autogestión.

Bumedián (1965-1978) reorganiza el país en base a un capitalismo del estado. En el campo, no pudiendo hacer frente a las granjas autogestionadas debido a su resistencia, las deja morir y empieza a industrializar.

A lo largo del decenio 67-78 la parte efectiva de la industria en las inversiones globales realizadas llega a representar el 60% contra el 10% en el sector agrícola que representa la mitad de la población. La tasa de crecimiento anual del empleo industrial es doble que en el conjunto de la economía nacional. Los empleos en la industria representan el 11% del total del empleos en 1967 y el 30% en 1978 mientras que en el sector agrícola es del 54% en el 67 y del 32% en el

78. Esto comporta un éxodo rural y una expansión urbana, a la vez que aumenta la dependencia alimentaria en un periodo en que la población se dobla (del 1957 al 1977).

Con todo, la producción industrial neta conoce un crecimiento medio nulo de 1967 a 1978: La mayor parte de los equipos industriales (de una obsolescencia acelerada) son importados. En 1976 el 71% de los cuadros y técnicos superiores son de origen extranjero, estando los cuadros argelinos casi exclusivamente en las funciones de gestión que son las que dan poder en esta sociedad burocratizada. La capacidad de producción efectiva es sólo del 30%. La productividad del trabajo está en continua regresión.

La renta del petróleo y el endeudamiento exterior van a compensar esta situación. Con el dinero del petróleo se subvenciona la industria, las cooperativas agrícolas y la administración y burocracia de todos los servicios. Así, aún bajando la productividad del trabajo, gracias a la subvención crece el poder adquisitivo. El reparto de la renta es muy desigual respecto a las dos grandes esferas: mucho mayor en la esfera de la redistribución de la renta (funcionarios públicos, cuadros no técnicos de las empresas estatales, militares, comerciantes y especuladores) que en la de la producción (trabajadores agrícolas fijos y temporeros, obreros y cuadros técnicos de la empresa pública y privada). Todo se subvenciona. Todo se importa (¡hasta las patatas y los huevos!). Toda la sociedad es subvencionada y funcionarizada.

El campo se abandona (¡pensemos que estamos hablando de una sociedad agrícola!). Del 65 al 79 la producción agrícola por habitante baja un 50% e incluso llega a disminuir en términos reales. Con la revolución agraria de 1971 lo que se persigue es la hegemonía del Estado sobre el campesinado: las relaciones jerárquicas de los antiguos colonos se refuerzan, tanto el director de la unidad como el presidente de la granja “autogestionada” se interesan más por su función administrativa en la escala jerárquica que por su función profesional de aumento de la productividad agrícola. Gracias a la renta del petróleo el Estado transforma a los trabajadores campesinos en asalariados del Estado. Es difícil exagerar el grado de burocratización: En el año 1974 había más de 3.000 ingenieros agrónomos de los cuales 27 estaban en las cooperativas trabajando en el campo y 34 en la administración; los otros 3.000 estaban en las oficinas de Argel. Todo se falsea. Es difícil considerar hasta que punto la sociedad deviene artificial y hasta que punto llega la corrupción y el enriquecimiento de las cúspides en el poder. Como también es difícil exagerar el grado de represión del Estado.

Así es como se llega a la paradoja de que el petróleo impide la industrialización. Esta, que debía nacer de la utilización de la renta del petróleo es su gran consumidora. A diferencia de sus vecinos, como por ejemplo Marruecos o Egipto, donde la economía se monta a base del trabajo, de la explotación del trabajo obrero, en Argelia se monta a base de subvenciones,... como si se tratara de una sociedad rentista tipo Emiratos, pero con 25 millones de habitantes!

Cuando baja el precio del petróleo (1982) la sociedad se desmorona. Se acaba la subvención. Despidos masivos en las cooperativas, en la industria, en la administración. Endeudamiento externo. Se han de pagar los intereses de la deuda. Se fugan los capitales: 37 mil millones de dólares, más de lo que sube la deuda externa. Y se ha de importar todo en un 90%. Todo es falseado por la burocracia. El Estado pasa a ser el enemigo del pueblo.

En octubre del 88 la gente reacciona y destroza el aparato que lo condena a la miseria. Las medidas de Chadly tendentes a desplazar el papel central del ejército y a descentralizar el FLN no llegan a tiempo y quizás precipitan la desestabilización por parte de los que más tienen que perder con las medidas modernizadoras y piensan en un caos que suscite una junta militar. Pero todo es sobrepasado por el movimiento de la gente. Esta sale espontáneamente a la calle y en pocas horas destroza todo lo que sean edificios públicos, todo lo que sea del Estado. Durante la semana del 5 al 11 de octubre la calle pertenece a los jóvenes: no reclaman nada, sólo “abajo el Estado” (el partido, los ricos, los políticos, los aprovechados del sistema...). Se saquean los almacenes del Estado, se queman los coches oficiales, se saquean los ministerios, se ocupan los edificios públicos, se abren las puertas de la cárcel de Boufarik (suburbio de Argel). Durante tres días los barrios de Belcourt se transforman en comunas autónomas. La rebelión se extiende a Orán, Blida, Annaba, Skikda, Tiaret... Hasta el día 7 los islamistas no salen a la calle, pidiendo moderación. El ejército, con una represión extrema (500 muertos) retoma la situación pero ya no puede articular a la sociedad. El 88 marca el punto final del partido único (el FLN se

rompe: los moderados con el gobierno y, por otro lado, los nacionalistas -Kabylia, los islamistas...).

Se inician unas tímidas reformas políticas que permiten el retorno de los exiliados (Ben Bella, Ait Ahmet,...). Compromiso de elecciones legislativas para 1991. En la radicalidad la gente apoya al FIS ya que lanza un proyecto que cala en la sociedad. Organiza a la sociedad (mercado para los más pobres, ejército para proteger a los más necesitados, cooperativas,...). Lanza contra el Estado el mismo discurso anticorrupción que tenía el FLN contra los franceses (¡Mirad como viven ellos y como vivimos nosotros...!), y gana la primera vuelta de las elecciones. La burguesía, el aparato del Estado y el ejército ven que van a perderlo todo... Un frente por la salvación de Argelia (CNSA) presidido por el secretario general del sindicato (UGTA) exige parar la segunda vuelta. El presidente Chadli dimite y el ejército vuelve a protagonizar el poder (que no ha perdido desde 1965) e ilegaliza al FIS.

El pacto imposible

Es difícil pensar que puedan darse hoy los pactos continuamente en curso desde el asesinato de Budiaf, y que estos pactos puedan significar algo más que puras fórmulas, palabras. Pues si bien parecería posible una concurrencia hacia los mismos intereses entre élites del FLN, del FIS, del ejército y de la oposición, quizás haya corrido demasiada sangre ya para hacer el pacto posible, para zanjar las cuestiones de grupo y, sobre todo, parece difícil porque ¿qué representan hoy estas élites?, ¿no son ellas las que dividen la sociedad? ¿Puede ser creíble una democracia impulsada por las capas intelectuales que han estado siempre al lado del estado, un estado cuya represión será difícil de igualar? Los extremistas de ambos lados que han extendido su influencia a partir de las elecciones interrumpidas del 91 impiden la expresión de las tendencias más conciliadoras. Es por todo esto que nos parece difícil que un pacto, al que los bandos en liza puedan llegar (FIS y aparato de Estado), represente un paso efectivo en la resolución de los problemas que hoy viven los argelinos y cuyas causas, o algunas de ellas, estamos analizando.

Estamos ante una sociedad muy frágil, una sociedad atípica desde el punto de vista capitalista occidental (por lo que hemos visto del proceso de industrialización subvencionado por el petróleo, con rasgos más próximos a las sociedades del Este: burocracia, falsificación, cinismo, capitalismo de estado, dominio a través de la represión pura y no a través de la mercancía,...), poco articulada por el capital y su lógica, con divisiones de élites, de clanes,... No hay una sociedad civil típica. La política no se separa ni de la economía ni de la religión. No cabe una articulación política de la sociedad, la sociedad se organiza de una manera paralela. Es significativo, a este respecto, el índice de abstención en las legislativas del 91 en un momento tan crucial, pero la gente sabe que las elecciones no cambian nada de su situación. La gente va por su cuenta no comprometida ni con unos ni con otros... y ahora es rehén de ambas partes: del fundamentalismo religioso y del fundamentalismo democrático. Aquí reside la única salida: que más allá de los pactos imposibles pueda abrirse paso un movimiento de masas por la apropiación, por la autogestión como medio y como fin.

Quizás tengamos que romper los esquemas interpretativos excluyentes de islamismo o democracia, o de sociedad religiosa o laica, si queremos entender por donde discurre el caminar de este pueblo hoy cautivo por ambos fundamentalismos.

Lo mismo por lo que se refiere a la identidad nacional: no es su problema (aparece muy tardíamente y muy minoritariamente, el Partido del pueblo Argelino, de Hadj Messali). Dentro de Argelia el problema viene por parte de la minoría bereber (el 17% contra el 82,6%) situada en la Kabyliá y que no ve reconocida su identidad cultural. En la Kabyliá el FIS tiene poca influencia, y es mayoritaria la tendencia laica y democrática.

Con respecto a la identidad religiosa: quizás Argelia no esté más islamizada hoy que en 1962, pese que el 99,9% son musulmanes (sunnitas).

Es difícil, para nosotros, entender por donde pasa la lucha de clases si no sigue las pautas típicas que conocemos de las sociedades más desarrolladas desde el punto de vista capitalista occidental, pero no por esto vamos a negar la realidad de esta lucha.

Tampoco es fácil ver qué puede pasar en Argelia a partir de la situación internacional: la situación del Islam, muy dividido; USA que centra su interés no en el hecho religioso sino en la

aceptación del liberalismo y, por tanto, no excluye, antes bien propicia, un entendimiento con un gobierno de raíz islámica (FIS).

Y, sobre todo, Francia, que juega a fondo a favor del gobierno actual (es aún su principal cliente: representa el 15% de todo lo que Argelia exporta y el 26% de todo lo que importa) y de las capas más reacias al entendimiento con el FIS (élites urbanas, intelectuales, parte del aparato político y sindical,...), combinando, de esta manera, sus intereses económicos con los intereses electorales (téngase en cuenta la influencia de los intelectuales en Francia y el miedo a una inmigración de los cuadros universitarios en caso de un gobierno FIS), aunque con ello tenga que hacer frente a una posible radicalización de los suburbios de sus grandes ciudades.

Y, finalmente, la crisis del capitalismo mundial impide alianzas económicas suficientes como para poder desarrollar -ni por el lado del gobierno ni por el lado del FIS- ningún programa de intervención económica que pueda hacer frente al fuerte deterioro interno y que aglutine a su alrededor a los más moderados. Esto significa que ninguna de las fracciones en lucha tiene el suficiente apoyo para hacerse fuerte.

Etcétera, octubre 1994

(1) Aunque el FIS no se funda hasta el 10 de diciembre de 1989, el movimiento islámico argelino tiene una larga historia: a instancias del FLN los ulemas ingresan en él en 1956. Después de la independencia, los cheikhs Soltani y Sahnoun denuncian la corrupción y la laicidad de Argelia y en 1974 Soltani publica una violenta crítica de la orientación de Bumedián, que será una de las bases del islamismo argelino. Con la revolución en Irán el movimiento islámico crece y en 1982 se forma el MIA, Movimiento Islámico Argelino bajo el liderazgo de Bouyali: tiene por objetivo la salida de los técnicos cooperantes franceses, el retorno de los emigrados a Francia y el derrocamiento del gobierno corrupto mediante un movimiento armado (guerrilla y maquis); en 1987 el movimiento es desmantelado, muerto su líder por el ejército. Con la revuelta de octubre del 88 los islamistas (que han sufrido 80 bajas y que crecen en número de forma vertiginosa en un terreno abonado por la crisis económica que abandona a su suerte a miles de jóvenes), pasan a ser tenidos en cuenta por el poder. En marzo del 89 se funda el FIS, en septiembre del mismo año es legalizado y en el 90 se implanta en muchos municipios. Dirigido por una asamblea de 14 miembros dice tener en marzo del 92 dos millones de militantes. Abassi Madani, uno de sus principales líderes había jugado ya un papel en el incipiente movimiento islámico, al lado de los cheikhs Soltani y Sahnoun.

Comunitarismo religioso y nacionalismo: el caso Argelino

Los acontecimientos de octubre de 1988 (Rouzeik 1988, Charaf 1989) situaron a Argelia en un terreno de turbulencias. Estos disturbios revelaron la existencia de múltiples crisis. Crisis que Lucien Pye (1967) describe en sus trabajos sobre la modernización: crisis de identidad, crisis de legitimidad, crisis de integración, crisis de participación, etc.

Favoreciendo la erosión del mito nacionalista y la pérdida de la legitimidad del Estado se vive una reactivación de la utopía islámica. El mito de la “ciudad ideal” cuyo resurgimiento excluía Ibn Khaldoun en su tiempo (Laroui 1981) nutre en nuestros días el proyecto de “revolución conservadora” y moviliza las capas sociales que viven su presente a la manera de “no-contemporaneidad”, de temporalidades sociales contradictorias (E. Bloch 1978). Nos parece que para comprender la importancia de las reacciones comunitarias y la crisis del Estado Argelino, es necesaria una breve descripción del antiguo orden, basado en la religión, y de las relaciones entre el islam argelino y el nacionalismo.

Nacimiento del modelo comunitario

1. Durante la época precolonial, la Regencia de Argelia constituía una provincia del Imperio Otomano. Su situación era la de frontera en el Mediterráneo occidental. Se consideraba a Argelia como “el paseo de la guerra santa”. Las relaciones entre el Estado central y el gobierno local, copado por los “Otomanos locales,” evolucionaron desde el siglo XVII en favor de los últimos. Toda la organización de la sociedad, instituciones, educación, justicia, relaciones entre las confesiones, se fundaba en la ley islámica (la shari'a).

Siguiendo la “dhimma”(1) que establece las bases de cómo tratar a los no-musulmanes en el islam, el poder toleraba a la “gente del libro”. Rechazados fuera de las fronteras de lo político, los judíos poseían el estatuto de “dhimmi”. Sujetos del Dey, disfrutaban de la legalidad de su culto y su vida social la administraban las jurisdicciones religiosas, parte integrante de un conjunto de instituciones cuya autoridad estaba sancionada por el poder islámico.

El islam, religión con vocación universal, excluye cualquier concepción conflictiva y antagonista de las relaciones sociales. La concepción comunitaria valoriza la fraternidad espiritual y la armonía, define las obligaciones y prohibiciones y confiere al grupo el control y la censura del comportamiento de cada uno, ya sea por la palabra o por actos, cerrando de esta manera cualquier vía a la individualización. La pertenencia al islam es de un carácter orgánico y sagrado. Nadie puede abandonar la confesión que ha heredado. La condena a muerte sanciona la apostasía, confirmando de esta manera la afirmación de que “el comunitarismo religioso es contrario al pluralismo” (Galissot 1993).

Basado en una conciencia imperativa del “nosotros”, el comunitarismo tiene como consecuencia, como en todas las religiones, estrechar el horizonte del grupo y contiene el germen de la intolerancia etnocéntrica “aunque la estigmatice en los demás”. Los clichés, los sentimientos hostiles que daban origen a las palabras “nosrani” (cristiano), “roumi” (bizantino), “kafir” (infiel) (2), “salibi” (cruzado) tapiz de fondo de las conciencias colectivas, son mantenidas después de la caída de Andalucía (1492) y del reflujo de los moriscos como consecuencia de las permanentes amenazas de las potencias europeas, “Bar Ensara” (el continente de los cristianos) sobre el Magreb. “El cristiano es, para el musulmán de entonces, el infiel, despreciable e ignorado (Valensi 1969).

Siendo una cultura abierta y asimilante, forjada en el pasado bebiendo de todas las fuentes (Ferkhri 1989), apta para apagar o rechazar lo que no podía integrar, la cultura islámica correspondió en lo sucesivo a la definición que da Von Grunebaum (1973) de la cultura “un campo cerrado de preguntas y de respuestas”.

La hegemonía de los jurisconsultos en el pensamiento árabe en occidente ha conducido a la censura o al rechazo de todo el legado racionalista en provecho de la “expresión ético-jurídico-ritual” (Arkoun 1984). Los gustos intelectuales de las poblaciones se hallaban ligados a lo sobrenatural y a lo fantástico y valorizaban las culturas, las costumbres familiares y patriarcales. Así nos aparece Argelia en vísperas de la confrontación con Francia.

2. En el siglo XIX, las nociones de nación, de soberanía popular, de cultura o lengua nacional eran desconocidas. Un habitante de Constantina o de Tlemcen no se sabía reconocerse como argelino. La sociedad de esta época se presenta no como una estructura rígida de poderes sino más bien como una situación de equilibrio entre varias redes de poderes a la vez jerárquicos y fragmentados, a veces complementarios, a veces independientes a la imagen del M'zab, de los Ouled Mokrane de la Medjana o de los Ouled Sidi Cheikh del Sur de Orán. Identidades colectivas diversas separadas por diferencias de mentalidad entre el orden urbano y el orden tribal, las barreras lingüísticas entre el llano arabizado y las montañas bereberes coexisten en un juego de constantes reajustes. Por encima de ellas, se halla el gobierno local. En el seno del sistema otomano, su jefe, el “dey” es elegido por sus iguales, miembros de una milicia de janízaros (el odjak) compuesta únicamente por “otomanos locales” excluyendo, pues, a los autóctonos.

El modo de dominación se inspira en el modelo mameluco y otomano (Leca, Schemeil 1983) en el que el sistema político se funda en una élite no tribal “libre de los lazos de sangre”. Pero éste no se presenta en estado puro. La resistencia a la centralización simbolizada por el

rechazo a pagar el impuesto, signo de sumisión, ha llevado al "centro" a negociar con los poderes intermedios (cofradías religiosas y tribus), a privilegiar a algunos y a apoyarse en ellas eximiéndoles de impuestos para dominar a los otros (Bontemps 1976). El "centro" comparte su poder con las comunidades tribales. En la periferia, sus funciones se limitan al cobro del impuesto y a la seguridad pública, pero en ningún caso dispone del monopolio de la violencia. Las tribus se hallan armadas y más de una tercera parte de entre ellas escapan a cualquier control.

Si en el plano del Estado, el islam modela el conjunto de las instituciones, el poder político y la autoridad religiosa se hallan separados conforme a la tradición sunnita teorizada a partir del siglo XI. Sin embargo, el poder secular no es del todo independiente. Se le debe fidelidad mientras actúe conforme a la "shari'a", a la ley islámica, de la que los ulema, expresión del ideal unitario de la comunidad, son los garantes. Del conflicto entre el poder y la legitimidad nace la debilidad del poder secular en los períodos en los que algunos grupos de la sociedad en crisis recuerdan a los ulemas las obligaciones de su cargo: recomendar el bien y reprobar el mal.

Debemos hacer una precisión: la importancia de los particularismos. El peso de los poderes intermediarios hace que el islam sea un factor de integración social pero no debe exagerarse su importancia como tiene tendencia a hacer la historiografía argelina. La frase que se atribuye al Profeta recomendando suprimir todas las diferencias tribales en beneficio de la comunidad de creyentes no parece que haya inspirado siempre a los jefes. La historia musulmana, incluida la de los cuatro primeros califas (Djaît 1989) nos muestra que la fidelidad al linaje ha eclipsado a menudo la fidelidad religiosa y ha suscitado solidaridades más consistentes. La conquista francesa de Argelia está llena de ejemplos en los que la carrera por la sucesión del Dey no ha tenido en cuenta los preceptos religiosos mientras se hacían llamadas al ideal comunitario de la "Umma". La unidad de la fe no implicaba una unidad de lengua. El otomano prevalecía en la administración. El árabe culto era la lengua de las ciencias religiosas y de la erudición. Pero habida cuenta de la heterogeneidad de los espacios culturales, ocupaba un espacio limitado y coexistía con las hablas árabes y bereberes.

La colonización o la "dhimma" invertida

El choque durante el siglo XIX de dos mundos radicalmente diferentes y de fuerza desigual (Francia y Argelia) es percibido por cada uno de ellos según su propia óptica, su visión del mundo. Para los pioneros de la colonización, Europa, patria de la civilización racionalista y técnica, es el centro de referencia desde el que se ordena la historia de la humanidad. "Esta convicción va mucho más allá de las oposiciones políticas y de los debates ideológicos o confesionales. Se confunde, en la opinión católica y conservadora, con la de la preeminencia de la única religión revelada y de las concepciones morales que le van ligadas. Desde el punto de vista republicano, se nutre de la fe en la ciencia, el progreso, los ideales de 1789. Para los demás, occidente, encarnado en la administración, el médico o el maestro, aporta la justicia, la igualdad, la escuela... Para unos como para otros, occidente representa las luces frente a las tinieblas. La idea de una jerarquía, de un orden de valores en la escala de las comunidades constituye un postulado de base..." (Girardet, 1972). No examinaremos la "visión de los vencidos" desde el punto de vista del "sentido práctico" sino desde el punto de vista de las élites que traducen el sentimiento comunitario.

Estas consideran la conquista francesa como la expresión de un castigo divino y la derrota de Argelia como el signo de una perversión de la fe. La recomendación según la cual, en las situaciones de peligro hay que "agarrarse a los lazos que unen" (3), o sea al Corán, resume el programa del islam confrontado a la violencia colonial. La situación a la que se ha llevado a los argelinos no la perciben todavía en términos de dominación política y de explotación económica. Para los colonizados se inscribe todavía en la continuidad de la confrontación con la cristiandad. Todo en la organización de Argelia imponía a los espíritus la analogía entre el sistema colonial y el modelo de relaciones interconfesionales desarrollado para la Ciudad islámica, "la dhimma":

a) Identificación del Estado con la comunidad europea que tiene como referente común la religión y no la nacionalidad, la nueva estratificación que se instaura depende de los efectos de la dominación, de distinciones étnicas entre dominantes y dominados pertenecientes a religiones distintas. La carta de nacionalidad otorgada a los judíos indígenas de manera global hace que la comunidad musulmana sea la única víctima del sistema. En adelante los antagonismos políticos y culturales se traducirán en términos étnicos y religiosos como en Irlanda o en Polonia y harán del islam el hogar donde se identifican los dominados.

b) Rechazo de los musulmanes fuera de las fronteras políticas y la perpetuación, como consecuencia, de la comunidad religiosa. De 1848 a 1946, el Imperio francés, excluyendo los protectorados, incluye en su seno a dos categorías de habitantes: los ciudadanos nacionales y los sujetos nacionales. Los argelinos pertenecen a la segunda categoría y se hallan sometidos al estatuto del indigenado que los priva de la mayor parte de los derechos civiles y de la totalidad de los derechos y libertades públicas. Pueden acceder a la ciudadanía si lo piden, pero para ello deben renunciar a su estatuto civil personal. En marzo de 1945, se reconoce la ciudadanía a los argelinos, pero en Argelia se ejerce en un colegio electoral especial llamado “colegio de los no-ciudadanos”. Estas prácticas pesaran mucho sobre el destino de los argelinos. Degradada y amputada de sus funciones originales, la institución comunitaria sobrevive. Las concepciones, los valores, los símbolos permanecen marcados por el imaginario islámico.

c) La desigualdad ante el impuesto. En la “Dhimma”, el protegido paga un impuesto especial, la djizya, símbolo de sujeción. En el sistema fiscal colonial, los argelinos pagaran hasta 1918, además de los impuestos directos e indirectos de tipo europeo, los impuestos árabes, tributo del vencido al vencedor. La supresión de este régimen no pondrá fin a la desigualdad ante el impuesto (Collot 1987).

d) Hostilidad y desconfianza frente al islam. Las leyes relativas a la separación entre el Estado y las religiones, aplicadas al cristianismo y al judaísmo no lo pueden ser al islam. El culto musulmán, sus servidores, sus recursos (los bienes de mano-muerta o habous) son gestionados directamente por la administración y sustraídos del control de la comunidad musulmana. En la misma línea, la libertad de enseñanza concedida a las congregaciones religiosas no es reconocida para la enseñanza árabe hasta 1944, fecha a partir de la cual la administración la admitirá, pero “dentro de severas condiciones” (Collot 1987).

Dentro de la estructura colonial, el pluralismo religioso –que puede hallarse igualmente en la enseñanza y en la justicia– favorecía la aparición de grupos cerrados. Habiendo abandonado rápidamente las tentativas de cristianización (Julien 1964), los prejuicios de los librepensadores hacía más difícil la distinción entre la acción de la Iglesia y la de los laicos. Desde el punto de vista de las masas, estas dos fuerzas actuaban en el sentido de la desislamización.

Todos estos fenómenos, a los que hay que añadir el malthusianismo de la enseñanza en francés, escatimado durante la primera fase de la conquista (Turin 1971), exigido sin éxito después, llevaron a la yuxtaposición en el mismo terreno de dos comunidades no integradas, “en una totalidad más amplia” (Bourdieu, 1961).

Se comprenderá así porque fue en el seno de la comunidad musulmana donde se planteó el problema específico de la emergencia de una nacionalidad argelina. En el orden cronológico, fue la población europea la que desarrolló primero la idea de una separación respecto a Francia. Hasta finales del s. XIX, la expresión “pueblo argelino” se refería a los europeos. Esta perspectiva sufre un vuelco cuando éstos obtienen de Francia la supremacía total sobre los “vencidos”. Fue de una manera más concreta entre las dos guerras que el término “argelinos” se utilizó para nombrar a aquellos que el discurso colonial definía por su confesión (los musulmanes), su lengua (los bereberes, los árabes) o su región (los de Kabylia, los mozabitas, los de Chaouia, etc.).

Comunitarismo y nacionalismo

Constituyendo una exigencia de método el rigor en los conceptos, entendemos por nacionalismo, dentro del contexto colonial, la reivindicación del derecho a una nacionalidad (Hobsbawm 1993). De esta manera nos importa poco que los líderes que lo explicitan se pronuncien a favor de un Estado multicomunitario, fundado sobre la distinción entre la nacionalidad étnica (jinsiyya qawmiyya) y nacionalidad política (francesa) (jinsiyya siyasiyya),

como Ben Badis (1936), la autonomía en la federación (F. Abbas en 1994) o la independencia (Messali). Nos importa poco también que la nación exista o que todavía deba nacer. Nuestra intención reside en situar las relaciones entre comunitarismo y nacionalismo

De una manera general, los historiadores de Argelia han puesto el acento en sus trabajos, hasta un período muy reciente, en las rupturas con el pasado, sobre las formas de vida y las ideas nuevas, en detrimento de la continuidad y de la tradición islámica. El nacionalismo les parecía como la expresión de una sociedad secular. Parecía que lo más importante fuera situar en el tiempo los signos de emergencia de una conciencia nacional de tipo moderno que se derivaba del comunitarismo islámico (Ageron 1966, Meyner 1981, Pervillé 1982). Encontramos en este método la influencia del pensamiento evolucionista.

Sin embargo los temas del comunitarismo y del nacionalismo no son distintos. W.E. Mühlmann pone en evidencia su similitud cuando muestra en sus trabajos sobre los mesianismos revolucionarios del Tercer Mundo cómo los rasgos culturales del judaísmo y del cristianismo, la conciencia elitista y el abismo entre el “nosotros” y los otros “se traspasaron a los nacionalismos nacientes europeos”. Pero en el caso del nacionalismo argelino, encontramos otras características: la condena de los matrimonios mixtos (4), el unanimismo, el rechazo de toda autonomía del sujeto, el anatema lanzado al liberalismo (Merad 1967). Esta constatación nos lleva a matizar los juicios de los historiadores y a distinguir entre un nacionalismo que se presenta como una ruptura con el comunitarismo, “Argelia por encima de todo”, dirá Mohamed Boudiaf (5), y un nacionalismo que se presenta como la trasposición en el espacio político de la comunidad religiosa. Encontramos en el campo político los dos tipos clásicos del nacionalismo:

a) Un nacionalismo étnico-cultural de tipo alemán que toma la identidad como un dato natural y al pueblo como una comunidad orgánica unida en torno a un patrimonio del que la lengua árabe y el islam constituyen los pilares y afirma la pertenencia a la comunidad arabe-musulmana “sin darse cuenta de la contradicción potencial” entre la fidelidad a la nación y la fidelidad a la umma islámica universal (6). Este nacionalismo inspira al reformismo musulmán (Merad 1967), pero también al islamo-populismo de Messali Hadj (Harbi 1984). La referencia que esta última corriente hace de la democracia presta a confusión pues el principio de la libertad del pueblo reside en la libertad con respecto al colonizador. Ésta se aplica a la representación de la nación, o sea al futuro Estado y no al individuo. De carácter anti-imperialista, este nacionalismo es antidemocrático. Cultivado por las masas populares, constituye la columna vertebral del movimiento nacional.

b) Un nacionalismo social que hace de la nación una construcción política y no una comunidad cultural (Galissot 1987). Este modelo heredado de los jacobinos, seduce a las élites urbanas, principalmente aquellas que con las de Ferhat Abbas renuncian a una nacionalidad argelina, y también a aquellas que durante los años 1949 (7) y 1954 (8), se separaron del islamo-populismo mesalista.

Los esfuerzos de las élites hacia un pueblo que presentaba un claro resentimiento contra los representantes de una modernidad exógena rebotarán sobre la rigidez política de los colonos, el holismo (o todo o nada) de las clases populares y la hostilidad de los religiosos a la secularización, principalmente, cualquier atentado contra los principios del patriarcado. El deseo de las élites de no romper con las fuerzas vivas del país las llevará a defender la “necesidad del sentimiento religioso” (9) de donde surge la condena de cualquier abandono de la confesión heredada.

Sin embargo el paisaje político no era el que correspondería a un enfrentamiento sin compromiso entre los dos nacionalismos. En el interior de los dos campos había mucho sincretismo no obstante la voluntad de los ulema de confinar la ingerencia occidental al ámbito utilitario. Pero quizás esta situación se debiera más al peso que tenía la comunidad europea en la difusión de modelos de vida que a transformaciones endógenas en profundidad.

En definitiva, el nacionalismo argelino, en lo esencial de sus fuerzas, es un populismo que traduce, en el lenguaje político que le ofrece la escena colonial, una reivindicación fiel al comunitarismo, siendo la nación el nuevo término para designar la fidelidad islámica.

La entrada en escena del FLN confirma la fragilidad del nacionalismo moderno. En la práctica, este movimiento privilegia el activismo comunitario por encima de la emancipación individual. No hay duda de que la revolución argelina presenta abundantes características

religiosas en su vocabulario, en sus símbolos, en sus fuerzas de movilización (Harbi 1992). La masiva participación del mundo rural, la rotura entre musulmanes y europeos modifican el sentido del intercambio entre el nacionalismo jacobino y el comunitarismo en beneficio de este último. Esta evolución se acentúa por la integración de Argelia en la escena política del mundo árabe y su alejamiento de los movimientos políticos franceses. Se pueden citar innumerables hechos en apoyo de esta tesis. Nos limitaremos a evocar los datos con respecto al problema de la minoría europea.

Teóricamente, la ciudadanía argelina tal como fue definida por el FLN no conlleva la obligación de pertenecer a la confesión musulmana o a la “cultura árabe”. Pues bien, una de las organizaciones que lo constituyen, la Unión General de Estudiantes Musulmanes Argelinos, fundada sobre la base de una concepción étnico-cultural de la nación, se tiene por una Unión Nacional. Y con este título decidirá, mucho tiempo después de su fundación, incluir europeos en su seno sin modificar sus siglas. Durante el IV Congreso, se invalida de manera arbitraria a una europea, elegida delegada por su sección, lo que conlleva una fuerte reacción por parte de Claudine Y Pierre Chaulet (10). En una carta dirigida al presidente del G.P.R.A., piden, sin éxito, la supresión del calificativo “musulmán”. “En cualquier momento y bajo cualquier pretexto, escriben, el argelino no musulmán puede considerarse o ser considerado como un ciudadano de “segunda línea”, “un marginado”. Nosotros que, desde antes de la revolución, tomamos partido en favor de la integración de las minorías en la nación argelina, creemos que el problema se ha resuelto mal y deja la puerta abierta a las discriminaciones raciales y confesionales. Como revolucionarios rechazamos este racismo, y rechazamos jugar el papel de “minorías de servicio” o de simples aquiescentes del patriotismo argelino” (11).

Los temores expresados por Claudine y Pierre Chaulet se confirmaron en el momento de la independencia, cuando se adopta el código de la nacionalidad.

El éxodo masivo de los europeos permitirá que el legislador, bajo la presión de los ulema, haga prevalecer el punto de vista del derecho musulmán en la elaboración del código de la nacionalidad. Este código distingue entre la nacionalidad de origen, atributo de los argelinos de estatuto musulmán (12) y la nacionalidad adquirida de la que se puede legalmente ser desposeído (13).

La discriminación entre argelinos de confesiones diferentes se halla de esta manera inscrita en el corazón mismo del derecho. Ésta se confirmará en la Constitución de 1963 que convierte al islam en religión de Estado y establece que el Presidente de la República debe ser musulmán (14).

La idea de un Estado laico tropezó desde los primeros pasos de la independencia de Argelia con una mezcla inextricable de nacionalismo étnico-cultural y de comunitarismo islámico (15). El FLN los había unido, pero las antiguas divergencias políticas continuaron durante mucho tiempo a impedir su fusión. Pero juntas lograron poner una barrera a la laicidad de la escuela, darán una importancia notable a la enseñanza religiosa y votaran un código de familia de inspiración patrimonial. Ahmed Nadir (1968) y Jean-Luc Deheuvels nos enseñan de manera clara en sus trabajos los lazos existentes entre la defensa y promoción de la lengua árabe, la búsqueda de una identidad y la voluntad de restauración de un Estado islámico. La sobrevaloración de los planteamientos de las distintas élites técnico-burocráticas en el seno de los estratos en los que ocupaban las cimas del poder, ocultaba una realidad aplastante: los comunitaristas habían comprendido mucho mejor que sus rivales, que lo esperaban todo de las transformaciones económicas, el hecho de que el ámbito de la enseñanza es un lugar estratégico. En él se ligan los procesos de apropiación del capital simbólico, decisivo desde el punto de vista de la estrategia. El sistema educativo suministró su lenguaje y sus temas a la oposición.

El paso a la sociedad moderna implica, como lo ha remarcado John A. Hall 1985, la aparición de un nuevo tipo de ciudadano. “Este proceso es en extremo doloroso cuando se realiza rápidamente. Mientras la zanahoria permanece delante de aquellos que se ven perjudicados, la transición puede desarrollarse sin ningún desastre. El fascismo proviene del hecho que las poblaciones en medio de un período de transición, cargados de los recuerdos de un mundo preindustrial simple y más orgánico contemplan como se les retira la zanahoria y sufren el desespero de sentirse abandonados. En estas condiciones, la inteligencia de rango

inferior adquiere credibilidad y poder produciendo una ideología total que asegura una vuelta al orden y a los valores comunitarios reconfortantes”.

Esta larga cita de John A. Hall se refiere a la experiencia de los países occidentales. No deja de ser válida para Argelia en la que el fracaso de la modernización forzada y la exacerbación del sentido comunitario ponen en tela de juicio los mismos cimientos del Estado (16).

De verdad que nunca ha habido acuerdo entre los integrantes de la sociedad sobre la manera de vivir la argelinidad por encima de un enjambre de lenguas (árabe, bereber, francesa) (17). Esta es la razón por la que la tentación autoritaria continúa obsesionando los espíritus y alimentando la huida hacia adelante de las fuerzas políticas. El Estado era estable, no debido a la aptitud que poseía para resolver el problema de su adecuación a la nación sino más bien por su fuerza de uniformización y de represión y su constante recurrir a la obtención de recursos para lograr la adhesión de una población atada al igualitarismo.

La crisis ha acelerado la diferenciación social y ha puesto en primer término de la escena a todas las fuerzas en un contexto en el que las exigencias del FMI se hacen urgentes y en el que las tradicionales ideologías de la protesta (marxismo, nacionalismo jacobino, tercer-mundismo) no corresponden más a las demandas populares. Todo hace creer que será de larga duración.

M. Harbi, 1994

NOTAS

- (1) Palabra que designa el contrato por el que la comunidad musulmana da protección a los miembros de las religiones reveladas. Beneficiándose de este contrato, el “dhimmi” se define pues por oposición al musulmán y al idólatra. Posee un estatuto inferior y no goza de la confianza de los gobernantes. Todo depende, pues, de los que administran. La apología musulmana asimila la dhimma a la tolerancia, pero esta tolerancia no implica ni la libertad ni la igualdad.” Los tiempos en que se pensaba en este concepto ya no existen” (E. Webwr, 1989).
- (2) En Argelia se utiliza a menudo su equivalente en turco “gaouri”.
- (3) La palabra francesa “lien” (lazos) se utiliza a veces como equivalente del Corán que une a los musulmanes entre ellos. El Emir Khaled lo utilizaba en sus discursos para no llamar la atención a la policía.
- (4) Los ulema consideran esta solución como una amenaza contra la estabilidad “de la familia y de la sociedad”, un factor de desislamización. “Es evidente que la mayoría de nuestros obreros que se exilian en Francia tienen mujeres, niños, son responsables de una familia que aumenta... Y sin embargo sabemos que estos trabajadores en un país extranjero se dejan arrastrar por la solución del matrimonio mixto (Al Baçaïr n° 258, 1953, citado por Ahmed Nadir en “El movimiento reformista argelino, su función en la formación de la ideología nacional”, tesis de 3er ciclo letras, París 1968).
- (5) Fundador del FLN del que se separa en 1962 para fundar el PRS. Vivirá en el exilio o en la oposición hasta enero de 1992, fecha en la que se le llamará para presidir el Alto Comité de Estado como consecuencia de la dimisión del Presidente Chadli. Asesinado por un individuo de su guardia en junio de 1992.
- (6) En filosofía política, los pensadores del islam no se han planteado nunca ni solucionado la cuestión de las relaciones entre la Umma islámica universal y el nacionalismo. A menudo existe en el nacionalismo musulmán una nostalgia del imperio y una frustración imperial.
- (7) En esta época apareció una corriente laica como reacción contra el arabo-islamismo en el seno del movimiento mesalista. Esta corriente cuya influencia se limitaba a la Kabylia y a la emigración en Francia, defendía la ciudadanía abierta para todos y el pluralismo lingüístico. Sus adversarios lo acusaron de berberismo. Con respecto a las opiniones de esta corriente al que pertenecía M. Aït Ahmed, cf. Idir El Watani, La Argelia libre vivirá, en Sou’al n° 6, 1987.
- (8) Del mesalismo se desprenderá una corriente modernista dentro del plano de las ideas. Conocido bajo el nombre de “corriente centralista”, intentó cambiar la política del movimiento con respecto a los europeos y mantendrá con los jóvenes cristianos agrupados en torno al profesor Mandouze unas relaciones políticas de las que se aprovechará la revolución argelina.
- (9) Con la ascensión del nacionalismo, la libertad en el tono de algunos intelectuales de los años 30, cede el paso a un cierto conformismo. Sobre este punto cf. Gadant, Monique, “Nationalité et citoyenneté”, Las mujeres argelinas y sus derechos, en “Peuples méditerranéens”, julio-dic. 1988.
- (10) Personalidades importantes del catolicismo argelino, apoyaran al movimiento nacionalista antes de 1954 y serán de los primeros en apuntarse en la resistencia.

- (11) Documento de fecha 12 de agosto de 1960. 9 hojas.
- (12) Artículo 24 se fija así: La palabra “Argelino” por lo que respecta la nacionalidad se aplica a toda persona que posea por lo menos dos ascendentes dentro de la línea paterna nacidos en Argelia y que gocen del estatuto musulmán, tec.” cf, nº 18 2/4/63 p. 306 o en Anuario de Africa del Norte 1963. Ed. del CNRS, pag. 806-814.
- (13) El artículo 24 está redactado así: “Toda persona que haya adquirido la nacionalidad argelina puede perderla: 1. Si se la condena por un acto calificado como crimen o delito contra la seguridad interna o externa del Estado... 4. Si ha realizado en beneficio de un Estado extranjero actos incompatibles con la calidad de argelino y perjudiciales a los intereses del estado argelino... etc. este artículo expresa el miedo que han tenido siempre los nacionalistas de que los europeos se conviertan en una “quinta columna” de Francia.
- (14) J.O.R.A. nº 64, 19 de setiembre de 1963, p. 888 y ”Annuaire de L’Afrique du Nord” 1964, ed. del CNRS, p. 852-859.
- (15) Cf. “Una llamada de los ulema del islam y de la lengua árabe al pueblo argelino 21 de agosto de 1962 publicado por la “Depêche D’Algérie”, 22 de agosto de 1962 y retomado en “l’Annuaire de l’Afrique du Nord”, 1962. Ed. du CNRS, p. 712-713.
- (16) No hemos querido hablar de la negación de la historia colonial y de sus repercusiones en la definición de la identidad argelina. Con respecto a este punto remito a mis obras.
- (17) La interpretación del Islam político a partir de una oposición bereberes-árabes, arabeparlantes-francófonos, nos parece inoperante, aunque los islamistas se reclutan más entre los arabeparlantes.

Saïl Mohamed. Libertario argelino, nace en 1884 en Taourit-Béni-Ouglis (Kabylia). Adherido a la Unión anarquista, funda en 1923 el Comité de los indígenas argelinos. Instalado en Aulnay-sous-Bois, es, en 1929, secretario del Comité por la defensa de los argelinos contra la provocación del centenario (Francia conquista Argelia el 5 de julio de 1930). En 1936 entra en España y se une al Grupo Internacional de la columna Durruti. Herido, vuelve a Francia donde continúa su trabajo militante. Muere en abril de 1953.

La mentalidad Kabyl

(‘Le Libertaire’, número 257, 16 de febrero de 1951)

En muchas ocasiones he hablado, en estas columnas, sobre el temperamento libertario y el individualismo característico de mis compatriotas bereberes de Argelia. Pero hoy, cuando la caverna de Ali Babá del otro lado del mar se desmorona y se hunde, creo útil afirmar, contra todos los pesimistas profesionales o los que sueñan con algún cargo lucrativo, que Argelia, una vez liberada del yugo colonial, será ingobernable en el sentido religioso, político y burgués del término.

(...) Es preciso ver al indígena argelino, especialmente al Kabyl en su medio, en su pueblo natal y no juzgarlo a partir de su comportamiento en un miting, manifestándose contra su enemigo mortal: el colonialismo.

Para él, la disciplina es una sumisión degradante si no es libremente consentida. Sin embargo, el bereber es muy sensible a la organización, a la ayuda mutua, a la camaradería pero, federalista, no aceptará ninguna orden si no procede de lo común, de la base. Cuando un delegado del pueblo es designado por la Administración, el argelino lo considera un enemigo.

La religión que, antaño, lo sometía al marabut, está en decadencia, hasta el punto que es normal ver al representante de Alá juntarse con el infiel en su abyección. Todos hablan aún de Dios, por costumbre, pero en realidad nadie cree en él. Alá va de capa caída gracias al contacto del trabajador argelino con su hermano en la miseria de la metrópoli, y hay muchos camaradas argelinos en esta lucha contra el oscurantismo.

En cuanto al nacionalismo, que tanto se reprocha a los argelinos, no debe olvidarse que es el triste fruto de la ocupación francesa. Un acercamiento entre los pueblos lo hará desaparecer,

igual que hará desaparecer las religiones. Y, más que ningún otro, el pueblo argelino es dado al internacionalismo, porque tiene experiencia y su vida errante le hace abrir los ojos. Se encuentran *kabyls* en todos los rincones del mundo. Fraternalizan con todo el mundo y su sueño es siempre el saber, la felicidad y la libertad.

Por esto me resisto a creer que polichinelas nacionalistas puedan convertirse, un día, en ministros o sultanes con la óptica de someter a este pueblo, rebelde por temperamento.

Hasta la llegada de los franceses nunca los *kabyls* aceptaron pagar impuestos a ningún gobierno, comprendidos los árabes y los turcos de los que abrazaron la religión sólo por la fuerza de las armas. Si insisto sobre los *kabyls* no es porque yo lo sea sino porque es capaz de comprometer al resto del pueblo argelino en la revuelta contra cualquier forma de centralismo autoritario.

(...) La mayoría de trabajadores *kabyls* sabe que un gobierno musulmán, político y religioso a la vez, solamente puede vestirse con un carácter feudal, o sea, primitivo. Hasta ahora, así lo han demostrado todos los gobiernos musulmanes.

Los argelinos se gobernarán ellos mismos a su manera, como en el pueblo, sin diputados ni ministros que engordan a sus expensas, ya que el pueblo argelino, liberado de su yugo, no querrá caer en otro, y su temperamento federalista y libertario será su garantía. En la masa de los trabajadores manuales se encuentra la inteligencia robusta y la nobleza de espíritu, mientras que la horda de los "intelectuales" carece de cualquier sentimiento generoso. (...)

Sobre Cuba (*)

Antes de empezar a hablar sobre Cuba es necesario hacer una matización acerca de la izquierda europea y concretamente sobre la ficción que se han creado en torno a los países latinoamericanos. La gente se imagina un sueño y les cuesta trabajo comprender la realidad de lo que acontece allí. El proceso de la revolución cubana ha entrañado una contradicción entre el deseo y la realidad y, a veces nos aferramos a este sueño a costa de lo que sea. No se trata de perder la esperanza pero sí que es necesario tener esto presente. De todos modos, nosotros no podemos evitar hacer una lectura pesimista de la situación en Cuba, como, por otra parte, la hacemos de la situación general.

En cuanto a la explosión de los balseiros de este verano evidentemente es el resultado de la crisis. Tiene algo de suicidio colectivo. Había que salir de alguna manera de allí y pasar el corredor de la muerte es una tradición desde los años 60. Si no se hace más a menudo es porque el gobierno tiene las costas muy vigiladas y no deja intentarlo. Pero el 5 de agosto se lanzaron. Falta por ver, de todos modos, que pasa con la gente que se va. Los flujos migratorios a lo largo de la revolución han variado mucho y es diferente el de los años 60, del de los 80 o el de ahora, es distinto el grado de expectativa, de lo que van a encontrar. Ahora la gente no sueña con el capitalismo. Miami no es un sueño, sólo quieren comer.

En lo que se refiere a la comunidad de cubanos de Miami, aquí en España se tiene la idea de que es un grupo homogéneo, pero no es así. La comunidad cubana en el exilio está muy dividida. Es el reflejo de lo que pasa en el interior. Los sectores de derecha no es toda la realidad. La gente no ha perdido el vínculo con la familia. Hay ayuda y no suelen olvidarse del que se queda.

El vínculo ha ido creciendo. Las emisoras que más se escuchan son las de Miami (sobre todo Radio Martí). Los mensajes de la radio son mucho más mesurados que antes. Ya no se habla, por ejemplo, de recuperar las tierras. Facilitan la unión familiar, se hacen llamamientos para que no se lancen al mar, etc... Las noticias llegan con más seguridad por radio Martí que por otras emisoras internas. La gente busca la emisora para complementar su información.

Se ha de tener en cuenta que en Cuba también hay diferencias de clase que comporta distintos niveles de formación política pero, en general, la gente no se engaña con el

capitalismo. Lo que pasa es que, aunque hay un antiamericanismo fuerte, no existe ningún espacio crítico dentro de la revolución. No se sienten bien pero la otra alternativa tampoco satisface. A la gente que ha estado en Cuba tanto tiempo le es difícil asimilar la posibilidad de una avalancha de cubanos del exterior que pudieran venir con mayor conocimiento y que puedan gobernar e implantar un modelo social de otro tipo.

En la Comunidad (Miami) también ha habido una evolución explicada por el propio proceso emigratorio. La generación más joven no ven el problema cubano como sus padres. Las pasiones son más tenues. Esos jóvenes no se plantean el regreso a Cuba. Están integrados en otro tipo de sociedad. Eso hace que baje la tensión. Los que hacen más presión son las personas mayores, en cambio, las brigadas que ayudan a Cuba están formadas por jóvenes. Hay muy poco cubano mayor que esté metido en eso.

De todos modos hay sectores entre los empresarios cubanos que quieren invertir en Cuba y reclaman su derecho a hacerlo al igual que el resto de extranjeros, pero en este momento posiblemente tienen poca fuerza.

En cuanto a las negociaciones, hay sectores de la Comunidad que se han reunido con Fidel. En abril o febrero hubo un encuentro. Lo que pasa es que desde dentro no se percibe que haya una apertura o un verdadero diálogo. Parece que había un sector (sobre todo de Madrid) que tenía un puente para poder llegar a mediaciones con el Gobierno cubano, pero hay otro que lo descalifica. El problema es que la gente que tiene mayor representatividad no es la que está dialogando con el Gobierno. No parece representativa y es que no había nadie en la oposición realmente dispuesta a sentarse a dialogar, los que lo hacen se están dando a conocer ahora. De todos modos no hay voluntad por parte del Gobierno para el diálogo, pero los acontecimientos obligan al cambio.

La gente no cree en la acción del gobierno. Una de las últimas medidas es la liberación del "mercado campesino". En realidad este tema, que se viene arrastrando desde los años 60, fue clave en 1980 en que se implantó y se suprimió enseguida en razón de que había gente que se enriquecía y se estaba gestando el germen capitalista... La gente se preguntaba: ¿por qué han quitado el mercado? De acuerdo que se enriquecen algunos, pero después que pidan impuestos y dejen el mercado funcionar. Durante todos estos años cualquier alusión al mercado campesino estaba prohibida, pero este mercado ha seguido funcionando en negro y la gente continuó abogando (mediante chistes...) por él.

Ahora con todo este desastre de la economía la gente empezó a sugerir la conveniencia de la tolerancia del mercado, pero no consintieron. Incluso se dieron una serie de licencias para actividades pero antes de un mes las retiraron. Se ha creado un estado de inseguridad total. Por eso la gente no puede organizarse. Si uno se arriesga a dedicarse al mercado y después lo suprimen por decreto, te quedas fuera del sistema. Al final no se sabe en que marco jurídico te estas moviendo porque sacan una ley y después la cambian. Lo concreto es que no tienes aquello que necesitas: por la mañana no tienes café, vas al trabajo en bicicleta, no se trabaja, se llega a casa y no hay electricidad, ni agua (los fallos eléctricos dejan inactivas las bombas de suministro), etc...

El pueblo sabe que por parte del gobierno hay conciencia para hacer algo pero es como si de pronto no supieran como hacerlo o no tuvieran modo de hacerlo. Eso genera mucha angustia, inseguridad, agobio... lo que explica la desesperación de los balseros.

De todos modos esta situación se da sobre todo en la Habana. El resto del país, aunque está muy afectado también por el transporte y tiene escasez de detergentes y de algunos artículos que han de venir de fuera, no tienen los problemas de comida que se da en la ciudad. Por eso el campesino es más abierto a la hora de plantearse la situación. Las expectativas de un campesino no son las mismas que las de un capitalino. Un campesino deja de tener electricidad y no le es tan grave (sus costumbres son distintas). Por otro lado, el porcentaje de campesinos es muy alto en ese país y es muy fuerte el partido en el campo. Es completamente diferente a las ciudades. La gente está mucho más contenta: tienen que echar mano del mercado negro también pero no se percibe la tensión social igual. En la Habana, en cambio te quedas totalmente agobiado y en tu casa... Las explosiones sociales se dan en la Habana y no en otros lugares y será por algo.

La medida del mercado campesino además favorecerá al campo. En este momento son las cooperativas estatales las que venden. De todos modos la gente dice que es una medida tardía. Es un parche que ayuda a sobrevivir pero lo debían haber permitido antes.

No parece cierto que Fidel se proponga tener a la gente con tensión. Seguro que fue un gran golpe para el y la cúpula lo que pasó el 5 de agosto. Nadie cree ya que los norteamericanos vayan a intervenir. La gente no quiere a los norteamericanos y les afecta el tema del “bloqueo” (aunque no se engañan y saben que no es tal, en realidad sólo se trata de que no hay comercio con Norteamérica).

La gente no puede hacer ninguna proyección de futuro. Al de fuera se le deja comprar, invertir, pero al de dentro no y si lo hace en el mercado negro lo hace en total inseguridad. Se hacen cosas pero todo el mundo es consciente de que está en la ilegalidad porque hay muchas prohibiciones.

El problema también es que Cuba ha vivido subvencionada y esto genera hábito e incapacidad para desarrollar un proyecto de desarrollo autónomo. Sólo hubo un período de tiempo de signo diferente y es la época del Che, mitificada ahora por la gente, dado el impulso y el espíritu de los primeros años de la revolución. Después empezó la burocracia que creó todo el aparataje que apagó todo aquello. Las nuevas generaciones no saben esto.

La inserción a un mercado concreto, el soviético, hizo que al final se volviese al sistema tradicional cubano de economía (la caña, el latifundio) reforzándose la dependencia y ahora no se sabe si podía haberse desarrollado algo autóctono.

El derrumbe del socialismo ha representado volver a una situación peor que la anterior al 59. Queda la misma tecnología que había cuando triunfó la revolución e incluso el grado de dependencia que había era menor que el de ahora. Este es el período más crítico de toda la historia cubana. Cuba esta insertada en un lugar del mercado y lo que se ha hecho es reforzar la dependencia y cada vez es menor la cobertura.

Los que tienen trabajo van al trabajo. Hace años empezaron a parar fábricas. Entonces se les daba opciones a los trabajadores para reciclarse a lo largo de un año y si no encontraba otro trabajo se les reducía el salario un porcentaje. La gente, de todas maneras tiene un salario, el problema es que no puede conseguir comida. Es una situación muy rara porque el mercado negro siempre ha existido pero la gente tenía mucho pudor, y ahora en cambio todo el mundo trapichea en el mercado negro.

Siguen existiendo las estructuras de control y el gobierno sabe todo lo que pasa en Cuba y utiliza el mercado negro como una forma de bajar la tensión persiguiéndolo o tolerándolo según interese.

Lo que ha pasado estos últimos meses también se explica porque el verano es muy duro por el calor. Los apagones son frecuentes, falta el agua... comes mal y lo poco que tienes de comida se te estropea en la nevera apagada.

La gente del aparato político tiene los mismos problemas. Cuando empezó a faltar de todo, se comenzó a notar ciertas distancias pero el gobierno aplicó algunas medidas correctoras (los coches oficiales, por ejemplo, estaban obligados a parar a recoger viajeros) que se han convertido en una práctica. Las distancias se empezaron a reducir por la gravedad de la situación. Las tiendas especiales del cuerpo militar empezaron a sufrir desabastecimientos. La idea que ha vendido el exilio de que los del partido tienen una situación privilegiada no es tan cierta. Disponen de más cosas que el resto de la gente pero no tienen privilegios muy escandalosos. Antes tenían más.

Los privilegios están en los que tienen acceso a los recursos estatales (por ejemplo algunos vendedores de gasolina, taxistas o los que gestionan ‘vendiendo’ puestos de trabajo se están haciendo ricos) y lo que se llama allí “socialismo” esto es influencias. Aunque en Cuba ya desde hace años hay gente muy rica pero no tienen posibilidad de ostentación, sobre todo por el problema de la vivienda que hace que incluso esos tengan que vivir en el piso que pudieron conseguir junto a otros trabajadores.

Muchas de estas cosas esta llevando ahora al crecimiento de “mafias” que empieza a ser importante.

En resumidas cuentas la situación está en un callejón sin salida. El problema ya no es tanto si Fidel se va o no. En ambos casos, en este momento, Cuba ha perdido toda posibilidad de situarse en un plano mínimo de independencia económica y de desarrollar un proyecto autóctono. Tanto si Fidel permanece hasta su fin (cosa bastante probable) como si se produce un cambio político, la realidad es que Cuba está aún más desestructurada que antes de la revolución y por lo tanto abocada a ser lo que ya era. Si entra de nuevo en el otro mercado (capitalista) cambiará el signo de la dependencia y las áreas a desarrollar: en este caso el turismo... pero continuará siendo un país absolutamente dependiente.
Etcétera, octubre 1994

(*) Texto elaborado a partir de una conversación con una compañera cubana de paso por Barcelona

Los motivos de Chiapas

El jaguar de la noche

Larga noche de resurrecciones ha sido la historia de Chiapas. Agazapada en la oscuridad que se esconde tras la luz de los grandes acontecimientos nacionales, es siempre una historia sorprendente, una presencia que ha llegado tarde a la conformación de la nación misma, pero que, a veces, arrastra al conjunto a horizontes insospechados. Su tardía integración política a México, y las formas permanentes de marginalidad que la caracterizan -tan antiguas que persisten allí desde el siglo XVI- le han dado un color particular, una luz propia. El accidentado proceso de su integración ha teñido también su territorio de manera discontinua y desigual, formando poco a poco una situación económica y social que semeja la piel de un inmenso jaguar: con manchas irregulares, en donde se combinan las partes claras, de una mayor penetración de las relaciones capitalistas, con las partes oscuras y profundas que vienen de un pasado inmemorial. Pasado que en su variedad y en su contacto con las más diversas formas de explotación, coerción y control, se ha convertido en un presente de miseria e injusticia para los más desposeídos, para los pequeños hombres de maíz.

Este contrapunteo ha generado también en todas las épocas situaciones de conflicto, sobre todo cuando el gobierno federal o las fuerzas centrales del país han intentado impulsar reformas de muy diverso tipo sin reparar en las condiciones regionales, o cuando los gobiernos locales han llenado de cárceles y cementerios sus montañas verde azul. Y eso sin tomar en cuenta el rasgo más importante de la historia regional: la resistencia india y campesina que caracteriza por siglos el devenir tortuoso de los acontecimientos que allí se suceden. Para un observador colocado a prudente distancia, la historia nacional da la apariencia de ir a contrapelo de los procesos regionales, los que suelen tener otro ritmo y otra dinámica. Pero para quienes ven el mundo desde allí, las cosas parecen siempre girar todas alrededor y a diferentes velocidades.

El acontecimiento que ha roto con esta particularidad y que conscientemente se asume en una dimensión total, a pesar de estar profundamente anclado en muchas de las raíces del pasado propio, es la sublevación del primero de enero de 1994. Fundamentalmente, porque la honda revuelta popular organizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), por sus dirigentes militares y sus cuadros políticos, ha apelado a las más auténticas referencias del pasado común, sin dejar de fincar su crecimiento en las formas regionales de organización y resistencia.

El amanecer sorpresivo

La colección de documentos producidos por el propio EZLN refleja, en su enorme variedad y tamaño, en su particular estilo, lo acelerado de los tiempos que se iniciaron en 1994, el trastocamiento de un devenir que se halla profundamente comprimido y en donde se han

quemado varias etapas militares y políticas a gran velocidad. Refleja la transformación del discurso político en discurso poético y el uso radicalmente creativo de la guerra de la información. Pero por sobre esta velocidad coyuntural y por sobre esta novedad de los usos y las maneras de una práctica militar que se rebasó a sí misma en el cuerpo de la política, se erigen los tiempos largos de la propia historia chiapaneca y nacional. Los tiempos insólitos de una guerra que, hasta el momento, llevan ganada estos indios alzados en los medios, la prensa, la parte más adelantada de la sociedad civil nacional y en la propia región, hoy virtualmente insurrecta, en donde se dieron los enfrentamientos.

Los documentos de esta colección, que conforman ya a pocos meses un corpus inmenso, nos están hablando de un nuevo y antiguo lenguaje, y son el puente de comunicación entre un grupo de campesinos en armas y una sociedad civil cuya forma aún indefinida escucha y olvida por etapas. Son el llamado ancestral, el lenguaje terrestre y primordial, que le da hoy un toque moderno a las nuevas maneras y a las nuevas propuestas de la política. Refleja una particular combinación de discurso radical, teñido a menudo de un sentimiento primordial y rulfiano ante la muerte, con un tono de frescura antisolemne que rompe definitivamente con todas las referencias anteriores de la izquierda estatalista o fundamentalista. En esta combinación desconcertante es por donde la palabra verdadera ha logrado avanzar con fuerza hacia los otros espacios y rincones de la patria, poniendo en jaque al poderoso, al hombre de oro, al de los palacios solitarios, al que los campesinos mexicanos llaman desde el siglo XVIII “el Supremo Gobierno”, el por antonomasia “mal gobierno”.

Y es que varios “nunca antes” aún no comprendidos en su totalidad se juntaron en un amasijo de coyunturas y acontecimientos paralelos o desatados por la misma dinámica de la sublevación: nunca antes una revuelta campesina había puesto en entredicho la dominación omnímoda del partido de Estado, nunca antes un movimiento de este tipo había producido tanto material escrito y tantas alternativas políticas para toda la nación, nunca antes un movimiento popular había desafiado de tal manera al sistema sin ser rápidamente exterminado en un baño de sangre e impunidad, nunca antes el terreno de la guerra se había desplegado tan claramente en la arena del lenguaje mismo, nunca antes una opción armada había hecho tan evidentes las salidas pacíficas al nudo mexicano de fin de siglo, y no sólo en la continuación de la política por medio de la guerra, sino también en su contrario: la continuación de la guerra en los combates de la política. Nunca antes, en el transcurso de nuestras vidas, las palabras habían significado tan claramente lo que supuestamente significaban, poniendo tan en claro la naturaleza acartonada e hipócrita del discurso oficial...

Ha dicho Pierre Vilar que las mentalidades colectivas, que suelen atravesar siempre varias etapas históricas, son en realidad “cárceles de larga duración” que aprisionan a sociedades completas durante largos periodos de tiempo. Las nuestras, las emitidas por el Estado y por la totalidad de los medios que monopoliza, las transmitidas a todo el cuerpo social por años -y reproducidas diariamente en el entorno de la familia, la escuela, la sociedad misma- se evidenciaron en los combates de muy diverso tipo que con celeridad se han escenificado desde enero. Quedaron al desnudo también en todas las interpretaciones peregrinas y en las amenazas que surgieron desde la ciudad prohibida del Estado y sus medios, en la dureza de las respuestas oficiales ante un movimiento dúctil y creativo que lo tomó, como nunca antes, por sorpresa. Aparecieron en los avances y retrocesos de una sociedad que parecía a momentos liberarse de sus cadenas invisibles, para volver a refugiarse en la falsa comodidad de sus ya derruidas estructuras.

Porque el movimiento, de principio, puso en entredicho la validez de un proyecto que parecía acabado, razonable y moderno: el proyecto del neoliberalismo que se nos trató de presentar como único y que mostró desde enero sus enormes fisuras y la gran ilegitimidad sobre la que se venía sustentando. Este complejo propio de aplicación de las recetas mundiales del capitalismo salvaje, que la clase dirigente ha denominado púdicamente “liberalismo social”, y que desde 1982 ha sustituido claramente al viejo discurso de la Revolución, había venido acumulando “reformas” que tenían el aval de una cierta forma de concebir “la modernidad”, pero que de hecho constituían una acumulación silenciosa de afrentas en los sectores más débiles y expuestos de la economía y la sociedad: el campo, la pequeña industria, los sectores asalariados, etcétera. Los documentos hablan por sí mismos y están allí como surgidos del

corazón mismo de la patria (otra de las palabras que retomó su sentido primigenio). Recrean, en todo caso, el retorno a una dignidad original que parecía perdida para siempre, como ida que parecía ya por el caño de los desencantos y derrotas de fin de siglo.

La historia recomienza

“Despreciado y tenido como la basura de los hombres, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento, semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara, estaba despreciado y no habíamos hecho caso de él. Sin embargo, eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban, mientras nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado por El...” (Isaías 53, 3-4)

Desde el primero de enero surgieron las interpretaciones que intentaban reducir la sublevación al sólo ámbito chiapaneco, y, más frecuentemente, al medio indígena: un sector social atrasado y marginal que poco tenía que ver con el resto de la sociedad mexicana. Un ámbito que llamaba a la conmiseración mientras más ajeno aparecía a “nosotros”, al resto de la nación supuestamente beneficiaria del progreso. Un territorio de sólo “cuatro municipios” al que el gobierno intentó también reducir a los zapatistas -“fuerza política en formación”- en los discursos internacionales y en las conversaciones de la catedral: un territorio en donde el Estado siempre se había movido asistencialmente a sus anchas, y en donde podría vencer a sus nuevos adversarios.

Pronto, sin embargo, y en la medida en que proliferaban los comunicados rebeldes, nos fuimos percatando que la revuelta en realidad venía del fondo de nosotros mismos, que cubría todo nuestro territorio social, y que mientras creíamos al indio pagando las culpas del progreso necesario -al margen hasta ahora de los beneficios regados a manos llenas por el Estado benefactor o por la nueva política del “liberalismo social”- en realidad lo que llevaba a cuestras eran nuestras propias dolencias, los crímenes de una sociedad entera carente de democracia y de justicia. Es por eso que el llamado de la selva caló tan hondo en el corazón de los mexicanos de todas las latitudes. Es por eso que el rostro oculto de ellos apareció ante nosotros como un espejo, en donde podríamos contemplar nuestro propio rostro aprisionado.

Lo que la revuelta mostró en realidad eran las aristas de un proceso de modernización desigual que ocurre a diario en varias regiones del país, y que era sólo la proa de una larga historia de conflictos y resentimientos acumulados: los que se habían madurado en las grandes luchas urbanas y sociales del pasado reciente -los estertores de un sistema indigno que se niega a dejar la escena- y las que venían abonándose en Chiapas desde siglos. Era en realidad la comunión de las revueltas, la unión de los herederos y sobrevivientes de una de las más sordas y olvidadas “guerras sucias” de América Latina -la ocurrida en México durante los setentas- con los rescoldos y carbones encendidos de una de las más antiguas guerras campesinas del continente. Fue esta conjunción y no otra la que dio legitimidad y raíz a los rebeldes, la que alimentó su paso desde un principio.

La historia regional reciente en realidad parecía haberse detenido a partir de 1939, cuando cesaron la mayor parte de las luchas agrarias de Chiapas, al cumplirse su ciclo junto con el gran momento de conclusión de las reformas que provenían de la revolución, expresadas todas en los cambios generados por el cardenismo. Aquí habían destacado las luchas agrarias y sindicales del Soconusco, los movimientos agrarios de la Frailesca y Cintalapa y los movimientos políticos y sociales de los Altos y la región Norte. Sólo en este último entorno predominaba la población india -tzotzil, tzeltal, tojolabal y chol- que aparecía también como fuerza de trabajo estacional en las fincas cafetaleras del Soconusco.

En realidad, el vendaval del progreso no volvió a mover las hojas de los árboles hasta tres décadas después, hasta fines de los sesentas, cuando muchos de los veneros inacabados parecían volver a correr como estrechos arroyuelos. Durante tres decenios Chiapas era conocida sobre todo por ser una región marginal más en el contexto del desarrollo estabilizador, con una producción agrícola en crecimiento y que daba, en algunas ramas de cultivos comerciales (café, banano, cacao...), incluso para la exportación con ganancias. O era también conocida por un cúmulo muy considerable de monografías antropológicas, que describían sobre todo las comunidades tzotziles y tzeltales de los Altos, y que nos ofrecen, en general, una visión idílica de las relaciones sociales en las comunidades alteñas de aquellos años. O se dieron el lujo

incluso de pensar a esas comunidades indias como carentes de historia, como que hubieran estado allí inmóviles desde fines del periodo Maya Clásico. Y lo que pasaba era que en general describían un momento, pero sólo un momento, de relativo equilibrio: cuando esas comunidades aún no iniciaban la larga marcha a la selva y eran la reserva de mano de obra de la pujante producción cafetalera del Soconusco y de la región Norte. Al margen de esa semiproletarización cíclica, que había originado revueltas y luchas sindicales en los años treinta, los indios de los Altos retornaban después del corte de café a sus municipios de origen y participaban allí de la vida comunitaria y de los complejos sistemas de cargo, reproduciendo relaciones sociales que de alguna manera los protegían del mundo exterior al que se debían. En un equilibrio precario pero prolongado, la etnicidad se reproducía gracias al excelente familiar logrado en la venta casi forzosa de la fuerza de trabajo.

Mientras tanto, la selva Lacandona empezó a fines de los cincuenta a ser colonizada por osados grupos de solicitantes que eran muchas veces conducidos allí por una burocracia agraria que protegía con ello los viejos latifundios de la región Norte, los bordes templados de los Altos y la depresión del Grijalva: fincas de medio pelo que mantenían todavía relaciones de producción injustas, no basadas tanto en el tamaño de esas unidades como en las relaciones de servidumbre y avasallamiento de la fuerza de trabajo en su interior (peonaje, semiesclavitud, racismo, derecho de pernada, castigos corporales, asesinatos, etcétera).

Como todo Chiapas parecía haberse detenido en una intemporal burbuja de la historia, las relaciones de todas esas comunidades con el centro rector ladino de San Cristóbal de Las Casas reflejaban mucho del ambiente de siglos pasados, con todo y sus recuerdos de “guerras de castas” que habían ocurrido allí en tiempos anteriores. La acción indigenista federal todavía tenía los viejos impulsos agrarios y laborales del cardenismo, que en los Altos habían sido representados por las acciones de justicia social directa de don Erasto Urbina. Esta acción chocaba por supuesto con los intereses mezquinos de la vieja clase terrateniente y comerciante, la que venía gobernando Chiapas ininterrumpidamente desde tiempos coloniales y administrándola como una gigantesca finca o un inmenso potrero. Los conflictos agrarios, aparentemente resueltos, acechaban en el silencio desde 1939, año en que la política de Cárdenas en Chiapas había prácticamente cesado.

Pero ya para fines de los sesenta, muchas de estas relaciones idílicas dentro de las comunidades empezaron a mostrar la existencia de un proceso interno de acumulación en pocas manos y de sensible diferenciación social. Esto se expresó, en los Altos, con el surgimiento de los primeros brotes de disidencia religiosa, encabezadas por un nuevo protestantismo que penetraba la región, y que muchos vieron como sólo una extensión de la mano negra del imperialismo, justificando en sus inicios lo que devendría uno de los grandes conflictos inacabados de los Altos.

Al rescate de todo lo perdido

De pronto, como la lava de un volcán que hubiera estado acumulando energía por milenios, a partir de 1974 se dieron cita varias tendencias que hoy se han desarrollado sin demasiadas válvulas de escape: el precio del café cayó estrepitosamente, afectando a las comunidades de la región Norte y a los propietarios privados del Soconusco, que empezaron a contratar por menos salario a jornaleros indios guatemaltecos, desplazando a los tradicionales migrantes de los Altos (principalmente tzotziles de San Juan Chamula). Los conflictos político-religiosos se desarrollaron en esta última comunidad sobrepoblada a partir de entonces, iniciándose el ciclo de las expulsiones de disidentes políticos y religiosos, católicos y protestantes, y el endurecimiento de un grupo de caciques indios aliados del PRI. El crecimiento de una nueva generación de campesinos sin tierras golpeó los cimientos de la titubeante política agraria y empezó a presionar de manera cada vez más organizada en las regiones indias y ladinas de Chiapas. Precedido por dos insurrecciones casi espontáneas, la de San Andrés Larráinzar y la de Venustiano Carranza, se da, entre mayo y octubre de 1974, la movilización del Primer Congreso Indígena de Chiapas, que derivó a la postre en varias organizaciones de lucha independiente y semioficial. La crisis agraria había sentado sus reales y la violencia se generalizó a partir de acciones represivas que se cebaron sobre algunas comunidades y sus dirigentes. Un nuevo estilo

punitivo, con fuertes raíces en el añejo conflicto interétnico y en el racismo de viejo cuño, caracterizó desde entonces el escenario de violencia institucional permanente en la región.

Hoy, y sobre todo después de la insurrección, algunos voceros de la verdad oficial insisten todavía en la afirmación de que en Chiapas no existe realmente un problema de la tierra, de que se trata de una de las regiones más parceladas por el reparto agrario, de que la pulverización no sólo afecta a las tierras ejidales y comunales sino también a la propiedad privada, de que el latifundio es inexistente y de que, por lo tanto, la cancelación de los repartos agrarios que conlleva el nuevo texto salinista del artículo 27 constitucional -la llamada Ley del 6 de enero de 1992- es aquí también una medida ampliamente justificada y consensada: cuando en realidad, los campesinos la estaban viendo como una luz verde a la acción de guardias blancas y caciques.

Estas afirmaciones de la nueva burocracia agraria, que reducen lo rural a un problema de número de hectáreas, ocultan sin embargo la compleja gravedad del problema social chiapaneco y, sobre todo, de las estructuras injustas que en esa región perduran, en donde se imbrican caprichosamente aspectos agrarios, ideológicos y políticos. Forman parte, eso sí, de una visión autoritaria que desprecia las condiciones que hacen posible todavía la esperanza de los más empobrecidos a aferrarse a un pedazo de tierra, supuesto dador de la vida, por pequeño que éste sea, que corresponde a los campesinos por derecho consuetudinario y por simple justicia histórica: tan simple como la entendiera Emiliano Zapata en 1910.

Desde antes de 1974, las viejas comunidades, antes corporadas, mostraban los efectos de un intenso proceso de diferenciación social interna, que desgarraba con fuerza sus mecanismos de cohesión y defensa. Los campesinos sin tierra y sin empleo fijo empezaron a formar los cinturones de miseria de San Cristóbal y Tuxtla Gutiérrez. A principios de los ochenta la reserva de fuerza de trabajo se había duplicado, y desde entonces también, la política de “tierra arrasada” del gobierno de Ríos Montt en Guatemala arrojó a Chiapas a más de ochenta mil refugiados mayas, que huían del conflicto en la nación vecina, y que se unieron al ejército de reserva de este lado de la frontera. Una vez desarticulado el antiguo sistema de compra-venta y reproducción de la fuerza de trabajo, y sin haberse creado un nuevo sistema de absorción de una masa creciente de desempleados rurales, la desesperación y la crisis empezaron a mostrar sus efectos más perversos.

Muchos campesinos se refugiaron en los nuevos cultos -de crisis y de espera- mejor representados por las nuevas denominaciones protestantes, que por una iglesia católica que vivía ya un intenso proceso de autocritica y revaloración de sus acciones pasadas. La conciencia popular también crecía en su seno, en los grupos de catequistas y diáconos, y había ya sido parte de la organización misma del Congreso Indígena. Zonas anteriormente prósperas, como el Soconusco o la región maicera de la Frailesca, sufrieron los efectos de la desvaloración paulatina de la producción y del trabajo agrícola. El tradicional rezago agrario (que para 1993 era ya el 30% del total nacional), administrado por una clase gobernante y propietaria heredera directa de los viejos tratantes y encomenderos (aliada a los sectores más emprendedores y modernos de la nueva clase política nacional), se daba en el permanente conflicto con los movimientos más representativos del campesinado y las comunidades indias, también poseedores de un antiquísimo arsenal de referencias simbólicas.

Al desatarse todas las energías acumuladas, en un ciclo de casi veinte años que pareció concluir en diciembre de 1993, la vieja historia volvía a sus andadas: apareciendo con muchos de los elementos del pasado colonial y decimonónico, que aquí se muestra siempre como contemporáneo por la relación particular que Chiapas mantiene con el tiempo mismo. En 1974, la historia brotó incontenible en los mismos lugares en donde parecía haberse detenido desde 1939.

La mayor parte de las organizaciones campesinas actuales, que hoy se agrupan en las fracciones independiente y oficialista del Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC), surgieron después de 1974. La mayor parte de ellas son producto de una arborescencia muy compleja del mismo Primer Congreso Indígena, que, incapaz de convertirse entonces en una organización, se fragmentó en varias vertientes. Cada una de estas agrupaciones siguió caminos de lucha paralelos o divergentes y se enfrentó de diferente manera a las acciones y programas del gobierno estatal y federal. Surgieron así núcleos independientes locales, como

la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ, creada en 1980), o secciones de organizaciones independientes nacionales, como la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC, establecida desde 1976). Otras se formaron al calor de la gestoría económica y muy animadas por promotores externos: como las que emergieron en Ocosingo y Margaritas a raíz de la acción de activistas semioficiales que trabajaron desde 1976 en Chiapas: del grupo “Línea Proletaria” o “Línea de Masas”, pretendidamente formado por maoistas del norte de la República, que se han convertido todos en altos funcionarios del partido oficial, de la CNC, de Conasupo, Pronasol y otras instituciones, y que desde su llegada a la región infiltraron deliberadamente sectores muy combativos del movimiento para entregarlo a las varias políticas de cooptación del gobierno federal.

Y si bien la línea de las organizaciones independientes se enfrentó a una durísima represión, en la que cayeron asesinados la mayoría de sus dirigentes, la de los segundos derivó en un fuerte trabajo de promoción económica asentado en organizaciones despojadas de contenido político, cuyos dirigentes sirven hoy fielmente al Estado -como los de la ARIC Unión de Uniones o los de la llamada Solidaridad Campesino-Magisterial- pero que a la postre han tenido pocos éxitos económicos, incluso en las condiciones de contrainsurgencia y de tutela económica que el gobierno ha tratado de impulsar entre ellos desde enero de 1994. Los únicos beneficiados -con puestos, salarios, camionetas, avionetas y prebendas- han sido algunos de sus líderes: mientras una gran parte de “sus bases” engrosaban también poco a poco las filas del ejército insurgente.

El movimiento campesino independiente se radicalizó gradualmente, desde su nacimiento, al mismo tiempo que los aspectos autoritarios del gobierno estatal se sofisticaban crecientemente. Sus demandas principales se articularon alrededor de las solicitudes de tierras, derechos laborales, intentos de lucha por el poder político a nivel municipal y regional, demandas de dotación de servicios y todas las cuestiones referentes a la producción agraria, el abasto y la comercialización. Hoy podemos decir también que este movimiento ha vivido varias etapas en los veinte años de su agitada y perseguida existencia. Primeramente, un período de ascenso constante que corrió de 1974 a 1984, cumpliendo una década de reacomodo, consolidación y avance: y un segundo momento, de aparente reflujó que iría de 1985 a 1993, en donde las políticas oficiales lograron cooptarlo, disminuirlo y dispersarlo, a menos en sus manifestaciones superficiales. A partir de enero de 1994, el escenario de este movimiento se modificó radicalmente y está estrechamente determinado por las nuevas condiciones de insurrección ciudadana que generó la sublevación zapatista en todo el estado de Chiapas. Condiciones que ayudaron a que el CEOIC, un frente mayoritariamente indio (de 280 agrupaciones de todo tipo) -propiciado por el mismo gobierno en los primeros días de la guerra para oponerlo a los rebeldes- se solidarizara en su inmensa mayoría con la justeza de las demandas zapatistas, adoptándolas como propias.

Pero hay un aspecto de toda esta lucha, quizás el más importante pero poco visible: por sobre sus diferencias de membrete, el movimiento se desarrolló más en las regiones indias de colonización antigua y reciente, entre las que destacan principalmente la región Norte, el Grijalva y los diferentes municipios de la selva Lacandona, y secundariamente en las regiones no indias. En la primera franja, los migrantes indios desarrollaron y reinterpretaron algunos aspectos de su antigua cultura, creando nuevas formas y poniendo el acento sobre estructuras democráticas ancestrales a las que dieron otro carácter y otro contenido. Estas formas organizativas, fundadas en el acuerdo, el consenso, la democracia directa, la consulta constante y la vigilancia de los dirigentes por parte de las asambleas comunales -lo que los tzeltales llaman *wojk ta wojk*, “lanzar y recoger la palabra”, y los rebeldes permitieron que las organizaciones del más diverso signo se desarrollaran con una fuerza incontenible: con un profundo espíritu democrático que hoy es ejemplo para todo el país.

Hay que decir también que estas estructuras “civiles” no tienen una frontera precisa con lo religioso, motivo por el cual penetraron también, primero, los cimientos de la acción pastoral y popular de la Diócesis de San Cristóbal, y, posteriormente, la práctica de algunas denominaciones protestantes. Este espíritu vivo y profundo bañó con todos sus colores el conjunto de las prácticas de la política y la religión: está presente en mucho de la acción novedosa y generosa de los zapatistas, y -al contrario de lo que creen los de Gobernación y de Seguridad Nacional, o de lo que difunden sus medios masivos de desinformación- modificó

desde abajo las prácticas políticas y religiosas de una gran parte de la sociedad regional. Decir que “indianizó al conjunto de lo religioso y lo político es sólo una forma un poco estrecha de describir este fenómeno de intensa creatividad humana y popular: porque aquí los evangelizadores resultaron evangelizados y los activistas, politizados...

Es por ello que la gran virtud de los militantes externos que se integraron a la selva desde hace diez años, en el núcleo organizador del embrión de lo que sería el EZLN, consiste en haber sido paulatinamente modificado su discurso y su práctica, y fundiéndose socialmente en la masa, en una situación de extrema cautela y de gran respeto por estas formas que algunos consideran tradicionales. Es por ello también, que en una región frecuentada y atravesada por activistas y promotores de todo tipo, lograron pasar simplemente desapercibidos. Es por ello también que el estilo depurado de Marcos, que se puede constatar aquí en todos sus comunicados y cartas, condensa de manera creativa estos riquísimos veneros.

Es bien sabido, por otra parte, que durante los primeros años de implantación del núcleo original del EZLN, el crecimiento fue lento: son las políticas represivas de los últimos cuatro años las que hicieron crecer geométricamente a un grupo armado que en otras condiciones posiblemente hubiera fracasado, o hubiera sido aislado y exterminado, tal y como sucedió - también en mayo de 1974- con un grupo de seguidores de Lucio Cabañas en la finca El Diamante, de Ocosingo.

Divide y vencerás: las beligerancias programadas

Desde 1974, Chiapas es también una región incendiada y desalojada, aun cuando durante veinte años esta pequeña guerra haya sido silenciosa y silenciada. En realidad ha sido reseñada con creces por la prensa diaria, como sucesión ininterrumpida de actos de barbarie oficial y semioficial, perpetrados cotidianamente contra ejidos y comunidades, y que estuvieron sembrando a punta de bayoneta la semilla del intenso resentimiento popular en contra del mal gobierno. Es este clima de violencia permanente uno de los factores más importantes para entender lo que ahora ocurre, y el porqué un grupo de campesinos empobrecidos ha sido capaz de desafiar con las armas al Ejército nacional.

Este ciclo se inició a partir de marzo de 1974, cuando 40 soldados del 46 Batallón incendiaron las 29 chozas de San Francisco, en Altamirano. Un movimiento así de tropas no se había visto desde la sublevación de Trinitaria, ocurrida en 1955: sólo que en esta ocasión estaba destinado a “castigar” a un grupo de solicitantes de tierras, en una acción que iniciaba la profunda desviación del Ejército nacional como una fuerza policiaca al servicio de terratenientes, funcionarios corruptos y caciques. A las sublevaciones de Larráinzar y Carranza - la primera de “viejo tipo” y la segunda relacionada con un grupo guerrillero de aquellos años, los llamados “lacandones”- se sumaron los conflictos electorales en San Juan Chamula, la primera expulsión que realizaron caciques y autoridades chamulas y coletas, y las tomas de tierras de Frailesca (que desde 1973 iniciara la Alianza Campesina 10 de abril). El Congreso Indígena de octubre de este año, originalmente promovido por la Diócesis de San Cristóbal y por el gobierno estatal, fue desconocido por éste en virtud del tipo de demandas y denuncias allí externadas.

Una nueva oleada represiva, encabezada otra vez por el Ejército, caracterizó al último año de gobierno de Luis Echevarría (y del gobernador Manuel Velasco Suárez): ocurrió entre mayo de 1976 y mediados del año siguiente (siendo ya José López Portillo y Jorge de la Vega Domínguez presidente y gobernador, respectivamente). Hubo en ese lapso 120 desalojos en la Frailesca (20 heridos, 250 detenidos), un nuevo alzamiento en Venustiano Carranza (en donde en agosto de 1975 había sido asesinado el líder comunero Bartolomé Martínez y en abril de 1976 ultimado el cacique Augusto Castellanos). Allí, el Ejército y la Procuraduría estatal agredieron, en mayo de 1976, a los comuneros con saldo de varios muertos (2 campesinos y 7 soldados), varios heridos, 6 mujeres violadas, 13 comuneros encarcelados y el triunfo aparente de los caciques Orantes y Castellanos. Otra feroz ola represiva ocurrió entre mayo y julio de 1977: un grupo de policías, contratados por finqueros, efectuaron detenciones y torturas en San Quintín (selva Lacandona), antes de ser emboscados y ejecutados por campesinos enfurecidos. En represalia, y a muchos kilómetros de allí (en la región Norte, de donde son originarios los migrantes de San Quintín), el Ejército desalojó con gran violencia varios ejidos de Simojovel y

Huitiupán, después de hacer aparecer en la radio que la emboscada de San Quintín se había cometido allí. Era el mes de julio y 16 ejidos fueron sorpresivamente atacados, con saldo de varios niños ahogados en el río que pretendían cruzar los empavorecidos ejidatarios, y un par de dirigentes tzotziles que “se cayeron” de un helicóptero de la Procuraduría estatal. Se vivía entonces la transición entre el populismo echevarrista y el boom petrolero del sexenio siguiente. Los gobiernos efímeros de Jorge de la Vega Domínguez y de Salomón González Blanco (padre de Patrocinio González Garrido), hacían entonces esfuerzos para contener la marea de descontento rural, sobre todo en zonas de implantación y exploración de pozos petroleros. Un mes antes, ocho obreros huelguistas, de la Liga de Soldadores de PEMEX, habían sido asesinados por un pelotón del Ejército en Cactus, un pozo cercano a Pichucalco. Con el descubrimiento de nuevos yacimientos en la región, las reservas petroleras nacionales pasaron de 4 mil millones a 17 mil millones de barriles...

El posterior gobierno de Juan Sabines Gutiérrez (1979-1982) permitió administrar el boom en obras suntuosas y utilizar entonces parte de los excedentes en distribuir dinero a manos llenas, corromper alcaldes, comprar algunos dirigentes y otorgar créditos y prebendas, o, incluso, aprovechar catástrofes naturales, como la erupción del volcán Chichonal en abril de 1982, para realizar nuevos desalojos de indios zoques hacia la selva. Empezó entonces la política de promover la compra de tierras a particulares para resolver algunos conflictos agrarios. La represión, sin embargo, siguió su curso.

En abril de 1978, el Ejército desalojó por primera vez Nuevo Monte Líbano, en la selva de Ocosingo: el primer saldo fueron 150 chozas incendiadas, 2 tzeltales muertos y 6 torturados. Se presumía que habían invadido tierras de la finca de Herbert Stacpole (100 mil hectáreas repartidas entre sus hijos y algunos prestanombres). Aparecieron en los caminos banderas blancas con la leyenda en tzeltal *mayuc uts'inel*, “no más injusticia”. Nuevo Monte Líbano fue atacado después, en un par de ocasiones, por policías y guardias blancas, pagando nuevos tributos de sangre. En esa cañada de la selva se formaría años después, y por sobradas razones, uno de los primeros núcleos rebeldes zapatistas.

Ese año continuaron los conflictos en San Juan Chamula y en Venustiano Carranza. En septiembre se organizó una marcha a pie a la ciudad de México -la primera de muchas que culminarían con la gran marcha *Xinich'* de 1992-, se fundó la Unión Cañera 28 de septiembre, y en diciembre terminó el año con un ataque del Ejército a peones de la finca Xoc, en Simojovel (16 choles torturados, saqueos, violaciones e incendios de chozas y cosechas). Wulfrano Constantino, el dueño de Xoc (4 mil hectáreas), se ufanaba entonces de haber contratado soldados y rentado avionetas para el operativo de “castigo contra indios alzados”. Durante 1979 se agudizaron los conflictos en Venustiano Carranza.

En 1980 se llevan a cabo varios desalojos sangrientos en el Soconusco y en mayo y junio son tomadas 68 fincas por campesinos solicitantes en Sitalá, Tila Tumbalá, Yajalón, Bachajón y Chilón. En junio, el gobernador Sabines secuestra por 10 horas en su despacho a dirigentes de Venustiano Carranza, para obligarles a firmar un documento en el que se comprometían a abandonar la lucha por la tierra. Como se niegan a firmar, el Ejército sitia la comunidad. Es en este contexto también, en que ocurre el último gran ataque directo del Ejército contra campesinos. En el mes de julio, las tropas, al mando del jefe de la 31 Zona Militar, general Absalón Castellanos Domínguez, atacan el poblado de Wololchán, en Sibacá. Se utilizan ametralladoras, bombas lacrimógenas y lanzallamas: 12 tzeltales son asesinados e incinerados in situ. Wololchán, que en tzeltal significa “nudo de serpientes”, desaparece del mapa y sus habitantes se dispersan, o huyen a la selva, al igual que los indios rebeldes de la vecina Cancun en 1712.

Un testimonio tzeltal de esos días, parece arrancado de alguna olvidada página de la Visión de los vencidos:

“Y usaron un aparato desconocido para mí, una ametralladora. Una bomba suena y estalla, y así va desparramándose por las casas. Es una cosa espantable y así fue como sucedió. Todos nos dimos a la fuga porque no respondimos al fuego. Varios compañeros nuestros quedaron muertos, una mujer quedó tendida. Muchos heridos, aún entre las criaturas. Pobres niños y pobres mujeres: salieron como puercos de sus casas, cubiertas todas de lodo (...) éramos

tratados como viles perros, ahí mismo se encontraban los finqueros. El acuerdo era claro, el dinero surtió sus efectos, ya que el dinero fue el que hizo venir a los soldados a Wololchán”.

Marchas, desalojos y crímenes se suceden por todo Chiapas. En noviembre, 9 mil soldados efectúan un simulacro de cerco y desalojo en la región tojolabal de Las Margaritas. La lista de ataques es interminable, aun cuando a partir de Wololchán el gobierno cambia de táctica, empleando cada vez más a fuerzas policiales diversas, o creando cuerpos parapoliciales. Según Amnistía Internacional, entre 1982 y 1985 fueron asesinados en el país 525 campesinos por razones políticas, 70% de ellos cayeron en Oaxaca y Chiapas. Entre 1983 y 1986 gobernó Chiapas el mismo general Castellanos, terrateniente de viejo cuño y militar de carrera, bajo cuyo mando se incrementó la represión y los crímenes contra solicitantes. Sus propiedades, en la actual zona zapatista, crecieron...

En noviembre de 1984, Castellanos creó el Plan de Rehabilitación Agraria, formando “distritos de rehabilitación”, para contrarrestar a un ya dividido y debilitado movimiento (diez años de exterminio pesaban bastante), que seguía centrando sus acciones en las tomas de tierras. Las organizaciones independientes (principalmente OCEZ y CIOAC) fueron atraídas por el nuevo Plan, a lo que la central oficial (CNC) respondió invadiendo tierras ya tituladas a otros solicitantes y revirtiendo las pretendidas intenciones del gobierno. En esos días, penetró al norte de Chiapas una nueva organización priísta, de corte paramilitar: la autodenominada Antorcha Campesina.

La doble titulación deliberada de muchos de estos predios y ejidos creó nuevos conflictos, que modificaron la hasta entonces vigente tendencia histórica: el enfrentamiento tradicional entre campesinos y ganaderos fue convertido por el gobierno estatal (con la complicidad del gobierno federal) en un diferendo entre diversas clientelas campesinas. Conflictos entre organizaciones que han trascendido incluso a la revuelta zapatista de hoy, pues de esa época datan los ya irreconciliables enfrentamientos entre diversas organizaciones campesinas en Venustiano Carranza y Simojovel (y en donde, a partir de entonces, los campesinos no han cesado de enfrentarse entre sí). Los mejores dirigentes de aquel entonces, y las dos regiones que dictaban la política del movimiento, fueron de esta manera sometidos y llevados a una secuela de violencia intestina que continúa hasta nuestros días.

“Divide y vencerás” fue el resultado más exitoso del triunfo del Estado sobre los combativos campesinos chiapanecos, de las beligerancias promovidas también en la región de los Altos y en la selva, allí donde el gobierno de Castellanos creó dos Frankensteins que hoy sirven a la contrainsurgencia y a la violencia impune ejercida por el gobierno: los caciques indios de los Altos y los guardias blancas de los finqueros. Al mismo tiempo, se gestaba a nivel nacional la cooptación posterior, en el llamado Consejo Agrario Permanente (CAP) de la casi totalidad del movimiento campesino del país: hecho que permitió, entre otras cosas, el que la reforma salinista al 27 pasara sin gran oposición. A esta política local se sumó después la eliminación selectiva de los dirigentes que no se doblegaban, iniciada por Castellanos y seguida puntualmente por el gobierno de Patrocinio González Garrido, en la que cayeron asesinados los líderes más connotados de la CIOAC (Andulio Gálvez, Sebastián Núñez...), de la OCEZ (Arturo Albores) y de otras organizaciones. En estos años se intensifica también la diversificación productiva de los viejos terratenientes: Ernesto Castellanos, hermano del gobernador (y cuyos pistoleros ultimaron a Andulio Gálvez), penetra con aserraderos clandestinos y plantíos de marihuana a la vecina selva oaxaqueña de Chimalapas, lo que origina un conflicto de límites entre Chiapas y Oaxaca, enfrentamientos con los comuneros zoques de Chimalapas y la colonización de esa selva por refugiados chiapanecos. Otros caciques, como los Orantes del Grijalva, siguen los pasos de los Castellanos y se enfrascan en sangrientas vendettas. En general, muchos de los poderosos locales entran en relación con sectores nacionales más modernos, integrándose a las crecientes redes del narcotráfico y la producción de enervantes.

Las acciones locales del gobierno de Patrocinio González Garrido son mucho más conocidas: implantación de un Código Penal que reprime toda manifestación pública de los campesinos (motivo por el cual gran parte de esta energía se desplaza hacia una organización clandestina de un Ejército popular), represión a todos los sectores de la sociedad civil chiapaneca, crímenes políticos y “mano dura” contra disidentes, periodistas, estudiantes,

etcétera. En vista del éxito obtenido en la aparente derrota y desarticulación del movimiento, González Garrido es premiado por Carlos Salinas de Gortari con la Secretaría de Gobernación, mientras en Chiapas el empresario cafetalero Elmar Setzer asume la gubernatura “interina”, siguiendo los pasos de su padrino y benefactor.

Pero desde 1986 por los menos, la naturaleza del poder político local había variado sustancialmente: a la vieja clase política dominante, la ancestral familia chiapaneca, se sumaron intereses modernos de todo tipo, en especial un nuevo grupo de empresarios agroindustriales, ligados a los fraudes bancarios, a las concesiones en la industria de la construcción, a la producción de banano y al lavado de dinero del narcotráfico en un nuevo “cártel del Sureste” que comprende Veracruz, Tabasco, Chiapas, Campeche y Yucatán, y comandado por el principal socio de Patrocinio González Garrido, el empresario yucateco Carlos Cabal Peniche.

Gestación de la tormenta

Desde 1984, un nuevo núcleo de activistas penetró las zonas más álgidas del campo chiapaneco, en el momento preciso en que se iniciaba un periodo de intenso reflujo causado por la represión. Era también el momento cuando las comunidades habían visto caer asesinados a sus mejores dirigentes, en una secuela que se continuaría todavía por varios años, cuando los campesinos empezaron a buscar formas organizativas más discretas y defensivas que les permitieran mantener a flote sus organizaciones y proteger a sus dirigentes. Estos activistas, sobrevivientes de la guerrilla urbana de los setentas, la que había sido virtualmente aniquilada por la “guerra sucia” emprendida en aquellos años por la Brigada Blanca y otras organizaciones paramilitares, llegaron a implantarse en muchas de las regiones en donde la represión se cebaba con las características ya apuntadas. Ya convertidos en hombres de la montaña, se reclamaban herederos de un último núcleo abatido en una casa de seguridad en Nepantla -en el estado de México- y enseñaron a los campesinos dispersos y perseguidos muchas de sus tácticas defensivas, aprendiendo de ellos tradiciones de lucha centenarias, e integrando poco a poco el embrión de las entonces llamadas Fuerzas de Liberación Nacional. Durante ocho años, el crecimiento organizativo fue como un trabajo de filigrana, lento pero seguro, implantándose poco a poco en cañadas, montañas y valles en donde otras organizaciones independientes y oficialistas realizaban formas de organización pacíficas. Para 1992 el núcleo militar y la organización política, agrupada en la entonces llamada Asociación Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ), vieron crecer sus filas de manera importante: la política represiva de Patrocinio González propició, en su cerrazón autoritaria, la organización en varias regiones del estado.

La primera aparición espectacular del movimiento político, las llamadas “bases de apoyo” que aquí tienen más una connotación social que geográfica, ocurrió el 12 de octubre de ese año. Con motivo de las celebraciones del quinto centenario de la conquista de América por los europeos, cerca de diez mil campesinos de ANCIEZ y otras organizaciones independientes, en su mayoría armados simbólicamente de arcos y flechas, ocuparon pacíficamente la ciudad de San Cristóbal, en donde realizaron una marcha y un mitin, no sin antes derribar la estatua del conquistador y fundador de la antigua Ciudad Real, Diego de Mazariegos. La segunda gran evidencia se manifestaría hasta la madrugada del primero de enero de 1994, cuando ya, en mayo de 1993, se habían dado las primeras escaramuzas entre el EZLN y el Ejército federal en los combates silenciados de Corralchén.

La realidad local nos muestra así un escenario mucho más complejo, con aristas de modernidad y arcaísmo que son generalizables al clima de impunidad que se vive en todo el país. De principio hoy, lo que parece ser el corazón de la insurrección se halla en varias cañadas de la selva Lacandona, una zona originalmente de bosque tropical lluvioso devastada ya por la ganadería, la agricultura de tumba, roza y quema y las explotaciones madereras. Una zona de intensa colonización de tzeltales, tzotziles, choles, tojolabales, zoques, mames y campesinos de otras regiones del país, que obtuvieron allí tierras ejidales desde principios de los sesenta: una región de “válvula de escape” que durante años permitió eludir los repartos en las demás zonas conflictivas.

En este ámbito se conformaba una nueva Babel de las etnias originales y de los campesinos ladinizados, con ejidos en donde la mayoría de sus habitantes hablan el español y por lo menos

dos lenguas indias de la región. En esta caldera en constante movimiento, la inmensa mayoría es de jóvenes, hijos de ejidatarios dotados anteriormente pero que ya no tienen acceso a la tierra, ni esperanza ni futuro. La crisis prolongada les cerró las fuentes de trabajo, la política moderna el acceso a la tierra, el precio del café se había derrumbado junto con las viejas plantaciones del Soconusco y de la región Norte, los ingenios azucareros cerraron sus puertas y sus cultivos, y los eventuales trabajos en el Tabasco petrolero se cancelaron...

Hoy, el ejército zapatista se conforma principalmente de esta masa joven y marginal, moderna, multilingüe y con experiencia en el trabajo asalariado. Su perfil tiene muy poco que ver con el indio aislado que imaginamos desde la ciudad de México. En su hábitat reciente conviven, sin embargo, con las viejas fincas de peones acasillados, con los grupos de guardias blancas puestos al día por la administración patrociniada, con los latifundios simulados, con las estructuras anacrónicas del Estado. Este parece ser el fermento social de un verdadero ejército popular, con miles de combatientes y simpatizantes en la selva, los Altos, la región Norte y la Sierra Madre que confirma el carácter insólito de Chiapas, la combinación creadora que la historia de esa región ha hecho siempre del pasado y el futuro. Estos relámpagos de enero, este nuevo actor político que ocupa ya un lugar central en la escena nacional, se ha perfilado en pocos meses como el ejército garante de una fallida transición pacífica a la democracia, favoreciendo, a través de iniciativas como la de la Convención Nacional Democrática, el tránsito pacífico a un Estado de derecho en el país. Un ejército que ha destruido en pocos días las verdades absolutas maduradas en años de concertación parcelada, de paz injusta y de oportunismo. Su estallido replantea la historia nacional y el futuro de las luchas populares en toda América Latina. Al igual que las hazañas militares que hicieron posible la toma simultánea de cuatro ciudades en las primeras horas de enero, estos fragmentos de historia nos contemplan desde el futuro con esa mirada de esperanza que se oculta detrás de miles de pasamontañas.

Antonio García de León , Tepoztlán, septiembre de 1994

El problema nacional, problema capital para Yugoslavia(*)

Desde el 27 de junio de 1948, día en que la radio de Praga anunció la famosa resolución del Kominform que enumeraba en ocho puntos los “errores” y las “desviaciones” de Tito respecto a la ortodoxia comunista, el mundo, tanto de un lado como de otro del telón de acero, esperaba de manera unánime un ataque “relámpago” de los soviéticos contra el “traidor” herético.

El ataque no se llevó a cabo tal como se esperaba. Lo que mostró a los pueblos del otro lado del telón de acero que Stalin no era tan poderoso como quería aparentar. Pero los occidentales se hubieran equivocado si hubieran sacado de este hecho un sentimiento de seguridad excesivo. Con sus gustos maquiavélicos y su arte para preparar los golpes con antelación, Stalin no se hallaba sujeto a las impaciencias histéricas como aquel gran aficionado y comediante que fue Hitler. No renunció probablemente a infligir un castigo ejemplar a aquel a quien había excomulgado. Si el comunismo de Lenin ya no toleraba ninguna opinión disidente, el comunismo de Stalin no admita ni la existencia física del disidente. Este egocentrismo moscovita llevaría algún día, sin ninguna clase de dudas, a impedir las aspiraciones a la dominación mundial del bolchevismo aunque se hubiera convertido en una de las condiciones esenciales de su existencia y le otorgara, en vez de protestas y revueltas, una obediencia general en todo el campo revolucionario.

El cisma de Tito fue la primera brecha que se abrió en este sistema. El peligroso ejemplo que constituía este vuelco confería una importancia mundial a este pequeño hecho local y obligaba a Stalin a extirparlo desde sus raíces. De esta manera Stalin llevó sus preparativos militares y su ofensiva política contra Yugoslavia hasta el límite de la guerra. Y si, en un momento hubiera creído ver que esta guerra le ofrecía una mínima probabilidad, no diré de victoria completa sino sólo una victoria localizada y circunscrita, no hay ninguna duda que la hubiera empezado.

Al principio, el estado de ánimo en que se encontraba Europa le parecía alentador. Fue en ese momento cuando fuentes yugoslavas anunciaron el traslado, desde Belgrado a Bosnia, de los archivos del Estado, así como la reorganización de una parte del ejército yugoslavo en grupos de 50 hombres destinados a la guerra de guerrillas; también es de esta época que data la declaración de Tito, según la cual, en caso de un ataque masivo contra su país, abandonaría la llanura del Danubio, de difícil defensa al igual que Belgrado, para retirarse hacia Bosnia para volver a la guerra de los partisanos.

Fue un momento muy crítico. Pero, en seguida, la decisión americana de luchar en Corea hizo que la balanza se inclinara hacia el otro lado.

Mientras tanto, todas las declaraciones de los estados atlánticos y de América respecto a la amenaza rusa contra Yugoslavia contenían tantas imprecisiones y reticencias que dejaban asomar dudas sobre la decisión que finalmente tomarían. Esta falta de claridad podía constituir una tentación para Stalin. En tanto que una toma de posición absolutamente clara no se proclamase, había que atenerse a lo que constituía la amenaza rusa sobre los Balcanes.

Otro hecho –en contra de Rusia, esta vez– complicaba las cosas. Hacer que Bulgaria, Rumania y Hungría atacaran la Yugoslavia de Tito no era lo mismo, desde el punto de vista de las concepciones políticas y de la táctica comunista, que atacar Corea del Sur mediante Corea del Norte. Una cosa era provocar una guerra interior en un país y otra provocar una guerra entre países diferentes y, además, entre países que, como sucede en los Balcanes, son tradicionalmente enemigos. Con el fin de que esta guerra no se convirtiera para los serbios en una guerra nacional contra los búlgaros y los húngaros, lo que reforzaría enormemente la posición de Tito, Stalin debía hacer intervenir, bajo una forma u otra, cuantiosas tropas rusas con la finalidad de dar a la guerra la impronta de una gran intervención comunista paneslava contra uno de sus pequeños miembros heréticos. Esta perspectiva pudo contribuir a la prudencia de Stalin.

Pero, más allá de su aspecto internacional, la situación de Yugoslavia comporta un aspecto de orden interno muy particular, es el que se refiere a los antagonismos nacionales y religiosos entre sus distintos pueblos. Esto es algo poco conocido y difícilmente comprensible por los extranjeros: sin embargo posee una importancia de primer orden cuando se trata de estimar la capacidad de resistencia de Yugoslavia frente a una invasión soviética. La cuestión reside en saber si Tito llegó a superar y a hacer desaparecer las antiguas divisiones, las viejas rivalidades entre los distintos eslavos de los Balcanes o, si por el contrario, su régimen no fue sino una nueva fase de luchas, tan sangrientas como estériles, entre los eslavos balcánicos.

Es este problema el que nos proponemos examinar.

I La guerra civil durante la ocupación extranjera

Al contrario de lo que sucedió en otros países de Europa oriental, el establecimiento del régimen comunista en Yugoslavia fue, en gran parte, obra de las fuerzas locales. Aunque todos los pueblos de Europa oriental fueron castigados, entre las dos guerras, por una crisis social y política, sólo en Yugoslavia el comunismo se convirtió en poder de estado antes de la llegada del Ejército Rojo.

¿A qué se debe esta excepción?

Yugoslavia, mosaico de pueblos

Se oye decir a veces que este acontecimiento se debe al gran valor combativo de los partisanos yugoslavos y a las cualidades personales de sus dirigentes comunistas; de hecho, sin negar la existencia de estos dos factores, la razón se halla en otra parte.

Yugoslavia es el único estado de Europa oriental que es un estado *plurinacional*. Es cierto que en otros estados existen fuertes minorías nacionales, pero poseen siempre un pueblo que configura la mayoría de la población y se halla establecido en el centro del país. En Yugoslavia no existe nada de esto. La nación dominante, la de los serbios, es inferior en número al conjunto de los demás, no representa más que el 40% de la población total; además, más de una tercera parte de esta nación se halla dispersa entre los restantes grupos étnicos, mientras que el grupo que ha permanecido compacto no ocupa el centro del país, sino su parte oriental (la antigua Serbia de antes de las guerras balcánicas de principios de siglo).

En contradicción con este hecho fundamental, los serbios intentaron establecer su propia dominación sobre los demás pueblos de Yugoslavia y “serbizarlos”. Fue esta ambición desmesurada la que provocó la crisis del primer estado yugoslavo, crisis que comenzó el mismo día de su nacimiento, el 1º de diciembre de 1918 y continuó agravándose hasta su poca gloriosa desaparición en abril de 1941.

Fue debido a las relaciones existentes entre las distintas nacionalidades yugoslavas que el partido comunista pudo establecer su superioridad frente a los demás partidos, serbios o no. Fue, en efecto, la incapacidad de que hicieron gala el resto de los partidos en la búsqueda de un *modus vivendi* aceptable por los distintos pueblos yugoslavos lo que permitió al partido comunista emerger como un *deus ex machina* en el momento oportuno, mientras estos pueblos se masacraban mutuamente sin que estas masacres, aunque afectaran a centenas de miles de personas, aportaran solución alguna, ya que, de hecho, en conjunto, dejaban las relaciones de fuerza entre adversarios sin ningún cambio.

Un federalismo de base étnica, con reconocimiento del carácter nacional particular de cada grupo y de la igualdad de todas las naciones yugoslavas -este fue el programa que permitió al partido comunista llegar al poder.

La interdependencia económica de los distintos pueblos yugoslavos, y, más aún, su mezcla en las mismas regiones (principalmente la de serbios y croatas, y sobretodo en Bosnia) reclama más una federación que una separación como Estados independientes.

Pero, por otro lado, el apoyo militar y político dado por los aliados, tanto de Oriente como de Occidente, a Tito contribuyó enormemente a la consolidación definitiva de su régimen y le permitió en consecuencia imponer algunas soluciones artificiales que pesan en gran manera sobre la vida y el destino del nuevo Estado.

La adhesión a Tito de los croatas de Dalmacia, de los musulmanes y de los serbios de Bosnia

El momento decisivo para Tito llegó en el año 1942. Fue durante este año cuando se decidió, entre Draga Mikhaïlovitch y él, *quién* sería el Estado, y fue durante este año cuando Tito ganó a su rival en Bosnia.*

La historia de la resistencia yugoslava, y, en particular, la de las luchas entre serbios y croatas es muy complicada y no podemos citar más que sus momentos más importantes basándonos sobre todo en el viaje de estudios que efectuamos durante la guerra de Yugoslavia movidos por el deseo de informarnos en el mismo lugar de los hechos, lo que nos costó una temporada en el campo de exterminio de Yassenovats.

El final trágico de Mikhaïlovitch no debe hacernos olvidar el carácter ficticio que tuvo, desde el inicio, su resistencia.

El famoso Golpe de Estado del 27 de marzo de 1941 con el que el rey Pedro derribó al gobierno después del pacto que éste había cerrado con Hitler, fue el resultado de una conspiración exclusivamente *serbia* con un programa descaradamente *panserbio*. Se proclamaba anticroata y antimacedonio. En las calles de Belgrado se gritaba al mismo tiempo: “¡Abajo el pacto!” (el pacto con Alemania) y “¡Abajo el acuerdo!” (el acuerdo firmado por el gobierno derribado con Matchek, el representante de los croatas). Hay que decir por otra parte que croatas y macedonios reaccionaron ante el golpe de estado de Belgrado con la misma hostilidad frente a los serbios.

Es evidente que un golpe de estado realizado en estas condiciones no podía constituir el punto de partida de una resistencia seria contra el extranjero sino que conducía a la disgregación del Estado.

Como ya es sabido, el 17 de abril el ejército serbio capituló. Una parte de este ejército, sin embargo, partidario del golpe de estado y teniendo por cabeza a Draga Mikhaïlovitch, entonces coronel, decidió atenuar ante la opinión pública aliada los efectos de la capitulación iniciando una resistencia al invasor puramente simbólica.

Esta maniobra creaba una justificación “jurídica” a la clase política dominante serbia que le permitiría, en el momento de la victoria final de los Aliados, pedir el predominio absoluto de los serbios sobre los demás pueblos yugoslavos no serbios, los “traidores de 194” y de esta manera se acabaría de una vez por todas la resistencia a la “serbización”.

Esta “*combinazione*”, que creían era genial, la arruinó de manera dramática primero la acción de Pavelitch y después la de Tito.

La masacre masiva de los serbios de Croacia y de Bosnia que Pavelitch inició a finales de junio de 1941 bajo el pretexto de una pretendida revuelta de los “tchetniks” de Mikhaïlovitch contra el nuevo estado croata y contra el Eje pusieron a Mikhaïlovitch ante un grave dilema.

Si continuaba su “resistencia” aunque fuera sólo nominal a los alemanes daba a Pavelitch, jefe de los “oustachis” y del nuevo estado croata, un pretexto para exterminar completamente a la minoría serbia de estas regiones mixtas que los serbios reivindicaban como serbias y como partes integrantes de la Gran Serbia. Pues el hecho que los musulmanes de Bosnia tomaran parte activa en estas masacres, organizadas por los católicos croatas, colocaban a los serbios, de religión ortodoxa, de esta provincia en una situación desesperada. La llegada de los aliados al final de la guerra podía presentarse demasiado tarde como para poder salvar la importante minoría serbia que vivía dentro de los límites de lo que era entonces el *Estado croata independiente* de Pavelitch.

Para impedir esta amenaza, Mikhaïlovitch se decidió por una maniobra político-militar.

Fue la siguiente: en toda la zona ocupada por el ejército italiano (Montenegro, Dalmacia, una parte de Bosnia y de Croacia) entró en abierta colaboración con el ejército italiano de ocupación, partiendo de la base de que el ejército italiano era germanóphobo y que seguro que en un momento u otro se pasaría al lado de los Aliados. ¡De esta manera fue el ejército italiano quien armó a los tchetniks de Mikhaïlovitch en Montenegro y en la Dalmacia! Mussolini, de hecho, que había apoyado a Pavelitch mientras duró el Estado yugoslavo, tenía en el momento serias discrepancias con los croatas de Dalmacia. Pero el resultado fue que, abandonados por Pavelitch, amenazados por la alianza de los tchetniks con las tropas italianas, los *croatas de Dalmacia* se asociaron a Tito.

Mientras tanto, fiel a su primera idea de poder aniquilar, con la ayuda de los Aliados cuando desembarcaran, no sólo a los alemanes sino también masacrar a los musulmanes, croatas y demás no-serbios, Mikhaïlovitch empezaba a probarlo masacrando, con la excusa de defenderse contra los oustachis y de suprimir a los comunistas, a más de 150.000 musulmanes de Sandjak (en los confines entre Bosnia y Serbia) y de Bosnia oriental (en Bosnia occidental los croatas, católicos, aliados con los musulmanes eran demasiado numerosos).

Se comprende de esta manera que hacia 1943, los *musulmanes* que habían estado antes con Pavelitch se dieron cuenta de que éste y los alemanes habían perdido la guerra y se aliaron, no con Mikhaïlovitch, sino con Tito contribuyendo de manera decisiva a su victoria final.

Pero fue desde 1942 y en el mismo seno de la minoría serbia de Bosnia que se libró la batalla decisiva entre Tito y Mikhaïlovitch.

Al principio, la mayoría de los serbios ortodoxos de Bosnia simpatizaban con Mikhaïlovitch, pero el programa “panserbio” de éste y su táctica de masacre “biológica”, o sea total, aislaba completamente a la minoría serbia de Bosnia que se hallaba perdida entre un gran número de católicos y de musulmanes y dejada sin auxilio ante las represalias de Pavelitch, mientras que el programa de Tito, que preconizaba el fin de las luchas entre los pueblos yugoslavos y el reconocimiento de una igualdad completa entre ellos, cosechaba simpatías no sólo entre los serbios, sino también entre los musulmanes y los católicos, lo que daba a los serbios de Bosnia más medios para defenderse. Es por esto que los *serbios de Bosnia* por más monárquicos o simpatizantes de Mikhaïlovitch que fueran, se pasaron a Tito y se convirtieron durante los años 1942-1945, junto con los montenegrinos, en la base de su poder -el segundo elemento de su fuerza lo constituían los musulmanes de Bosnia y los croatas de Dalmacia.

Se ve, pues, que se trata de regiones en las que la lucha entre los distintos pueblos y confesiones yugoslavas era la más violenta debido a que en ellas estaban mezclados, y fue de esta lucha de donde Tito sacó su fuerza.

El espíritu “montaraz”

Dado que la “resistencia” de Mikhaïlovitch fue de hecho inexistente, el movimiento de Tito fue la única resistencia real contra Hitler y Mussolini. La gran tradición de coraje y heroísmo de los serbios (y en cierta medida también del resto de los yugoslavos) encontró su expresión durante la última guerra entre los seguidores de Tito.

No quiero ignorar, y que quede bien claro, que también éstos utilizaban el terror, la provocación y las masacres contra los movimientos rivales, y también contra el pueblo, como los de Mikhaïlovitch y de Pavelitch.

Voy a dar un ejemplo.

Cuando los alemanes comprendieron que las represalias contra los campesinos por las acciones de los partisanos no hacían más que fomentar que éstos ayudaran a los últimos, las represalias indiscriminadas cesaron y lo único que pretendieron es que permanecieran neutrales, que es lo que los campesinos deseaban. Pero a los partisanos no les interesaba y no lo permitieron y les pusieron ante la alternativa de elegir ya fuera en su favor o en el de los alemanes. Ante esta disyuntiva, los campesinos escogieron a Tito, y fue una decisión “libre”.

De una manera general se puede decir que los tres movimientos, el de los “partisanos” de Tito, el de los “tchetniks” de Mikhaïlovitch y el de los “oustachis” de Pavelitch eran del mismo tipo y procedían de una mentalidad parecida ya que tenían la misma base humana: la de los campesinos de la montaña “dinárica” de Bosnia, de Montenegro, de Dalmacia continental* y de Lika (región montañosa de Croacia sur-oriental).

La diferencia real entre yugoslavos no es la que surge de la distinta nacionalidad o religión, sino más bien la que toma su raíz en la diferencia de sociedad o de civilización. Mientras que los montañeses “dináricos”, ya sean croatas o serbios, ortodoxos, católicos o musulmanes, e incluso sacerdotes ortodoxos o frailes franciscanos, fueron unánimes para masacrarse unos a otros, los agricultores, más civilizados, de la llanura panónica (entre el Sava y el Drava, y a lo largo de las dos orillas del Danubio), ya fueran serbios o croatas, se aterrorizaron al principio, por las acciones sanguinarias, llenas de horror y de heroísmo de sus hermanos bárbaros montañeses, aunque posteriormente también ellos se vieron mezclados en el conflicto general.

Me acuerdo que en diciembre de 1941, antes de ser detenido por Pavelitch, atravesé Bosnia, entre las ruinas y las masacres, entre el tumulto de los fusilamientos y de los cánticos de guerra, tuve la impresión de ser trasladado más de dos mil años atrás: tenía la impresión de hallarme en plena batalla homérica entre los griegos y los troyanos. Nadie tenía miedo a la muerte, ni de recibirla ni de darla. Los “oustachis” musulmanes lanzados al vacío por las minas o caídos en una emboscada de los partisanos, morían con, a la vez entre sus labios el “café turco” y el himno de Pavelitch. Igualmente en el campo de exterminio del “Estado Croata Independiente” de Pavelitch en Yassonavats**, cuando les llegaba la hora de morir, las jóvenes se dirigían en fila a la masacre, tranquilas y orgullosas, cantando el canto de guerra titista: “Ha llegado el día de nuestra fiesta, compañeros, los jóvenes mueren cantando...”

Fieles a la moral de los primitivos, los verdugos respetaban la dignidad de sus víctimas. ¿No respetó acaso Aquiles en su furor la dignidad de Hector y de Priam?. Todos héroes, todos combatientes, todos gente que se mataba recíprocamente.

Del millón setecientos mil muertos que hubo en Yugoslavia durante la guerra, según la estadística oficial de Tito, sólo una pequeña minoría cayó luchando contra los soldados de Hitler y de Mussolini. Casi todos murieron como resultado de las luchas y de las masacres entre yugoslavos. En cuanto a los millares de desgracias materiales que sufrió el país (casas, puentes, carreteras destruidas), no fue sino una pequeña parte la que se debió a la acción ya fuera de los ocupantes, de los tchetniks o de los oustachis. La mayor parte se debieron a las acciones de los partisanos que aplicaron sin piedad la táctica de la “tierra quemada” para debilitar al enemigo y a la competencia para abrirse camino hacia el poder.

Las masacres no fueron más que una consecuencia

Para poder entender estas masacres hay que tener en cuenta que lo que hicieron fue marcar el paroxismo de una guerra civil que se inició en el nacimiento mismo del Estado Yugoslavo, cuando manifestantes republicanos fueron asesinados en Zagreb el 5 de diciembre de 1918. La dictadura del rey Alejandro, diez años más tarde, inauguró la época “del cuchillo”. La milicia terrorista de la dictadura real estaba formada ya en aquella época por “tchetniks”. Lo que explica el odio y el horror que provocó, a finales de 1941, el movimiento de Mikhaïlovitch, cuando éste dio a sus fuerzas este mismo nombre de “tchetniks”: sólo el nombre era una declaración de guerra que expresaba la voluntad de exterminar todo aquello que no fuera serbio.

Durante veinte años el gobierno de Belgrado mantuvo con un fervor casi místico el culto a la fuerza bruta. Se ridiculizaba el pacifismo de Raditch, el líder de los campesinos croatas después de la Primera Guerra Mundial, en cuyas reuniones, en vez de empezar con disparos según la costumbre serbia, empezaban al son de la guitarra y acababan a menudo con una oración.

El punto culminante de esta primera fase de la guerra civil fue el asesinato de Raditch en Belgrado, en pleno Parlamento, asesinato organizado por el rey, por el Presidente del Consejo de entonces y por el mismo Presidente del Parlamento con la guardia de la Cámara convertida en guardia de honor para el asesino cuando salió, libremente de la sala de sesiones. Se intentaba que esta guardia procediera a una masacre general de los diputados croatas al primer disparo efectuado por ellos. Pero estos “imbéciles” croatas “ablandados por el occidentalismo” no llevaban armas y no respondieron al disparo que acababa de matar a su jefe con otros disparos. La guardia se quedó sorprendida y la gran esperanza de la conjura decepcionó.

Pero el asesinato de Raditch, y la dictadura del rey Alejandro que le siguió, dieron a los croatas el gusto y la voluntad de la violencia, el gusto y la voluntad del cuchillo y de la bomba, que poseían ya los croatas de la montaña pero que todavía no se había manifestado en su vida pública debido a que hasta entonces había estado dominada por los croatas de la llanura, los croatas panónicos (y en parte por los croatas de la costa mediterránea) sobre los que Raditch fue el último en poseer autoridad sobre la totalidad de ellos. En efecto, en el mismo momento que Matchek, el sucesor panónico de Raditch, aparecía, también lo hacía el representante de los croatas dináricos, de los croatas pastores y montañeses: Pavelitch.

De manera que, al igual que el asesinato de Raditch tuvo la consideración de “éxito” nacional serbio, el asesinato del rey Alejandro por Pavelitch (con la ayuda de los macedonios) fue considerado por los croatas a su vez como un éxito “nacional croata”.

Así las masacres de 1941 no fueron sino el resultado de toda esta atmósfera de guerra civil que había reinado durante los veinte años precedentes. El que sólo quiera juzgar estas masacres, y de manera más general todas las batallas de esta época, en función de los acontecimientos de 1941, renuncia a la posibilidad de conocerlos, a no ser que pretenda falsificar el significado histórico.

Pavelitch fue la consecuencia y la réplica del rey Alejandro y de Mikhaïlovitch. Aparecieron los tres como si se tratara de hermanos; sus aspiraciones y métodos se parecieron, lo que permitió a Tito, desde el interior, tomar en mano el destino de los pueblo yugoslavos.

Pero las dificultades empezaban para Tito desde el momento en que tuvo que pasar de las declaraciones y promesas respecto a la igualdad de las nacionalidades y de las religiones a su realización.

No obstante su federalismo formal, fue en esta dirección en la que el régimen de Tito avanzó menos. La magnífica revuelta de Tito contra Moscú no eliminó el problema: bien al contrario, su conflicto con Moscú reavivó los antiguos antagonismos interiores, llevando de esta manera a una verdadera crisis de Estado.

Es esto precisamente lo que, en este momento, debemos analizar.

II El juego de Moscú entre las distintas nacionalidades

La crítica de los antiguos nacionalismos balcánicos y la lucha contra sus peligrosas ambiciones contribuyó ampliamente al triunfo y a la popularidad del comunismo tanto en Yugoslavia como en Bulgaria; pero los intereses particulares del Estado ruso –tal como los entendía el Politburó– confirieron una característica particular a la acción comunista en los Balcanes orientada a mantener la división entre los distintos pueblos balcánicos, apoyando unas veces a unos y otras a otros.

Del croatismo al panserbismo

Me di cuenta por primera vez de que se iba demasiado lejos en la utilización de las luchas nacionales para conseguir la victoria del comunismo cuando en 1925-1926 se recurrió al brazo derecho de Pavelitch, Mile Budak (ejecutado por Tito en 1945), para ser el abogado del partido en Zagreb y yo protesté por esta decisión. Cuando un tiempo después, en 1927-1928, constaté en Moscú que se apoyaba de manera sistemática a todos los nacionalismos antiserbios (entre ellos al croata), me opuse claramente a esta utilización del nacionalismo por parte del maquiavelismo estaliniano pues, aunque era croata y había combatido la hegemonía serbia en el seno del partido yugoslavo todos los años precedentes, entendía que a fin de cuentas, los croatas y los no-serbios, de la misma manera que los serbios, serían las víctimas de este juego que estaba en desacuerdo con las proclamas con respecto a los pueblos yugoslavos y balcánicos. Creo que mi oposición a esta política se halla ligada a mi posterior arresto.

Si ésta era la política de Moscú, se debía a que en este momento el enemigo número uno en los Balcanes era el régimen panserbio de Belgrado, por el hecho de ser el aliado y el instrumento del enemigo número 1 de Moscú en el mundo de aquella época: “el imperialismo franco-británico”.

Pero a partir de 1933, y sobretodo 1936, los enemigos de Moscú cambiaron. El enemigo número uno fue Hitler y, como éste amenazaba las “criaturas de Versalles” entre las que se encontraba el Estado yugoslavo, Stalin empezó al contrario, a hacer del nacionalismo y del chovinismo serbios sus aliados número uno, empleando todos los medios para hinchar este nacionalismo y poniendo al servicio de esto no solamente la política del partido yugoslavo, sino también la de los partidos de los países balcánicos.

De esta manera fue como la “Gran Serbia” se convirtió en 1936 en el “as” de Stalin, “as” que jugó de manera magistral, con esta especie de grandeza diabólica que constituye su propia aportación al bolchevismo. Todo Belgrado, incluso los círculos más nacionalistas, los más militaristas, los más “alexandristas” (los más fieles al rey-dictador Alejandro), también los círculos más religiosos, con el patriarca ortodoxo a la cabeza, fueron presa de un delirio: “Rusia, Stalin, están con nosotros; de nuevo Rusia es nacionalista, eslava, ortodoxa: ¡Alabado sea Dios!”.

En el grito “¡Abajo Hitler y Mussolini!” se hallaban expresados de una forma más o menos confusa los verdaderos deseos de los fanáticos panserbios y de los ortodoxos bizantinos: ¡Abajo los croatas! ¡Abajo Matchek! ¡Abajo los católicos! ¡Abajo el Vaticano! Y sabemos que para nosotros, balcánicos, el grito: ¡Abajo! es sinónimo del: “¡A muerte!”. Mientras, Pavelitch, con quien todavía no se pensaba mucho, estudiaba, en el exilio, la historia y la “técnica” de la masacre de los armenios por los turcos...

Así, por los dos lados, se afilaban los cuchillos, y Stalin podía frotarse las manos: sería el *tertius gaudens*. El millón de víctimas que iban a producir las futuras masacres eran un holocausto a su grandeza. Le abrirían camino hacia el poder.

“Alejandro Magno no logró construir un imperio”, le gustaba comentar a sus íntimos, hace una veintena de años, mientras que ingenuos extrajeros le creían ocupado solamente en la construcción del socialismo en un solo país, “porque él no ha sabido utilizar las cuestiones nacionales, pero nosotros triunfaremos porque sabemos utilizarlas”.

La “llamada al orden” a los croatas

Los serbios, los eslovenos y, en cierta medida, los Montenegrinos, comunistas y no-comunistas sorprendidos, aceptaron con entusiasmo esta segunda fase de la política estaliniana que se concretaba en el eslogan: “defensa del Estado Yugoslavo”. Pues en su foro interno, la lucha contra Hitler se confundía (principalmente en los serbios) con la conservación de su hegemonía interna. De tal manera que Tito pudo, durante el otoño de 1938, en nombre del Comité Central del partido comunista, ofrecer el frente único al general Zivkovitch, el famoso jefe del gobierno dictatorial del rey Alejandro.

Por el contrario, los comunistas croatas fueron los primeros en rechazar el hacer frente común con este típico representante de la dominación serbia y rechazaron de manera general, entre 1936 y 1939, el eslogan: “defensa del Estado” ya que este Estado no era otra cosa, para

ellos, croatas, que una cárcel, tanto desde el punto de vista nacional como desde el punto de vista social.

Así pues, para poner orden en casa, Tito procedió, en 1939, a una primera depuración del partido comunista croata (Ivan Kardelj, B. Adziga, Josip Kras y otros) y nombró una nueva dirección con un serbio, Rade Koncar, como secretario.

Sin embargo, más adelante, entre 1942 y finales de 1944, los comunistas de Croacia, con Andrija Hebrang, se encontraron nuevamente en la oposición con la dirección del partido yugoslavo al que acusaban de restablecer en las “regiones liberadas” el antiguo predominio serbio. Y no fue sino a través de otra depuración como Tito pudo doblegar a los comunistas croatas frente a Belgrado.

Al lector le sorprenderá sin duda la actitud personal que tomó Tito. Aunque de origen croata, se alejó en lo referente a esta cuestión nacional de los comunistas croatas, siguiendo las directrices de Moscú y adaptándose a la conducta de los comunistas serbios.

La “llamada al orden” a los macedonios

El conflicto entre los comunistas macedonios y la dirección del partido comunista yugoslavo se produjo después del de los comunistas croatas, pero fue más grave. Los macedonios no se enfrentaron abiertamente a la consigna de “defensa del Estado” contentándose con sabotearlo en silencio como demuestran las publicaciones oficiales posteriores del partido comunista yugoslavo, pero en abril de 1941, después del hundimiento de Yugoslavia, la organización comunista macedonia decidió dejar el partido comunista yugoslavo y entrar en el partido comunista búlgaro. Este aceptó la adhesión y todas las protestas de Tito fueron en vano contra lo que los comunistas de Belgrado llamaron una “ocupación búlgara de Macedonia” y lo que los comunistas macedonios llamaron la “liberación de Macedonia del yugo serbio”.

Ante el rechazo unánime de los comunistas macedonios y búlgaros de renunciar a esta decisión, el partido yugoslavo se vio obligado a recurrir a Moscú donde, creyendo que por el momento había que mantener el *statu quo*, obligaron al partido comunista búlgaro a separarse de la organización macedonia y ordenaron a esta a volver al partido yugoslavo. Tito fue autorizado para realizar una depuración limitada: la antigua dirección macedonia tuvo que dejar Macedonia para exiliarse en Bulgaria y Tito nombró una nueva dirección, pero, sin embargo, se redujo el poder de Belgrado sobre la organización macedonia y Moscú decidió que en la dirección macedonia figurara, al lado del representante del Comité central del partido yugoslavo, un representante del comité central del partido búlgaro. De esta manera se instauró un verdadero condominio serbo-búlgaro en Macedonia.

III La actual hegemonía serbia

¿Y ahora?

Ahora que el partido comunista yugoslavo, rotas sus relaciones con el Kominform, es dueño de su propio destino, ¿cuál es su política ante las diversas nacionalidades?

No olvidemos, de entrada, que el partido comunista yugoslavo ha sido siempre, *en principio*, partidario de la liquidación de la hegemonía serbia y de la constitución de una Yugoslavia federada sobre la base de la igualdad de los derechos nacionales para todos los pueblos eslavos de los Balcanes. La coexistencia de la afirmación de este principio y de fuerzas contrarias ha acabado por instaurar en la actual Yugoslavia una supremacía serbia muy particular.

Antes del conflicto con Moscú, la fuerza, por un lado, y el miedo, por otro, impedían que se manifestaran los rencores y los antagonismos, pero la ruptura, cuando se produjo, lejos de llevar a un recrudecimiento de fuerza, de esperanza y de actividad, pusieron más bien en evidencia los defectos y las debilidades internas del régimen.

Como en la vieja Yugoslavia, los puntos neurálgicos son: Croacia y Bosnia, Macedonia, Kosovo.

Croacia

En el seno de la federación yugoslava Croacia constituye un Estado, pero se trata de un Estado en el cual el dominio serbio se ha establecido *de hecho* de la siguiente manera:

Primo. En la “declaración de los derechos constitucionales del pueblo y de los ciudadanos de la democrática Croacia” del 8 de mayo de 1944, confirmada a continuación por la Constitución, se dice que la minoría serbia de Croacia (el 14% de la población a partir del censo de 1948) no debe considerarse como una “minoría nacional”, sino como una nacionalidad dominante, en igualdad con la nacionalidad croata. De esta forma los serbios se encuentran en una situación de privilegio.

Secundo. Gracias al apoyo del poder central, la minoría serbia ocupa en la vida política y social del país puestos directivos que no guardan proporción con su importancia numérica.

Tertio. Para ocupar los altos cargos del Estado sólo se escoge a aquellos croatas que acepten someterse a la política general serbia; se trata de verdaderos Quisling. Para llegar a este resultado se recurre al partido comunista -partido único y bajo control serbio- que tiene los medios para proceder a los nombramientos y depuraciones necesarios.

Bosnia

La situación es aún más grave en Bosnia. Allí el número de serbios es mucho mayor que en Croacia, cerca del 44% de la población. Estos serbios, de religión ortodoxa, fueron introducidos en Bosnia por los turcos para proveer una milicia auxiliar al ejército turco, principalmente en el noroeste de la provincia en donde era endémico el estado de guerra contra el imperio de los Hausburgo.

Estos serbios bosnios son por tanto campesinos y guerreros, constituyen una raza sana e inteligente que debe, justamente, ejercer plenamente su parte de influencia en el país. Incluso si su influencia sobrepasara ligeramente su fuerza numérica, sería algo explicable y tolerable.

Pero la situación es otra: los serbios ortodoxos se atribuyen en Bosnia el *monopolio* del poder político. Tienen en sus manos los principales puestos de responsabilidad, tanto en el partido como en el Estado. Dentro del partido comunista de Bosnia y, a través de él, en los cargos superiores del Estado, los bosnios de religión ortodoxa constituyen una verdadera casta cerrada, réplica de la casta de los brahmanes en la India. Y lo más cómico es que este exclusivismo nacional y religioso se produzca en el marco de un partido comunista.

En cuanto a los no serbios, es decir más de la mitad de la población, he aquí su situación:

A los musulmanes, que representan el 31% de la población, se les dejan algunos puestos secundarios, que, por otra parte, no pueden obtener más que si se desmarcan lo más posible de los croatas, pese a que estos musulmanes, que son eslavos que profesaron anteriormente la misma herejía maniquea que los Albigenses y que pasaron en bloque al islam a la llegada de los turcos, estén, por su origen y por su conciencia nacional, mucho más cerca de los croatas que de los serbios, por cuya razón ocuparon, en el gobierno de Pavelitch, puestos de primer rango.

En cuanto a los católicos croatas, que representan el 24% de la población bosnia, se les mantiene al margen de cualquier puesto importante, lo que está en un fuerte contraste con la situación que ocupan en Croacia los representantes del 14% serbio de la población.

Por otra parte, se eliminan de la lengua, en Bosnia, como “germanismos” todas aquellas expresiones genuinamente croatas, mientras que se introducen sistemáticamente aquellas que son genuinamente serbias. Igualmente, sólo se permite establecer relaciones culturales con Belgrado, se destierra a Zagreb y, para que los musulmanes se den perfecta cuenta, se procedió durante el invierno 1947-1948 al derribo de la gran mezquita de Zagreb.

Otra imagen elocuente de las respectivas situaciones ocupadas, en Croacia por el 14% de serbios, y en Bosnia por el 64% de no-serbios, en el Congreso del partido, es decir allí donde se concentra la vida política. En Croacia, la minoría serbia tiene siempre a uno de los suyos entre los dos o tres principales ponentes del Congreso; en Bosnia, todos los ponentes y todos los oradores son serbios. Los bosnios no deben ver en la tribuna sino a hombres de religión ortodoxa; de esta manera, sin proclamarlo a los cuatro vientos, queda claro que ellos son los amos.

Estos hechos, junto a otros que es inútil enumerar, muestran que el problema interior fundamental de Yugoslavia, el de las relaciones entre serbios y croatas, no ha sido resuelto por

el régimen de Tito, a pesar de algunos progresos como la existencia de una constitución federal, el reconocimiento del principio de la soberanía nacional croata y la constitución de Bosnia-Herzegovina como república distinta.

Macedonia

Macedonia es el segundo barril de dinamita sobre el que se asienta el Estado de Tito, igual que el Estado del rey Alejandro.

Durante treinta años, los gobiernos de Belgrado han pretendido que Macedonia no es sino la parte meridional de Serbia y que los macedonios son serbios. El censo de Tito en 1948 puso fin a este engaño, que ha hecho correr tanta sangre en los Balcanes. Este censo establece que sobre los 1.150.000 habitantes de Macedonia, sólo hay 30.000 serbios (exactamente 29.752), lo cual indica no sólo que Macedonia no es Serbia, sino que ni tan sólo posee una verdadera “minoría” serbia.

A primera vista, la cuestión de Macedonia aparece como algo secundario para Yugoslavia. Con sus 1.150.000 habitantes, de los cuales 800.000 son macedonios, macedonios eslavos, siendo los otros albaneses, turcos u otros, Macedonia no representa, en efecto, gran cosa dentro de una Yugoslavia de 16 millones de habitantes. Pero, lo que hace que sea importante el problema macedonio es que constituye sólo una parte de un problema más vasto: el de las relaciones entre los serbios y los búlgaros. 800.000 macedonios pueden ser ignorados, 6 millones de búlgaros no.

La conexión entre el problema macedonio y el problema búlgaro no viene sólo del hecho que los búlgaros no tienen la intención de “desentenderse” de Macedonia, de la cual, por otro lado, poseen una parte (la Macedonia de Pirin), sino del hecho de que hay una afinidad real entre macedonios y búlgaros. Sin ser idénticos, macedonios y búlgaros están muy próximos, mientras que macedonios y serbios representan dos polos eslavos distintos.

A este respecto podemos comparar Macedonia con Montenegro. Los montenegrinos tienen tantas afinidades con los serbios y son tan distintos de los búlgaros, que querer que formen un Estado común con Bulgaria más bien que con Serbia sería irrisorio. Por tanto, es también algo ridículo la unión de Macedonia con Serbia en vez de con Bulgaria, lo cual constituye, desde 1911, desde la primera guerra balcánica, la tragedia de Macedonia y la tragedia de las relaciones serbo-búlgaras.

Sin ninguna clase de dudas, no hay otra solución al problema macedonio –y esta sería una solución total y definitiva– que la constitución de una *federación balcánica*, o, al menos, una federación de los pueblos eslavos de los Balcanes, comprendiendo a búlgaros y macedonios. De esta manera, Serbia obtendría el libre paso hacia el mar, hacia Salónica, a través de Macedonia, sin estar obligada a “serbizar” Macedonia y disputársela a Bulgaria. Pero entonces se plantea una cuestión: ¿por qué los comunistas no han realizado esta “federación de los eslavos del sur” cuando eliminaron la burguesía “nacionalista y chovinista”?

Las polémicas que siguieron a la ruptura de Tito con Moscú mostraron, con toda claridad, la razón. Al principio, Moscú favorecía o, al menos, toleraba una acción en este sentido. Pero las conversaciones que se establecieron se rompieron justamente en el mismo punto en que debían romperse más tarde las relaciones entre Moscú y Belgrado, a saber: la igualdad en las relaciones entre Estados socialistas. De la misma manera que Moscú quería que Yugoslavia aceptara ser otra Ucrania, Belgrado pedía a Sofía ser otra Bosnia. Dicho de otro modo: un vasallo, y basta.

La federación serbo-búlgara no se realizó y he aquí cual es ahora la situación de Macedonia:

En 1942, Moscú, como hemos visto, había introducido en Macedonia un cierto condominio serbo-búlgaro. Este condominio se mantiene, bajo el control ruso, hasta 1948. Esto tuvo por consecuencia una completa “macedonización” de la vida política y social de Macedonia. Esta continuaba siendo una parte del Estado Yugoslavo y tenía como comandante militar un general serbio, pero los macedonios se hicieron cargo de toda la administración, comprendida la escuela, la prensa, la Iglesia, etc. Los colonos, los burócratas y los obispos serbios tuvieron que marcharse.

Pero a partir del conflicto con Moscú, este condominio fue liquidado y empezó una nueva fase de “serbización”. El elemento étnico más cercano al macedonio, el búlgaro, fue proclamado

enemigo número uno. Que se entienda bien: no enemigo político en cuanto que kominformista, sino enemigo nacional en tanto que búlgaro.

De esta forma se prohibieron los libros escritos en búlgaro. Tener un libro así fue nuevamente, como en la antigua Yugoslavia, un crimen de alta traición. En una exposición del Libro en Skopje, capital de Macedonia, podía encontrarse libros escritos en cualquier lengua, incluso en chino, ¡pero no en búlgaro! Esto para evitar la “desnacionalización” de los macedonios.

El habla macedonia que es, en el fondo, un dialecto búlgaro, fue proclamada lengua eslava especial. Aún más grave, se practicó una reforma de su ortografía en el sentido del serbio y se introdujo en el vocabulario palabras y expresiones serbias

En fin, comenzó una nueva invasión de los burócratas serbios.

¿No hay pues, para defenderse del imperialismo soviético -que sostiene a Bulgaria-, otro método que el del “panserbismo” y el de una nueva “serbización” de Macedonia?

Ciertamente, un tal método existe y puede ser muy eficaz. Consistiría en hacer de Macedonia y de su macedonismo un punto de partida para reforzar la oposición al imperialismo soviético en Bulgaria y en el resto de los Balcanes, y para establecer un lazo de unión que permitiera crear un frente único serbo-macedonio-búlgaro contra Moscú. Pero, para que esta operación tenga éxito, hay que renunciar, de entrada, a cualquier “serbización” de Macedonia, y dar libre curso al desarrollo natural de este país, a partir de sus afinidades con Bulgaria.

Por lo que respecta a la parte de Macedonia que pertenece a Grecia, el problema es menos agudo después de la llegada a Tracia y a Macedonia del millón de griegos refugiados en Asia Menor después de la derrota de los griegos por los turcos al acabar la Primera Guerra Mundial. La población eslava de estas dos regiones no ha podido, en efecto, mantenerse más que en las partes montañosas del norte. La costa, las ciudades, las planicies han sido profundamente grecizadas. Sería injusto quererlas sacar de Grecia; sólo podrían contemplarse simples rectificaciones de fronteras. Sin embargo, una federación balcánica que comprendiera además de Yugoslavia, Macedonia, Bulgaria, Rumania y Albania, a Grecia, y liberada del control ruso, sería la verdadera solución que respetaría los derechos y las necesidades de todos.

La Albania de Kosovo

Que el exclusivismo nacionalista serbio se ha convertido en el mayor handicap de la política de Tito tanto exterior como interior, es un hecho que se manifiesta muy particularmente en el caso de Albania.

La situación de la región de Kosovo –que forma parte del estado yugoslavo– ha sido bien definida por Tito mismo en 1939, cuando aún se encontraba en la oposición: “Sobre el territorio de Kosovo vive una minoría nacional casi compacta de alrededor de 900.000 albaneses, o sea, 300.000 menos sólo que en Albania propiamente dicha.” (Tito, “El fascismo amenaza Yugoslavia”, *Correspondencia Internacional* de 27 mayo 1939).

Estamos pues ante un caso bien simple, el de un pueblo que todavía no ha realizado su unidad nacional. Una mitad se encuentra anexionada mientras que la otra mitad es independiente en su propio Estado. Esto fue obra del ministro serbio de la monarquía Pachitch, fue el legado de Serbia a Yugoslavia.

No se trata, insistamos, de una minoría dispersada sobre un territorio extranjero, o de una dudosa pertenencia, sino, como lo ha dicho Tito, de una masa albanesa compacta, que habita un territorio contiguo al estado albanés. En una palabra, Kosovo es la Lombardía-Venecia de Albania. De la misma forma que la unidad italiana es impensable sin Lombardía, a la unidad nacional albanesa le falta lo esencial mientras no comprenda la región de Kosovo-Metokhia (para darle su nombre completo).

La unidad nacional, la existencia de un estado nacional, en nuestra época, es la base de toda evolución progresista, tanto desde el punto de vista social como del de la marcha hacia una unión supranacional. Pero esto no impide a los “comunistas” de Belgrado oponerse a la unidad albanesa con una obstinación tan ciega como nefasta.

En la víspera del conflicto entre Belgrado y Moscú, durante las conversaciones albanoyugoslavas de Prizrend y de Zagreb, los albaneses estaban dispuestos a federarse con Yugoslavia, a condición de que se les permitiera completar su unidad nacional reuniendo la

Albania de Kosovo-Metokhia, pero Belgrado se opuso, lo cual ayudó enormemente a Moscú a conservar la Albania de Hoxha.

Es cierto que se ha constituido Kosovo-Metokhia en “región autónoma” en el interior del estado serbio, con sus escuelas y sus periódicos en lengua albanesa, pero esto no es la solución del problema albanés, como no la hubiera sido, en el siglo anterior, para el problema italiano, la existencia de una Lombardía autónoma en el seno del imperio austríaco.

Todos sabemos que los efectos del desmembramiento de una nación o de su sujeción no desaparecen con la autonomía. Y ha pasado a ser famosa en el mundo comunista la polémica de Lenin sobre esta cuestión contra el austríaco Otto Bauer que defendía la autonomía.

En conclusión, vemos como Serbia, con sus 4.800.000 serbios o, si se quiere, con sus 8.500.000 partisanos si añadimos a los serbios de Serbia los serbios dispersos por el resto de Yugoslavia, así como a los montenegrinos y a los eslovenos que son aliados seguros, se encuentra en conflicto, por cuestión de nacionalidad, con 4.300.000 croatas y musulmanes, con 6.800.000 búlgaros y macedonios, y con 2.000.000 albaneses. O sea, 8 millones y medio contra 13 millones. Y el hecho de que Serbia esté en el centro, lejos de ser una ventaja es una desventaja, ya que se traduce en un cerco.

Los gobiernos y los regímenes pasan, las coyunturas y las combinaciones internacionales cambian, pero este hecho: la relación de fuerzas entre los pueblos eslavos de los Balcanes y sus posiciones geográficas permanece. Si no lo tienen en cuenta, si no parten de este hecho capital, no les queda a los serbios, sean comunistas o monárquicos, más que la aventura y la catástrofe.

IV Los efectos de la ruptura con Moscú sobre las diversas nacionalidades

Nada hemos dicho hasta aquí de una cuestión a la que suele concederse un lugar preferente, el de la política económico-social del régimen de Tito.

La primera razón es que, en este terreno, Tito no ha innovado nada. El sistema económico-social instaurado en Yugoslavia es el mismo que el instaurado en Rusia y en los estados satélites de Europa oriental. Los comunistas son los “industrializadores” de los países atrasados, industrialización que persiguen en base a un capitalismo de estado. Cumplen, así, en Oriente, la función que cumplió la burguesía en Occidente, hace de cien a doscientos años. En esto reside la fuerza del comunismo en los países de Oriente y su incontestable superioridad sobre los partidos burgueses o campesinos de estos países, ya sea bajo Draga Mikhaïlovitch o bajo Tchang Kai-chek, bajo Matchek o bajo Kerensky.

La segunda razón es que la historia muestra que, antes de su derrota en el terreno social, el comunismo, tanto el ruso como el yugoslavo, sufre las primeras derrotas en el terreno nacional.

Los “ortodoxos” del lado de Moscú, los católicos romanos del lado de Occidente

El nuevo estado, el estado comunista Yugoslavo, se presenta pues, desde su nacimiento, desde el punto de vista nacional, como una nueva edición del antiguo estado, el estado yugoslavo gran-serbio.

Todo fue bien mientras Moscú estaba en Belgrado, pero la escena cambió con el ultimátum formulado por Moscú.

El Kremlin exigía prácticamente dos cosas: primero, y esto era lo esencial, quería limitar la soberanía y la independencia yugoslava (de hecho serbia) en provecho de Rusia; a continuación Moscú pedía un abandono parcial del panserbismo, en favor de los búlgaros y de los macedonios. No queriendo tener un vasallo mucho mayor que los demás, Moscú pretendía favorecer su vasallo más débil y más cercano (el búlgaro) a expensas del más fuerte y más alejado (el serbio), al cual dejaba, sin embargo, como presa un pueblo aún más lejano, más occidental, y encima católico romano, el croata. Belgrado rechazó las dos exigencias, quería ser la pequeña URSS de los balcanes, tan panserbica como es la URSS panrusa, tal como se había constituido en el período precedente gracias a la ayuda de Moscú.

Pero es difícil salvar lo que se ha recibido de manos de otro.

Por el mismo hecho del conflicto con Moscú, la relación de fuerzas en el seno de Yugoslavia se vio inmediatamente profundamente transformada. Los croatas y, más en general, todos los católicos romanos que, aterrados por el sentimiento de tener en su contra a todo un mundo que se extendía desde Zagreb hasta Vladivostok, habían permanecido silenciosos, levantaron súbitamente la cabeza cuando vieron que sólo tenían ante ellos Belgrado y pensaron, de nuevo, en la igualdad con los serbios y en su libertad. Inversamente y por la misma razón, los serbios se sintieron desmoralizados por la salida de la ortodoxa Rusia.

Después, la creciente hostilidad de Moscú obligó a Tito a acercarse cada vez más a Occidente, lo cual agravó la crisis de la hegemonía serbia y el malestar en el interior del partido. Con el restablecimiento de los contactos con Occidente, los serbios se encontraban cada vez más aislados, mientras los croatas se encontraban más alentados.

De esta manera, una vez más, aparece la imposibilidad de salvar la hegemonía serbia, hegemonía por la que, en última instancia, se había roto con Moscú. A la presión búlgaro-macedonia del Este, se vino a añadir la presión croato-católica del Oeste. Y como, evidentemente, los serbios no pueden resistir a ambas presiones a la vez, se encuentran ante la cuestión: ¿a quién hacer concesiones?

Conocemos hoy suficientes hechos para ver que, desde junio de 1948 hasta hoy, los serbios están más inclinados a hacer concesiones a Oriente, mientras Tito, con una parte de los montenegrinos y con los comunistas eslovenos, musulmanes y croatas, va lentamente, pero sistemáticamente, hacia Occidente.

El subconsciente de los primeros prefiere hacer concesiones a Rusia, comunista, eslava y ortodoxa, más bien que a Occidente, capitalista, anglosajón y católico. El subconsciente de los segundos prefiere hacer concesiones al Occidente democrático, que respeta las soberanías nacionales y busca compromisos cuando estas estallan, más bien que con el Oriente despótico que exige -¡en nombre del internacionalismo!- una sujeción absoluta.

Esto es lo que se constata, bajo aspectos distintos, en las diversas regiones de Yugoslavia.

Allí donde el dominio serbio es más artificial y, por esto mismo, más amenazado, en Croacia, la escisión es particularmente clara. En 1950, los tres ministros serbios de Croacia (el cuarto se suicidó) entraron abiertamente en la oposición kominformista en nombre del serbismo y de la Iglesia ortodoxa. “Los serbios no tienen en Croacia la autoridad y el trato que antes tenían”; se “construyen menos iglesias ortodoxas”; y, sin embargo, “Stalin ha dicho que los serbios deben ser la nación guía de los Balcanes” -de esta forma se lamentaba el periódico de Zagreb, *Vejeosnik*.

En Bosnia las cosas suceden de otra manera. El conflicto con Moscú ha causado consternación en los serbios (sean o no comunistas), al mismo tiempo que ha suscitado la esperanza y las ambiciones entre los musulmanes y los católicos. De los dos principales dirigentes de Bosnia, los dos serbios, uno, Colacovitch, fue titista desde el principio, mientras que el otro, Pucar, se inclinó por el Kominform (en el discurso al V Congreso, aunque no se pronunció por el Kominform, omitió declararse partidario de Tito). La consecuencia de esta división de los serbios fue que el musulmán Audo Humo, el único no ortodoxo de la dirección de entonces, accedió al poder: con el título de vicepresidente del gobierno de Bosnia, se convirtió, en realidad, en jefe, ya que el presidente titular, Colacovitch, se fue a Belgrado para ser ministro del estado federal.

Ante esta “amenaza” musulmana, los comunistas serbios se corrigieron, hicieron un “pacto de no agresión” entre titistas y kominformistas, e hicieron bloque para conservar el monopolio del poder político en Bosnia, de tal forma que el “ambicioso” musulmán perdió, no sólo la posición oficial que había conseguido, sino incluso la que tenía en el partido, la de secretario de organización.

Esta alianza de los comunistas serbios, kominformistas y titistas, en Bosnia, representa, en el fondo, la primera gran conspiración de Yugoslavia. Si estalla la guerra con los rusos, los serbios bosnios pasarán todos al lado de Rusia; Sarajevo puede serle más fatal a Tito que Belgrado, en donde la cuestión macedonia hará siempre de contrapeso a su favor.

En cuanto a los comunistas de Serbia propiamente dicha, lo que los caracteriza es la prudencia y la reserva; tienen necesidad de no ser muy activos ni en el campo titista ni en el

kominformista. Pijade, el más activo de los titistas de Serbia no es un serbio ortodoxo sino de origen judío.

Más distinta aún es la situación en Montenegro. Los comunistas montenegrinos están divididos en dos campos: por un lado se encuentran los kominformistas más furibundos, y por el otro, los más radicales antimoscovitas. La generalidad de los partidarios del Kominform en Yugoslavia se recluta entre los yugoslavos de religión ortodoxa, pero entre estos ortodoxos no son los serbios de Serbia, sino los montenegrinos los más combativos y los que “dan el tono”.

Para mi, es este carácter netamente serbo-montenegrino, por tanto ortodoxo, de la tendencia kominformista en el seno del partido comunista yugoslavo, el que revela que la cuestión nacional, y en particular el conflicto serbo-croata, no habiendo sido resuelta, hace que la división entre kominformistas y antikominformistas se efectúe, a pesar de las apariencias contrarias, no según la ideología de cada uno sino según las diferencias étnicas y religiosas.

¿Y Tito?

En medio de todo esto ¿cuál es la posición de Tito?

¿La de un condotiero que se convierte en víctima de las fuerzas políticas que no ha podido dominar, o la del primer gran hombre del estado yugoslavo, capaz de armonizar las fuerzas nacionales antagonistas de los distintos pueblos entre los que se reparten los eslavos del Sur?

Hemos visto como Tito empezó separándose tanto del pueblo croata, al cual pertenece, como de los mismos comunistas croatas, al aceptar la fórmula moscovita y panserbia de “defensa del estado” (del viejo estado yugoslavo), y como, de acuerdo con los comunistas serbios, presionó a Moscú para que forzara a los macedonios a someterse a Belgrado.

Pero después de la ruptura con Moscú, la situación es radicalmente distinta y el porvenir de Tito depende de su capacidad de acabar con la insostenible hegemonía serbia y crear un estado realmente federal en base a la igualdad entre todos los pueblos yugoslavos, y emprender, a partir de aquí, una ofensiva política contra el Kominform en todos los balcanes, de tal forma que Yugoslavia devenga el centro de atención y de acción de todas las fuerzas antikominformistas del Oriente europeo.

Pero, hasta ahora, Tito no ha contemplado esta posibilidad y se ha contentado con seguir, en Yugoslavia y en los Balcanes, una política de defensa del imperialismo serbio, lo cual le conduce al suicidio.

Como jefe militar Tito recuerda, en cierto sentido, al fundador de la moderna Serbia, Jorge el Negro (Karageorges Pétrovitch). Antes de convertirse en jefes de rebeliones igualmente famosas, fueron, uno y otro, en su juventud, formados militarmente en el ejército austríaco, en el cual ambos entraron como voluntarios y llegaron a sargentos.

Tito dejó su pueblo natal a los 14 años para irse a Austria donde aprendió y ejerció el oficio de mecánico. El alemán fue la primera verdadera lengua que practicó, ya que su dialecto natal difería tanto del croata escrito, como el sardo del italiano. Así es aún el alemán la lengua que habla correctamente (con acento vienés), pues su croata está lleno de expresiones rusas y hablado con un acento checo o alemán, lo que ha dado origen a la leyenda según la cual no sería croata sino ruso o alemán de la parte rusificada.

Como obrero, después como soldado, Josip Broz (Tito) pasó nueve años en medio germano-austríaco.

En Tito, esta formación en el seno de un imperio pre-nacional se mezcló con un cierto “internacionalismo” socialista y obrero para dar, no un post-nacionalismo sino un pre-nacionalismo imperial. Fenómeno frecuente en la antigua Austria-Hungría.

Su adhesión al bolchevismo (en 1920, después de la desaparición del imperio austro-húngaro) y su estancia de nueve años en Rusia (1915-1924) reforzaron su concepción del internacionalismo en su forma imperial.

Es por esto que la política de Stalin, a partir de 1936, de defensa del pequeño imperio panserbio, llamado Yugoslavia, encontró en él un excelente ejecutor. Sin embargo, su origen croata se manifestó indirectamente durante la guerra cuando aceptó seguir una política panserbia pero en nombre del comunismo y no en nombre de Draga Mikhaïlovitch.

Tito ha demostrado y aún demuestra una capacidad y una sensibilidad políticas sorprendentes (si pensamos que en 1917-1918 estaba aún fuera de cualquier vida política,

siendo un obrero “no consciente” con toda la fuerza del término), pero no llegó a liberarse suficientemente de su formación “pre-nacional” para tomar la iniciativa de una gran reforma en las relaciones nacionales entre serbios y croatas, serbios y macedonios, etc.

El conflicto con Moscú hizo emerger en Tito su subconsciente occidental, al que acabó por obedecer a pesar de las grandes vacilaciones de las que hacen prueba los comunistas serbios que le siguen, y cuyo subconsciente es oriental. Es esto lo que explica que hoy Tito se encuentre separado de su antigua base política, el elemento serbio.

Pero su occidentalización proviene de su formación austríaca y no de su origen croata. Así, se ha visto desarmado e indeciso ante las consecuencias y complicaciones nacionales que su conflicto con Moscú conlleva. En lugar de emprender una política audaz de reconciliación entre serbios y croatas, serbios y albaneses, serbios, macedonios y búlgaros, Tito continúa tergiversando, perdiendo de esta manera a los serbios, sin ganar a los croatas, macedonios ni albaneses.

Aunque por otras razones, los demás comunistas del grupo dirigente no muestran una mayor comprensión de los problemas nacionales de Yugoslavia. Los comunistas serbios están más preocupados por salvar la “hegemonía serbia” que de otra cosa; a pesar de su occidentalización y de su antimoscovismo, los comunistas eslovenos (Kardelj, Kidric, muy influyentes en Tito) están demasiado bien con la situación de privilegio que les han otorgado los serbios por sus necesidades en su lucha con los croatas. De esta forma, finalmente, se repite de nuevo el camino fatal que ha seguido la primera Yugoslavia, que la ha conducido a hacer, siempre para salvar la hegemonía serbia, tres o cuatro saltos sensacionales de un bloque mundial a otro, hasta que, para acabar, saltará ella misma por los aires.

Ante Ciliga, octubre 1951

(*) Texto XV del libro “Après la Russie 1936 - 1990” de Ante Ciliga, Editions La Digitale, 1994

*Recordemos que Yugoslavia se compone de dos partes muy distintas. En el norte, una llanura regada por un pequeño trozo del Danubio y por sus afluentes el Sava y el Drava que no es otra cosa que una prolongación de la llanura húngara. Esta llanura la habitan los croatas al oeste y los serbios al este. En el sur, una región montañosa que cubre aproximadamente tres cuartas partes del Estado y formada por una serie de cadenas yuxtapuestas, casi paralelas al Adriático, llamadas cadenas dináricas al oeste y cadenas rodopintas al este. Esta región montañosa se llama: en la costa del Adriático, Dalmacia, habitada por croatas, después, alejándose del mar, Bosnia (al norte) habitada por croatas, serbios y musulmanes, y Montenegro al sur; después, completamente al este, Serbia (al norte) habitada por los serbios, y Macedonia al sur, habitada por los macedonios.

* Dalmacia continental, ya que la costa dalmata está bordeada por una cantidad considerable de islas que forman parte también de Dalmacia, pero que forman lo que se llama la Dalmacia insular.

** Después de las *Nouvelles yougoslaves* de 9 de junio de 1951, 600.000 personas fueron asesinadas en este campo: “Desde marzo hasta agosto de 1942, 400.000 hombres, mujeres y niños fueron atados con hilo de alambra, arrojados a fosas y degollados o muertos a golpes de martillo o de barras de hierro... Un día, se dio orden de matar a los 400 niños del campo cuyos padres habían sido masacrados anteriormente. Esta medida se tomó porque los niños eran una carga muy pesada para el presupuesto del campo”

Hemos perdido las razones, y con ello la razón

Hemos perdido las razones que teníamos para hacer lo que hacíamos: pedazos de rupturas incipientes, pequeños segmentos solidarios, aperturas (tímidas) al flujo del deseo. Para pensar lo que pensábamos, lo que creíamos, lo que esperábamos; para pensar lo que sabíamos. Las razones que explicaban donde estábamos, y por qué estábamos donde estábamos, y dónde podríamos estar: no en la utopía, no fuera de un lugar en el Mundo y en la Historia, sino dentro; pero más allá del modo de civilización capitalista.

Las razones que indicaban un camino en vez de otro, que señalaban que las medidas a tomar no eran inocuas, que los fines se inscriben en los medios; para avanzar por una senda más humana: más a nuestro aire, más autónoma, menos al compás del Capital y del Estado.

Las razones que teníamos para querer cambiar el estado de las cosas, para cambiar una realidad que sabíamos abierta (que lo real incluye lo posible), sin aceptar que lo que hay es todo lo que puede haber, que lo que existe agota lo posible, más allá de lo cual sólo habría ilusión o engaño. Razones para querer un mundo distinto al conocido, cuyos valores y conductas no apreciábamos, y cuya meta despreciábamos.

Las razones limpias, simples, con las que aprendimos a distinguir lo bueno de lo malo, la víctima del verdugo, lo verdadero de lo falso, la violencia del estado de la violencia de quien, sin nombre, resiste como y cuanto puede a ser, por él, asimilado. A distinguir entre esclavos y señores, entre burguesía y proletariado, entre burócratas y administrados, entre imperialismo y subdesarrollo, entre Estados Unidos y Cuba, entre capital y trabajo. Entre dignidad e ignominia.

Las razones que contra todas las consignas permitían la duda, la discusión pausada, aunque apasionada, que llevaba a acciones precisas, significantes... para cambiar aquello que podía ser cambiado. Las razones que contra todas las llamadas a la práctica en contra de la teoría, eran las más prácticas, evitando mil escollos, mil marasmos.

Hemos perdido las razones de un caminar erguido y no cautivo, las razones de un deseo circulante, las razones de un vivir libre y no esclavo, propio y no de otros, de un vivir igual y solidario. Hemos perdido la razón de vivir.

Una a una, paso a paso, poco a poco hemos perdido estas razones y, con ello, y en ello, hemos perdido la razón. El espacio mórbido es ahora nuestro entorno: la sinrazón guía nuestro hacer, nuestro pensar, nuestro querer. En este espacio enajenado, cosificado, las cosas pueden ser justo su contrario: la información, engaño; la agresión, un compromiso; el golpe de estado, restitución de las libertades.

Y avanzan las sinrazones: hay hambre porque somos muchos y no porque la riqueza esté más repartida; hay guerras porque los hombres son feroces y no porque a los Estados les convenga. Lo perverso es simplemente malo y lo malo es sólo muy complejo. Y lo inaudito pasa por corriente con el aval del saber reglado, pagado y cobijado al lado del Estado.

No hay pan, no hay agua, ni aire, sino polucionado, contaminada y malo. No hay información sino manipulada, informada, conformada al servicio del que manda. (La sobreinformación nos ha desinformado). No hay actividad sino rentabilizada, no queda ni un espacio en nuestras vidas no cogido: vacaciones, tiempo libre, diversiones, todo ocupado por los que se ocupan de tu tiempo, que, para ellos es dinero, y para tí necesidad de tenerlo.

Se arrancan las viñas, se sacrifican las reses, se vierten unos frutos, no se recogen otros, en un mundo hambriento y moribundo, porque ello no aumenta las arcas de los bancos, de las sociedades mercantiles y de sus Estados, que sólo a una razón atienden: la del valor de cambio.

Las mujeres y los hombres trabajan para acceder a unos objetos y a otros objetos... y evitar ponerse otras cuestiones: ¿qué hago yo frente a mi mujer, cara a cara, ante mis hijos, ante mi mismo? Lo que creíamos que nos tenía presos: el trabajo, la rutina cotidiana, devienen ahora justificación, coartada para no emprender una vida aventurada, para no decidir por nosotros mismos, para no decirnos qué nos pasa, para disimular una vida apagada, vacía: llena de sufrimiento inconfesado. Nos apegamos al síntoma sustituto de una satisfacción no realizada.

Cómplices de lo que nos destruye, veneramos el coche que nos mata, la industria que nos agobia, aupamos el Estado que nos domina, bajo el síndrome de Estocolmo elegimos a quienes

nos tienen cautivos,... Pequeños monstruos, fantasmas, sombras de un universo mórbido, corriendo sin razón por un mundo enajenado, que aguanta y nos sostiene.

Queda el sufrimiento. Detrás del disimulo existe el sufrimiento: esta vida enajenada no es aceptada plenamente, es causa de malestar, de mal de estar en este mundo, en este tiempo, y causa sufrimiento. Vorágine de objetos obsoletos, relaciones que se agotan justo al producirse, que te dejan igualmente insatisfecho. Cuestiones que se repiten, problemas que no se resuelven, instancias que vuelven y vuelven. Y queda el sufrimiento, que viene de muy lejos -procede del deseo- y atraviesa la razón enferma.

Y este sufrimiento es garantía y prenda de que la cosificación del mundo, la enajenación humana, no llegarán hasta el extremo. Si el hombre sufre es que (aún) desea, que su deseo continúa insatisfecho, que, pese a todo, no ha sido reducido a objeto, a pura necesidad satisfecha. Si el hombre sufre puede rebelarse y encontrar de nuevo las razones de su rebeldía, y encontrar de nuevo la razón. La razón de vivir.

J.S. Barcelona, 1994

Hemos recibido...

“FRUTO EXTRAÑO” Sobre política demográfica y control de población. Ingrid Strobl. Virus editorial, C/ de la Cera 1 bis. 08001 Barcelona. Abril de 1994. 96 páginas, Editado con la colaboración del Archivo Feminista contra las NTRG (Nuevas Tecnologías Reproductivas y Genéticas), “Fruto extraño”, es un útil de plena actualidad, sobre todo, después de que la pasada conferencia mundial de El Cairo (setiembre 94) volviera a poner en el centro de la polémica el tema de la llamada “explosión demográfica”. Cada año se gastan miles de millones de dólares para financiar lo que en la jerga de los tecnócratas occidentales se denomina eufemísticamente política demográfica y que, en realidad, no es sino una forma de genocidio encubierto. De este modo, política demográfica viene a significar la intervención planificada por parte de los gestores del Nuevo Orden Mundial sobre la población de los países empobrecidos; intervención que se concreta en programas de esterilización masiva de mujeres, mediante toda clase de chantajes, coacciones y subterfugios. En este sentido, “Fruto extraño” es una clara y rigurosa refutación de los tópicos habituales a propósito de la llamada explosión demográfica que, profusamente reiterados por los medios de comunicación, acaban por conferir al discurso tecnocrático sobre el control de la población una aparente objetividad y racionalidad que ha calado, incluso, en sectores contestatarios. Como ocurre con el capcioso ardid del discurso tecnocrático consistente en establecer una relación directa entre población y pobreza, omitiendo cualquier referencia a las relaciones reales de dominación imperialista, racista y sexista. Al fin y al cabo, “pobreza y bienestar no son ni mucho menos una cuestión de densidad de población, sino una cuestión de reparto”. Como la propia I. Strobl subraya al final del prólogo “una presentación y análisis de la política demográfica no puede renunciar a considerar todos sus aspectos y métodos y a identificarlos como partes de un todo. Este texto, no obstante, se centra fundamentalmente en la política de control de población que los ricos practican contra la gente pobre, puesto que hoy en día esta praxis supera, tanto cualitativa, como cuantitativamente, todas las medidas dirigidas al “interior” y, debido al racismo y eurocentrismo presente en amplios sectores de la izquierda y del movimiento feminista, puede fundamentarse en un consenso que el presente texto, como mínimo, pretende cuestionar”.

“¡ZAPATA VIVE!” La rebelión indígena de Chiapas contada por sus protagonistas. Guiomar Rovira. Virus editorial. C/de la Cera 1 bis. 08001 Barcelona. 1994. 320 páginas. La sublevación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional sorprendió a la autora en San Cristóbal de las Casas. Testigo de primera hora, entabló un conocimiento directo con los protagonistas de la insurrección, que fue estrechando con sucesivas visitas a los campamentos

rebeldes en las zonas “liberadas”. A lo largo del texto “son los hombres y mujeres de las comunidades indígenas, integrantes y afines al EZLN, quienes ofrecen el testimonio de su manera de vivir, de sus esperanzas y frustraciones, de los motivos que hay detrás de su levantamiento en armas”. El libro lo cierra una larga entrevista con el subcomandante Marcos, pero a través de las páginas de ¡Zapata vive! se expresa el sentir de una colectividad que se manifiesta abiertamente, con sus matices, dudas y contradicciones. Además, la autora ha tenido el acierto de evitar lo anecdótico y lo meramente espectacular de las acciones bélicas hasta configurar una referencia obligada para quien pretenda aproximarse al conocimiento de la guerra social que se desarrolla en el territorio chiapaneco.

“Mordicus”. BP 11. 75622 París cedex 13. Junio 1994 (francés)

Número especial dedicado a los Estados Unidos. Artículos sobre control social en las grandes urbes, análisis y reflexiones a propósito de la rebelión de Los Angeles, además de entrevistas y diversas contribuciones que componen una buena panorámica de la realidad y las contradicciones de la sociedad actual norteamericana.

Science as Culture. Volumen 4 part 3, número 20. Process Press 26 Freegrove Road, London N7 9RQ. Reino Unido. (inglés).

Crítica de la ciencia y la tecnología realizada desde una perspectiva anticapitalista por distintos colaboradores procedentes de universidades británicas y norteamericanas. En esta ocasión, cabe destacar, entre otros artículos y reseñas bibliográficas, “Academic research cultures in collision” y “Modelling technologies of control”. En el primero, los autores, analizan y evalúan las pautas que rigen en la investigación académica, sus mediaciones ideológicas, su proyección comercial, etc. La inclusión de criterios empresariales en la universidad se enfrenta a culturas en las que hasta ahora se predicaba el valor del conocimiento más que su potencialidad comercial. Ello supone, en último término, que “con la penetración del mercado postmoderno en la base del conocimiento de la sociedad, puede surgir una profunda crisis - donde la visión y los valores de la sociedad estén tan ligados a intereses y ventajas inmediatos que impidan la comprensión del principio social que los impulsa”.

El segundo artículo aborda el nuevo concepto de control que, “afectando la escala y las tecnologías del poder”, representa un cambio respecto a la noción precedente, en la medida que en su evolución reciente los objetivos del control se orientan hacia la pequeña escala, replanteando de esa manera la noción anterior de “control global”. Las nuevas estrategias de control privilegian los mecanismos y funciones de bajo nivel (microsocial, microeconómico, microecológico, etc.). A través de la metáfora del servomecanismo como medio para mantener el equilibrio y la estabilidad, junto con las nuevas metáforas vinculadas al uso del ordenador personal y los modelos de simulación, el autor establece el paralelismo existente entre aquéllos y los sistemas de control y comprensión global de la sociedad. Así, a propósito de la teoría del caos (“que fue acogida como la liberación de un orden sofocante”) en la que “se confiere una primacía al conocimiento local sobre la teoría global” (Hayles), el autor vincula el concepto de “localidad” de Hayles con la noción de la microfísica del poder analizada en el ámbito de las ciencias sociales; una noción que ahora aparece como concepto relevante en el campo de las ciencias de la naturaleza.

Volontà. Año XLVIII. No 2/3 del 9/1994. Casella Postale 10667, 20110 Milano. Italia

La revista Volontà aborda en este número, bajo el título general “Todo es relativo. ¿O no?” una rica polémica en torno al relativismo cultural. Una serie de artículos de especialistas de diversos países dejan reflejadas sus diferencias y matices. Algunas de las contribuciones representan la posición de quienes pueden considerarse los fundadores del relativismo cultural (W. Hamilton, H. Mansel, G. Le Bon), que ponen en discusión “la pretensión de la cultura occidental de haber sabido elaborar ideas y valores universales extensibles al género humano”. Otros (T. Ibáñez, M.

Bookchin, E. Colombo, E. Donisi y P. Feyerabend), discuten a propósito de la fundamentación de la libertad, si existe una fundamentación de la misma o, por contra, si es el resultado de un acuerdo convencional entre sujetos. Una tercera posición - compartida por A. Errandonea, J. Clark, etc.) tiende a superar esa dicotomía. La razón de esa diversificación habría que buscarla, según el texto introductorio del presente volumen, “en la contradictoriedad de la sociedad occidental, que ha generado dominación, opresión, explotación, pero que ha sabido crear también, a través de siglos de luchas sociales, ideas y prácticas que han negado la validez de aquéllas, hasta llegar a la formulación de la idea irreductible de libertad e igualdad que adopta el nombre de la anarquía”. De todos modos, esta conclusión abre nuevos interrogantes acerca de la práctica de la tolerancia con los intolerantes, de la admisión de la opresión en nombre de una cierta especificidad cultural, etc., que también entran en juego en los distintos ensayos que componen esta edición.

Anarchismo. No 74 setiembre 1994. Casella Postale 2163. 50100 Firenze. Italia

Entre otros artículos, “Qué hacemos del antifascismo? El autor aprovecha para abordar la cuestión del antifascismo, “ahora que todo se vuelve más sutil y difuso en torno a nosotros; ahora que los fascistas han dejado de lado las esvásticas y las banderas adaptándose al juego democrático...ahora es el tiempo de aclarar cuáles son las diferencias no entre fascismo y antifascismo, sino entre quien quiere el poder y quien lo combate...” Por su parte, “La virtud del suplicio” plantea la cuestión de la legitimización de la violencia del Estado y la criminalización de la transgresión en la sociedad democrática. “Opinión pública” (artículo de La Banquise sobre los medios de comunicación). Además, “Los sistemas expertos del poder”, “La catástrofe del postmodernismo”, etc.

A. Rivista anarchica. año 24, No 7, octubre 1994. Editrice A. Casella Postale 17120. 20170 Milano. Italia.

Artículos acerca de la política interior italiana y los “presagios para el otoño” (contra Berlusconi); sobre el subdesarrollo y el integrista, a propósito de la conferencia de El Cairo. Entrevista con los organizadores del XI encuentro anticlerical de Fano (¡Procesemos al Papa!), etc.

Notas para una aproximación a la obra de Traven

Sería difícil justificar la actualidad de B. Traven (?-1969) si atendiéramos exclusivamente a los criterios que priman en la consideración del escritor dentro del mercado editorial actual. En nuestros días, el escritor se ha convertido en figura de los medios de comunicación y agente activo de la comercialización de sus productos. Sin embargo, Traven fue, mientras vivió, un autor oculto; un hombre entregado al quehacer de la escritura hasta sus últimas consecuencias. De ahí, que hablar de Traven sea bucear en su obra. En ella radica su actualidad, que nos permite acercarnos no sólo a un autor clásico y que, como tal ha trascendido su tiempo (a pesar de su escasísima difusión en España), sino a un militante de la escritura. Alguien que hizo de la escritura el quehacer de un hombre existencialmente comprometido con su tiempo, ajeno por igual a los preciosismos de la escritura trascendente y legitimadora del escritor alejado (enajenado) del mundo, y a las concesiones demagógicas de los textos de circunstancias. Tal actitud la mantuvo sin concesiones, de ahí que sus obras adquieran la tonalidad de la crónica dolorosa de una época (la penetración de la civilización industrial en México). El mismo reconocía que sólo se nutría de sus propias vivencias. Es así como, ante la experiencia del dolor, el cronista pierde importancia y la escritura del sufrimiento adquiere plena vigencia. Entonces, las vicisitudes personales del autor ceden ante la realidad reflejada en la obra. Quizás eso ayude a explicar su obstinada búsqueda del anonimato.

¿Quién fue realmente Traven? ¿Quién se ocultaba tras este nombre? ¿Ret Marut, el editor anarquista y activo militante del movimiento revolucionario en Alemania durante 1918/19? ¿Un hijo del káiser? ¿El descendiente de unos inmigrantes noruegos a los Estados Unidos de América...? En fin, la personalidad de quien se escondiera tras la firma B. Traven queda como un enigma deliberadamente propiciado por él mismo. Por eso, conocer a Traven, es conocer su obra. Al fin y al cabo, como dejara dicho, “un escritor no debería tener otra biografía que sus libros”.

Y son sus obras las que revelan una extraordinaria actualidad. No tanto por la cronología de los hechos relatados, que nos remiten al México de los primeros años del siglo XX, como por las constantes temáticas que constituyen el soporte narrativo de sus obras. Las claves temáticas y un tratamiento literario, que dota a las páginas de Traven del excedente significativo que, como en tantos autores de otras épocas, hace que sus libros no se nos caigan de las manos, a pesar del tiempo transcurrido. Traven se sobrepone a la anécdota relatada y a la coyuntura histórica del momento en que escribe. De ahí que su interpelación sobre los hechos fundamentales de la civilización técnico-mercantil sea plenamente vigente, se haga de total actualidad en nuestra Modernidad Tardía.

El dinero, el nacionalismo, la burocracia, la Iglesia, el absurdo de las fronteras, las relaciones de dominación, el fatalismo, la contradictoria voluntad de sumisión que nos lleva a aceptar -y hasta acomodarnos- a las más abyectas situaciones, el espíritu de rebelión, etc., son algunos de los elementos sobre los que se articula la obra de Traven, fundamentalmente inscrita en un horizonte marcado por la confrontación de la civilización occidental y las culturas autóctonas de los indios mexicanos. Pero no se trata de un nostálgico del “buen salvaje” -aunque en ocasiones pueda parecerlo-, ni de un mero exponente de la literatura proletaria. La apuesta literaria de Traven va mucho más lejos, tanto en recursos narrativos, como en los cuestionamientos que plantea al lector. Dista mucho, además, del maniqueísmo moralizante de las novelas proletarias. La aparición de sus primeras obras en la Alemania de entreguerras permite adscribir a Traven en la misma perspectiva resueltamente crítica de las mejores páginas de Joseph Roth, Ernst Toller, Heinrich Mann o Erich Mühsam, una generación decisiva en la creación artística y literaria del siglo XX condenada al exilio o los campos de exterminio.

Traven es un individualista beligerante y errático, pero no el cronista pretendidamente neutral y aséptico del avasallamiento de la cultura india por la maquinaria mercantil capitalista. En este sentido, se podría decir que su obra es la epopeya del capitalismo narrada por un proscrito. En sus libros abundan las referencias y detalles a la forma de vivir -y de sucumbir- de los indios mexicanos, con los que compartió muchos años de su vida; pero nada tiene que ver con el testimonio pretendidamente neutral y analítico del antropólogo o del sociólogo. Traven adopta una clara posición, y lo hace por los que sufren. Toda su obra es una lúcida e implacable denuncia de la brutalidad y el dolor sobre los que se asientan las relaciones sociales que acompañan el hecho civilizador de la cultura capitalista occidental.

Si fuera posible establecer una línea divisoria en la historia de la literatura entre la escritura de la legitimación, de la complicidad y de la autocomplacencia con la realidad constituida, por un lado, y la estética de la resistencia y del cuestionamiento del orden perfecto de las cosas, Traven ocuparía en esta última un lugar destacado. Del mismo modo que “sólo piensa quien no se limita a aceptar pasivamente lo dado” (Th. Adorno), la literatura que no subvierte el orden estético dado y, por tanto, se limita a reproducir las condiciones estéticas existentes queda limitada a mera expresión apologética, legitimadora del orden (estético, político, social) existente al tiempo que coarta las posibilidades de creatividad; de re-crear las condiciones de existencia de las gentes y del mundo.

Por otro lado, el cuestionamiento de la civilización técnico-mercantil no obedece a unos imperativos morales reminiscentes de cualquier forma idealizada de “comunidad salvaje” o de utopismo más o menos bienintencionado, sino a una afirmación, a una decisión, contra un determinado orden del mundo, contra el absurdo de un sistema que se sobrepone a las gentes y las cosas. En un determinado momento, en *Rosa Blanca*, parece exculpar a Mr. Collins porque obra de la única forma posible, de acuerdo a su posición y función. El “sistema” social engulle a las personas, pero sólo en la medida que éstas eluden adoptar una decisión personal contra esa situación. Es ahí donde Traven apela a la decisión personal, a la afirmación de la libertad y la

conciencia individual; a la autorresponsabilización frente al mundo. Al fin y al cabo, viene a recordarnos que el sistema somos nosotros.

Traven no nos habla, sino aparentemente, del pasado. Su escenario es, predominantemente, el de la formación del México moderno. Desde ahí nos interpela sobre aspectos de nuestra realidad cotidiana. De la suya, de su tiempo; pero también de la nuestra, poniéndonos delante de los mecanismos que rigen la dinámica de las relaciones sociales de la Modernidad, fundadas en el sometimiento por medio del intercambio dinerario. O sea, la condición asalariada. El dinero, aparece reiteradamente en toda la obra de Traven, bien como expresión sublime de la riqueza cuya posesión trastorna a los protagonistas (*El tesoro de Sierra Madre*), bien bajo la forma de crédito (*Government, Rosa Blanca, La rebelión de los colgados*) que genera la hipoteca de la existencia de los indios a la lógica mercantil de los advenedizos.

En las obras de Traven se lleva a cabo una precisa descripción, en la que no faltan buenas dosis de ironía, de los aspectos cruciales de la civilización occidental. Para ello se sirve de su confrontación con las otras formas de civilización (las autóctonas mexicanas). A partir de ahí, procede a un cuestionamiento y a una desmitificación sistemática de los grandes temas de nuestra cultura, comenzando por la economía de mercado (oposición de la lógica de la acumulación de Mr. Winthrop frente a la lógica del artesano, en el cuento *Cadena de montaje*, por ejemplo, o la confrontación de Mr. Collins y el indio Jacinto Yañez en la *Rosa Blanca*). Pero también el patriotismo, la moral de los dominadores, el ejercicio del poder en todas las instancias de la jerarquía social, la prensa, los sindicatos... Temas, por lo demás, que vuelven a estar de actualidad en un momento en el que la crisis de valores (económicos, por supuesto, pero también morales, estéticos, intelectuales, etc.) de las sociedades capitalistas y las corrientes migratorias procedentes de los países empobrecidos nos llevan a intuir ciertas limitaciones y a “descubrir” otras culturas.

La contraposición entre el valor de cambio de las cosas (tierras y gentes, incluidas) y el valor de uso de las mismas sirve a Traven para presentarnos la esencia de nuestra civilización, cuya superioridad estriba fundamentalmente en su capacidad de engaño y en la brutal imposición de sus condiciones. Traven oscila continuamente entre el fatalismo y el espíritu de rebelión (*Rosa Blanca, La rebelión de los ahorcados*). Ahí radica la tensión dramática que sustenta todas sus páginas, donde con una prosa incisiva y un humor corrosivo se recrean nuestras relaciones cotidianas, inscritas en un horizonte de crueldad y vileza. En este punto, entronca con la tradición literaria que denunciara la colonización americana y, posteriormente, las condiciones de existencia en los primeros tiempos de la revolución industrial. En este sentido, las obras de Traven tendrían un simple valor testimonial, si no fuera porque las condiciones extremas que reflejan sus páginas nos remiten a la actualidad de los “laogai” de China, las aglomeraciones fabriles de los nuevos países industrializados o la mano de obra inmigrante en Europa.

Hay un sesgo trágico y de desesperanza en Traven en el sentido de que quizás sea demasiado tarde para remediar los estragos perpetrados en las culturas sometidas (ahí coincidiría con el antropólogo Pierre Clastres). Quizás no haya remedio porque con la codicia desatada por el expolio, pero también con los pretendidos planes de ayuda al desarrollo venimos a demostrar que no somos capaces de “dejarlos en paz”. Y eso es a fin de cuentas lo único que se puede hacer por ellos ya que, como señala el jefe del poblado, Jerónimo, “deseo desde lo más profundo de mi corazón que el Gobierno nos olvide para siempre”.

La deformación que comporta toda relación de dominación, en el caso del sometimiento de los indios a los principios de la economía de mercado hace aparecer a los agentes de la autoridad y el mercado con ribetes grotescos. Entonces, las personas (Mr. Collins, los hacendados, los capataces, etc.) se vuelven caricaturas de sí mismos. Su jerarquización en el orden social de la dominación se vuelve así expresión de sus diferentes niveles de degradación como personajes. En la relación de dominación va implícita, además, la negación de la humanidad del sometido; de modo que esta exigencia se “vuelve” contra el sujeto dominante, cuya afirmación objetiva de sí mismo presupone la negación de la subjetividad del otro. La relación (de dominación) así establecida adolece de una perversión formal que desfigura radicalmente a quienes detentan el poder. Es a causa de esta inconsistencia subjetiva por lo que adquieren rasgos caricaturescos. Así, en Traven se explicita la misma inversión ontológica que se opera entre el Juez, el Verdugo y la ladrona en *El balcón* de J. Genet, en donde los primeros

se vuelven perversamente dependientes de la mujer en quien perpetran sus sevicias. Es la existencia de la ladrona quien justifica la del Juez y el Verdugo: el ser de éstos depende de la humillación de aquélla.

Así aparecen los agentes de la civilización mercantil, como personajes carentes de otra entidad que no sea la de obedecer a las leyes del sistema de la economía de mercado. La recreación del mundo vivenciado por Traven es descarnada, sin guiños exculpatorios tanto a la hora de abordar el retrato de los jerifaltes de la sociedad, como las mezquindades que se generan entre los humillados. Los rasgos expresionistas de los dominadores no son concesiones a la demagogia. Aunque también es cierto que, en algunas circunstancias, nada hay más demagógico que la realidad...

Pero se equivoca quien piense que se encuentra ante un autor panfletario o pasado de moda por el simple hecho de que la escena de sus obras sea, fundamentalmente, el México de primeros de siglo. Cada página de Traven no tiene desperdicio. En virtud de sus valores literarios intrínsecos y de una sensibilidad desbordante de inteligencia, su obra constituye una referencia primordial a la hora de aproximarnos a la forma específica que adopta la condición humana en nuestra Modernidad Tardía. Inteligencia, sensibilidad, claridad expositiva, profundidad analítica despiadada, hacen que su escritura penetre la inteligencia y el alma a un tiempo. No es, pues, de extrañar que, en cierta ocasión que le preguntaron a Albert Einstein por el libro que se llevaría a una isla, contestase que cualquiera con tal que fuera de Traven.

El barco de la muerte

La obra comienza con una cáustica reflexión acerca de las condiciones de existencia de los marinos (mitificadas en algunas novelas) y, por extensión, de los trabajadores, en donde el fatalismo ya hace acto de presencia desde las primeras páginas (“...los acontecimientos no piden vuestro parecer: más que las rocas, son los pequeños guijarros los que cambian el curso del mundo.”). Efectivamente, son una serie de hechos fortuitos los que hacen que el protagonista regrese al puerto cuando su barco ha zarpado. Perdido su pasaporte, se ve reducido a ser nadie. Un indocumentado en el mundo de los comisarios, cónsules y demás administradores de la identidad y las fronteras nacionales es simplemente nadie. O un estorbo, como muy bien saben los inmigrantes actuales de todas las latitudes. En este sentido, las palabras de Pippip adquieren renovada vigencia: “En este tiempo de democracia ideal, los herejes son tipos como yo, que no tienen pasaporte. Cada época tiene su Inquisición”.

Serán otra serie de fatales casualidades las que le obligan a embarcarse en el Yorikke, primero, y en el Empress of Madagascar, después; naves cuyo destino es hundirse en el mar para que el armador cobre la indemnización del seguro. Ahí comienza el periplo del abandono, el hambre, la humillación y el cansancio hasta la extenuación. Los tripulantes del Yorikke son seres atrapados en una mecánica infernal a la que sirven pero que, a la vez, se les sobreimpone. Esa es la contradicción que nutre el fatalismo que impregna toda la obra. Cuando se enrola en el Yorikke, el protagonista toma conciencia de haber franqueado la puerta en cuyo dintel está escrito “Quien entra aquí pierde su nombre y su vida...”, leyenda similar (Abandonad cualquier esperanza) a la que preside la puerta del Infierno en la Divina Comedia. Solo la muerte parece redimir a los atrapados en el barco fantasma, ya que “quien entra aquí no sufrirá más”.

Por momentos, Pippip, parece aproximarse al Buscón de Quevedo (...a ver si, mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fueme peor... pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.) cuando intenta explicarse a sí mismo la causa de su desdicha –“el destino es el destino” (Pippip). Así, para éste es “Siempre la misma historia: cuando uno se encuentra demasiado bien en algún lugar, desea estar aún mejor, aunque no sea más que porque se tiene el secreto deseo de cambiar de país, con la idea de que basta cambiar de país para mejorar la situación. Es la maldición que pesa sobre nosotros desde Adam”. Tanto en un caso como en el otro, las posibilidades de intervención de la subjetividad para modificar su suerte parecen limitadas en virtud de alguna tara inherente a la naturaleza humana.

Sin embargo, como ocurre a menudo en toda la obra de Traven, de la inercia fatalista se oscila hacia la afirmación de la subjetividad. De hecho, los personajes obran de acuerdo a una inercia sistemática, que se sobreimpone y limita las posibilidades de su voluntad. En el caso de Traven se concreta en la lógica del mercado, en las leyes que sustentan el sistema de relaciones

sociales consensuadas y mantenidas por las propias víctimas. En este sentido, Pippip obra de forma sistemática; o sea, de acuerdo al sistema del que forma parte, como también hiciera el todopoderoso presidente de la compañía petrolera en la *Rosa Blanca*. No obstante, en Traven, el fatum no es la superstición de los clásicos latinos, sino la expresión del fetichismo inherente a las relaciones sociales basadas en el valor de cambio, el dinero, el crédito, el salario, etc. La Fatalidad se concreta, así, en dimensiones precisas e inmediatas; por ejemplo, cuando al describir la penuria en que transcurre la vida del peón fogonero, un hombre “a quien no era posible darle suficiente de comer, bajo el pretexto de que, si no, la compañía no podría mantener la competencia”. Un argumento, por lo demás, bastante familiar a las regulaciones de empleo de nuestros días.

Fatalismo, pero también resistencia, rebeldía: “Los mediocres siempre tienen sus papeles en regla, jamás caen desde lo alto del muro, por la sencilla razón de que ni siquiera piensan en encaramarse a él para ver lo que hay detrás...” La descripción del sistema social como una cadena de humillaciones en la que se incluyen las relaciones mantenidas entre los propios tripulantes del Yorikke, así como sus brotes de rabia, además de otros atisbos de humorismo y dignidad, son los únicos gestos posibles que humanizan a Pippip y a sus compañeros. Ello salva a Traven de caer en moralismos baratos al tiempo que subraya uno de los rasgos fundamentales de todas sus obras posteriores: el reconocimiento de la naturaleza de la civilización capitalista como una maquinaria de deshumanización y sufrimiento. Para Traven, civilización y crueldad son sinónimos. De esta manera, *El barco...* es algo más que una parábola, y se convierte en un retrato tan riguroso como rico en matices de la condición del sujeto en la Modernidad Tardía.

Por último, cabe llamar la atención sobre un aspecto también presente en la obra de Traven y que en *El barco...* tiene una especial relevancia. Es lo que podríamos denominar la paradoja de la esperanza. Tanto en la tradición utópica, como más recientemente en la tradición comunista (libertaria y marxista), la esperanza (en un mundo mejor) aparece como un catalizador de la perspectiva emancipatoria. Incluso, un teórico marxista, Ernst Bloch, llegó a fundamentar en el “principio esperanza” una visión teleológica de la emancipación. De hecho, la idea misma de emancipación obrera, no es sino la versión laica de la emancipación ultraterrena que ofertan las religiones de tradición bíblica. Sin embargo, Traven se desmarca radicalmente de esta consideración de la esperanza como elemento motriz en la superación de las condiciones materiales de existencia de los individuos.

En *El barco...*, por ejemplo, tenemos un exponente claro de esta inversión de la esperanza que, en vez de contribuir a la rebelión, más bien propicia la sumisión y la resignación. Es el propio Pippip quien nos da la clave de esta paradoja que hace de la esperanza en un futuro diferente, la legitimación y la asunción de un presente abyecto.” Antes de entrar en el reino de los muertos, me había preguntado cómo es posible la esclavitud y el servicio militar, cómo es que los hombres no prefieren el suicidio a la muerte ante los cañones. Desde que yo soy un muerto entre los muertos, ese misterio se ha aclarado por sí mismo. Por bajo que caiga un hombre, siempre puede caer más bajo; por atroz que sea su martirio, siempre es capaz de soportar otro más atroz... El Señor de la creación ama la esclavitud, se glorifica de soportar el fuego de los cañones y acaricia el látigo que lo azota. Es que, ya que puede esperar, piensa en esperar a que pase. La esperanza es su maldición.” Más adelante, al interrogarse Pippip por qué “soporta este martirio”, se confiesa a sí mismo “porque espero volver a la vida, volver a ver New Orleans, donde Levee quizás no me haya olvidado...”

Por supuesto, la interpelación acerca de la esperanza que nos hace Traven podría parecer exagerada si no entendiéramos la situación límite que nos describe como un recurso literario cuya finalidad no es otra que ponernos frente a nosotros mismos sin la coartada de la esperanza. Al fin y al cabo, quizás sea la esperanza, que nos hace esperar “que pasen los malos tiempos” y a confiar en que “las cosas cambiarán”, la que nos ayuda a urdir todos los demás subterfugios con que escamoteamos nuestras abdicaciones cotidianas. Esa misma esperanza que nos paraliza ante las abyecciones de que somos testigos en nuestros días. ¿Cómo, si no, justificar nuestra inhibición ante la brutalidad genocida de los Balcanes o la xenofobia planificada de nuestras democracias ideales?

